This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Span 5788. 3.33

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

FROM THE FUND OF

CHARLES MINOT

CLASS OF 1828

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Bend Span 5788.3.

LORENZO LEAL

TRABAJOS DE SÍSIFO

NOVELA

MADRID.—1891.

LIBRERÍA DE FERNANDO FE
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2

Digitized by Google

Digitized by Google

TRABAJOS DE SÍSIFO

Digitized by Google

Obras de D. LORENZO LEAL

DE LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

JUAN DE DIOS. Novela. Un volumen octavo . . . . . 2,50 pts.
LA SOÑADORA, Novela. (tercera edición.) Un vol. en octavo. . . 2 »
TRABAJOS DE SÍSIFO, Novela (segunda edición). Un vol. en octavo de cerca de 400 pág. . . . 3 »
LA ELUCANDA. Comedia en un acto y en verso. . . . . 1 »
¡SIEMPRE LAS MUJERES! Narraciones. Un vol. en octavo (agotada).
MINUCIA LITERARIA. Artículos varios (agotada). . . . . .
UN VIVERO DE SABIOS. Retratos á á la pluma. Un vol. en octavo. . 1 »
FRESCOS DE ANDALUCÍA. Un volumen en octavo. . . . . 3 »
VIRUELAS LOCAS, Un volumen en octavo . . . . . 3 »
NOSTALGIA, Versos. (no se vende).

Digitized by Google

TRABAJOS

DE

SÍSIFO

NOVELA

POR

LORENZO LEAL

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
LIBRERIA DE FERNANDO FÉ
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2

1891

Digitized by Google

Span 5788.3.33

HARVARD COLLEGE
APR 16 1920
LIBRARY

Minot fund

Quedan reservados todos los derechos.

Digitized by Google

AL EXMO. SR.

D. Alberto Bosch y Fustegueras

Mi respetable amigo: Presento á usted una alegoría de la vida en nuestros pueblos rurales al finalizar el portentoso siglo XIX, y á los sesenta años de régimen representativo constitucional. Dígnese aceptarla con la buena voluntad con que se la ofrezco: que si por su labor, tosca como mía, nada vale, por lo que representa merece la atención de nuestros gobernantes y legisladores, entre cuyo número tan señalado lugar ocupa Vd.

Su afmo. amigo y atto. s.

q. l. b. l. m.

Lorenzo Leal

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

TOROS Y CAÑAS

.... ¡Ah, señores! Esto ha llegado á ser absurdo, irritante, vejatorio para la dignidad de este honrado pueblo. Ya no se trata de volvernos blancos, verdes ó azules, según el color de los que mandan; ya no se trata de quitar ni poner autoridades, según más le conviene. Su soberbia no está harta con eso; su ambición quiere más todavía, y desea y pretende tratarnos como á parias, como á esclavos, como á cosas, no como á personas. ¿Es que vamos á consentir, es que podemos consentir en soportar más tiempo este yugo ominoso que va apretando, apretando, hasta impedirnos respirar, hasta echarnos por

Digitized by Google

tierra todos nuestros propósitos, ya sean de entidad, ya, como éste, reducido á la celebración de una sencilla fiesta?.... Vergüenza da, señores, que petulancia semejante se tome en consideración, no siendo acreedora sino al ridículo y al desprecio. Al desprecio, sí, lo digo y lo repito. Queremos una cosa lícita, y ello basta para que sea.... ¡Fuera imposiciones! Ha llegado la hora de que sacudamos el yugo del caciquismo con que ese hombre nos sujeta, de que reivindiquemos el ejercicio de nuestra voluntad y de nuestros derechos. ¡Abajo tiranías! La voluntad de un pueblo es soberana, y nada hay sobre ella.

Los que rodeaban al orador prorrumpieron en exclamaciones de complacencia tan fervientes y continuadas, que aquel creyó oportuno dar por terminada su magnífica improvisación en aquel punto.

Estaba acalorado, y tan ronca su voz como convencido su ánimo de que realizaba un acto meritorio para la patria. Se había agitado mucho; á fuerza de mover los brazos como galán de melodrama, llevando las manos crispadas á las sienes, y de las sienes, ambas á un tiempo, al corazón, y del corazón, rigi-

Digitized by Google

dos los brazos, á la mayor distancia posible de su pecho, se hallaba rendido, sudando copiosamente, presa de una emocion febril que le hizo caer sentado á plomo sobre el espaldar de la banqueta que le había servido de tribuna.

Pero ningún esfuerzo suyo mejor empleado..... A ver si ahora dudaba todavía don Juan Luna, de que él era un joven de talento y de condiciones especiales, merecedor no solamente de la secretaría del comité izquierdista, sino de ser cuando menos diputado provincial, el día que llegase al poder el general López Domínguez. Allí, él, Augusto Vedia, *Angostito*, como cuatro badulaques habían dado en llamarle, tenía sometida á la dictadura de su elocuencia, á toda una asamblea que había pronunciado su fallo contra Pidón el poderoso, el temido, el déspota, el cacique de la villa. Ni murmullos, ni bostezos, ni cansancio; ninguna de las fases de la indiferencia y el fastidio de que suelen ser víctimas los auditorios, se había revelado en aquel á quien tuvo pendiente de sus labios. ¡Lástima grande que el emparrado patio de la tienda de vinos en que estaban, no fuera

Digitized by Google

el hemiciclo del Congreso, ó siquiera el escenario de un teatro! Pero aun así, él tenía por seguro que el reto lanzado por Pidón al suspender aquella taurina fiesta, le había de costar caro.

Y ante esta idea, los ojillos siniestros del orador giraban ligeros en sus órbitas, complacidos de ver la sorda cólera y la general indignación de todos, sin que fueran parte á contener sus manifestaciones, ni el miedo á reñir con el cacique, ni la seguridad, por la experiencia acreditada, de que él había de saber punto por punto cuantas palabras allí se profiriesen. Aquello era un barullo, una vocinglería infernal.

En el más álgido momento de la pelotera, cuando el vino ya no se bebe, se derrama, y al calor de las disputas en que ha degenerado la polémica, se habla de pié y se golpean las mesas con las botellas, apareció el alcalde del lugar.

Era bajo, rechoncho, de abdomen inconmensurable. En su cara redonda, limpia de toda barba y de un color rojo que, pregonero de aficiones báquicas, tiraba á morado en la punta de la nariz y en las mejillas, no ha-

Digitized by Google

bía otra expresión que el atolondramiento del imbécil. Balanceando á un lado y otro la mole de su cuerpo al adelantar cada uno de sus piés juanetudos, calzados con botas de chagrín muy sucias y arrugadas, llegó hasta sentarse cerca de la mesa principal, y enjugándose pausadamente el sudor de su perplejo rostro con un grande pañuelo colorado, dijo, desentendiéndose de las mil preguntas con que le asaetearon al entrar:

—Pasaba casualmente por la puerta, y me dije, digo: Entremos á ver qué hay por aquí..... ¡Qué calor! No se ha visto un verano como este en Villalinda.

Como á nadie se le ocurrió impugnar esta observación meteorológica, el alcalde acudió segunda vez á su pañuelo, y á enjugarse con él la cara y la cabeza.

—Pero, diga usted;—le preguntó Angostito.—¿Qué hay de los toros?

—Eso es;—dijo la autoridad doblando su colorada prenda.—Ya esperaba yo que me preguntárais eso..... ¿Qué hay de los toros, eh? Pues, ¿qué quereis que haya?

—¡Anda, morena!— exclamó súbito y enérgico el orador.—Queremos que no se

Digitized by Google

deje usted engañar por Juan Manuel; que mantenga enérgicamente el permiso concedido; en fin, que ni por nada ni por nadie suspenda la corrida.

—Vamos á eso;—replicó el alcalde.—Yo, bién saben ustedes que otorgué el permiso, porque mi hijo pica. Ya se ha ensayado y todo, y... por cierto que me ha herido la jaca.

—Sección de prolegómenos,—interrumpió Angostito.—Ahora, parte primera: siga usted.

—Pues digo que..... ¿seré yo sospechoso? No lo soy; mas llega esto á mis manos, y..... en fin, señores: ¿qué se hace con esto? ¿Quereis decirme? ¿qué se hace con esto?

Con mano temblorosa sacó el alcalde del bolsillo un papel que al punto fué cogido por el más cercano; unos se agruparon alrededor de éste, otros le preguntaron lo que era.

—Un oficio del Gobernador prohibiendo la celebración de la corrida.

—Pues;—exclamó el alcalde, levantándose presuroso para recobrar el documento.—Ya ustedes ven,—prosiguió,—ya ustedes ven, que lo que es de mí no depende; lo que es de mí no depende.

Digitized by Google

Y otra vez echó mano al pañuelo para enjugarse el rostro.

En esto se recrudeció la efervescencia, y de nuevo empezaron los dardos y protestas contra el detestado cacique, sí más enérgicos y fogosos, en cambio no tan nutridos; porque algunos que antes le atacaban, ahora decían que ante la orden del Gobernador, Juan Manuel era víctima igual que ellos.

Pero la mayoría juzgaba simple el argumento.

—Por ventura— exclamaba Angostito, llevando la voz de ella y siendo intérprete de sus pensamientos; —si nó á instancias de Juan Manuel, ¿se hubiera metido el Gobernador en tal empresa? No, seguramente. El asunto no necesita comprobaciones. La influencia de ese hombre funesto, siempre sofocante, siempre asfixiadora, ha llegado ya al límite, y es imposible soportarla. Vasallos, no hombres libres, nos juzga este señor, que debiéndonos lo que es y cuanto vale, se complace en sernos ingrato, nos impone justicias y autoridades, nos lleva la administración al modo y manera que á su interés particular conviene, nos gobierna con esta ó con aque-

Digitized by Google

lla pantalla, según los cambios políticos, y nos anonada, merced á una influencia y un poder que, precisamente se basan en la inquebrantable sumisión de este laborioso y digno pueblo..... Si arriba se oyeran los gritos y quejas que lanzan los de abajo, si los déspotas estos no fuesen el último eslabón de una cadena de ruindades que nos infama y aprisiona á todos, desde el más chico hasta el más grande, nunca podrían contrarrestar la voluntad de un pueblo entero en cosa que ni á Diós ofende ni siquiera al mundo. Pero ¡está ya visto! En el país lo que hace falta es un *Noventa y Tres* que no deje vivos ni á los gatos: una revolución que lleve sus efectos hasta los más sólidos fundamentos sociales, y que de todo lo existente, no deje títere con cabeza. Que padecerá la patria; bueno ¿y qué? De las cenizas dicen que salió el Fénix, y, por lo pronto, esta mala vergüenza acabaría.....

Hubo necesidad de cortarle los vuelos oratorios al futuro diputado izquierdista, que tenia la común facilidad de sacar las cosas de quicio y meter por extraviado cauce las cuestiones, involucrando hasta las más sencillas.

Digitized by Google

—¡Basta, basta ya de discursos! —exclamó el más sesudo y honorable de los allí reunidos, hombre maduro de simpático aspecto.— Pasemos á los hechos y convengamos en lo que se ha de hacer.

—¿Qué se le ocurre á usted, don Juan?

—Hombre..... se me ocurre que antes de nada debemos buscar un medio de avenencia. ¿Decís que el origen del disgusto ha sido no dar la presidencia á sus sobrinas? Pues ofrecedles participación en ella, y que presidan cinco en vez de tres: las designadas por la suerte, y ellas dos. Si accede, bueno; si nó... ustedes harán lo que á bién tengan. Yo no haré más que deplorarlo.

—¡Una transacción!—dijo súbitamente el izquierdista. —Nunca, señores. Transigir es abdicar.

—Mira, querido correligionario,—le replicó don Juan, no sin enfado.—No nos apabulles con tus argumentos y tús frases. No seas terrible, hombre; por Diós, déjanos resollar. Deja discurrir á estos señores..

El proyecto de Luna fué juzgado bueno, y, aceptado por todos, se trató de nombrar una comisión que viese á Juan Manuel. ¡Oh¡

Digitized by Google

No era lo mismo ver al ordinario que ir á Valladolid. Aquellos rebelados contra el cacique, y renegantes de su despotismo, no se atrevían á hacer de embajadores cerca de tan temido hombre, ni menos á decirle que estaban resueltos á jugar los becerros, quisiera él ó nó quisiera. Avezados á ponerse á los pies de su clemencia demandándole compasión ó mercedes, y luego á desquitarse de bajezas tales, murmurando de él en la taberna, les infundia pavor sólo pensar que ellos pudieran ser osados á tratar de potencia á potencia con Pidón,

—¡Charlatanes! ¡Cobardes!—exclamó Luna sulfurado.—Mereceis á Pidón, sí, le mereceis..... Tanta algarada y tanta baraunda, ¿y teneis miedo á verle? ¿Es alguna fiera? ¿Se ha comido á alguien?.... ¡Hato de necios que sois todos: Yo veré al hombre!

El viejo don Juan Luna tenía el genio muy agrio; por cosa bién fútil se le veía ya enfurecido, y aquella cobardía de siervos contra la que en vano protestaba siempre y pretendía que todos protestasen, le llenó de una cólera que nadie presumía que pudiera rugir en aquel pecho, ya doblado al peso de los

Digitized by Google

años. Era vehemente, apasionado, súbito, impetuoso. Su carácter de hierro había chocado muchas veces contra el caciquismo de Pidón, y por añejas y reñidas cuestiones, había entre los dos una enemiga á muerte. Sólo habida en cuenta la indignación que le poseía, pudiera comprenderse que se ofreciese á hablar con quien no cruzaba la palabra desde las primeras elecciones de la Restauración.

—Dos han de acompañarme—dijo resuelto y ya de pié.—A ver quien se decide, antes que yo elija.

Al abrigo de su compaña se ofrecieron dos, y con ellos marchó al Ayuntamiento, donde, las más de las noches, Pidón pasaba un rato antes de ir al Casino.

—Juan Manuel—le dijo en cuanto estuvo frente á frente de él—Vengo á pedirte un favor, el primero en mi vida. Creo que no me lo negarás.

—Siéntate y habla, Juan Bautista.

—Gracias. Vengo á conseguir de tí que haya corrida.

—¿Sí, eh?—preguntó Juan Manuel haiendo guiños con los ojos, cual si le molesse el humo del cigarro que fumaba.

Digitized by Google

—Sí. Te vengo á ofrecer la presidencia para tus sobrinas, causa ridícula de tu último latigazo al pueblo.

—¡Bah!—exclamó Juan Manuel haciendo un mohín de disgusto—Déjate de tonterías, hombre.

El hombre se irguió sobre el asiento, febril y á punto de exaltarse.

—No habrá corrida, Juan Bautista—prosiguió Pidón con la mayor solemnidad—porque eso que habeis hecho no es plaza de lidia; y ya que cuatro locos no lo hacen, otros debemos evitar que medio pueblo se esponga á perecer. ¿Qué seguridades tiene ese andamiaje apolillado, si un día de viento lo va á echar por los aires? ¿qué suelo es aquel con tres cuartas de arena?... Nada, no. Si te ha inficionado la atmósfera del *Ateneo*, yo no estoy loco todavía, y no he de autorizar estupideces semejantes.

Hacían más dura y daban más energía á la sequedad de esta réplica, la voz metálica del orador; su brillante mirada que salía punzante de unos ojos saltones y pequeños; su frente amplia, coronada de tiesos cabellos grises, cortos y arremolinados; su gra

Digitized by Google

bigotazo tricolor de recortadas guias; y aún más que todo esto, aquellos bríos, aquellos humos autoritarios que le ponían inflado como un globo en el momento de la ascensión.

Luna se levantó precipitadamente.

—¡Tú!—gritó con una nota de pecho que llenó la estancia—¡Tú me hablas á mí de esa manera! ¡Tú rechazando una plaza que se ha hecho bajo tu dirección! ¡Tú.....

Se ahogaba aquel picado viejo. Nervioso, excitado, balbuciente, marchó hasta cerca de la puerta, volvió rápidamente desde allí, y erguido, amenazador, con fuego en la mirada, fruncidas las cejas, contraidos los labios, estampado en su rostro duro mohín de asco ó de desprecio, prosiguió con voz ronca:

—Tú eres un hipócrita embustero. Nada te importa la salud del pueblo á quien maltratas de continuo, ni obedece tu conducta más que á un capricho estúpido. Haz lo que quieras; aprovecha el tiempo; que aquellos de que yo no me entere, serán en adelante los gatuperios que tú hagas. Y ni aun esos, porque voy á barrerte con toda tu pandilla.

Y marchó ciego de coraje, moviendo con vigor los brazos, como para sacudirse aque-

Digitized by Google

lla atmósfera, ó romper ligaduras imaginarias que le impedían poner tierra de por medio.

Solo; no hay que decirlo. Salió solo, porque sus acompañantes juzgaron excesivo cuanto había dicho, y creyeron necesario repetir á Juan Manuel, que ellos rechazaban las baladronadas de aquel viejo; que tendrían á grande honor el seguir contándose en el número de sus más afectos servidores, y que ¡bah! siempre lo habían dicho: hace bien Juan Manuel en prohibir la corrida. Jugarla sería... ¡una barbaridad!

Pidón les escuchó muy satisfecho, les regaló con tabacos muy satisfecho, y les despidió más satisfecho aún.

Digitized by Google

II.

CARNE MUERTA

¡Bon! ¡bon! ¡bon!

Los crueles golpes dados en la puerta llegaron por fin á oidos del alcalde, que dejó las calientes ropas del lecho conyugal con toda la presteza permitida por su gordura, y llegó en paños menores hasta la ventana, por cuyo postiguillo asomó el bosque de greñas grises que coronaban su rubicundo rostro.

—Pe... pero hombre—dijo malhumorado al importuno—¿Qué serenata es esta? ¿Qué demonios hay?

—Na. Casi na—replicó el alguacil, cobrador y criado del alcalde, que todo esto lo

Digitized by Google

era quien llamaba—Que don Juan Luna se ha muerto.

—¿Ehej?—exclamó el alcalde abriendo extremadamente ojos y boca.

—Sí señó. Anoche trempano se sintió endispuesto, ¿santerao osté? y al alba, poco más ó meno, sa dío con Dios.

Don Robustiano quedó atónito, mirando á su interlocutor con la solemnidad perfectatamente gratuita que habreis advertido en los ojos del buho.

—¡Vaya!—exclamó el alguacil, de aquella manera impertinente á que le había acostumbrado el ejercicio de su autoridad.—Vístase osté y vaya osté pallá: no digan aluego que siempre llega osté como er socorro e España.

—Y... pe... pero de repente ha muerto?

—¡Otra que tá! Tasté dormío entavía?... Si señó: de repente; le dió lataque según dicen, y á las pocas joras, ¡pis! espichó. ¿Santerao osté?... Conque: hasta aluego, y güenos días á tó esto.

Cuando don Robustiano llegó á pisar la calle, se notaba ya en ella una chocante animación dominguera. Los peoneros de la pla-

Digitized by Google

za, las mujeres que habían ido á la compra, todos los que allí ó acullá, tomando la mañana, se habían enterado del suceso, bajaban y subían por la calle donde Luna moraba, hablando de aquella muerte repentina, juzgada extraordinaria y novelesca... Porque, de repente, es verdad, se mueren muchos; pero es que el cuerpo de don Juan, estaba lacio, sí, una comadre lo había palpado y repalpado, y estaba completamente lacio todavía. Luego, el cristal del ojo, brillante, brillante como si durmiera, y, en fin, lo que era á su parecer, pasaba lo mismo que la otra vez que se corrió la voz «don Juan Luna se ha muerto, don Juan Luna se ha muerto» y era el síncope de que padecía, que le dejaba difunto en apariencia.

Como todo lo extraño y maravilloso, la novelesca narración corría de boca en boca alcanzando un asenso general. Citábanse casos de algunos que, ya velándoseles como á difuntos, habían á media noche, levantado la cabeza; de otros que al ser conducidos al Campo Santo, habían pateado dentro del ataud; y no faltaba alguno de quien se contaba que había despertado en la misma se-

Digitized by Google

pultura. Afirmábase como deducción, que no había que fiar en apariencias, y que la familia ¡ya lo creo! lo que era la familia, no debía de pensar en inhumarle hasta pasadas las setenta horas. Porque si aquello, aunque pareciese cosa de cuento, era verdad; si el difunto no estaba ya con Dios, y luego.....

No escuchó más don Robustiano. Añeja historia de muertos que habían resucitado, vino á su memoria, y tan verosímil se le antojó cuanto había oido, que fiado en que iba á encontrar un nuevo caso, comenzó á fingírselo á su modo, y exteriorizando inconscientemente su creación, hizo las muecas, los gestos y ademanes que se le verían al difunto en el momento de resucitar.

Al llegar á la casa de su amigo fué imponderable su estupefacción cuando, luego de atravesar el patio, atestado de gente de todas cataduras que entraba y salía murmurando en voz baja y prorrumpiendo con frecuencia en lastimeras exclamaciones, vió, desde la puerta de la sala, el cuerpo de su amigo, amortajado ya, puesto sobre un túmulo de negra pana con flecos de oro, regado de flores que esparció en él la hija queri-

Digitized by Google

da, y alumbrado por ocho lúgubres blandones, cuya luz mortecina caía oscilante y vaga sobre la forma rígida, sobre aquella cabeza venerable, completamente blanca, que yacía desplomada, hundida, en un negro cogín que daba tinte verdoso al rostro demudado, de perfil duro, envejecido, y de facciones salientes, desencajadas, contraidas, marcando una expresión de horror.

La estancia, en donde vió algunas personas, aparecía entregada á la quietud y sumergida en el silencio que á su paso deja la muerte tras de sí. Oraciones piadosas y gritos de dolor, los que allí hubo, habían ya terminado, y entonces se oía sólo, algún que otro suspiro comprimido, allí en la sala, y un ruido sordo y zumbador que llegaba desde la calle y desde el patio. Pero no, no había duda; aquel rumor profano, semejante al enfadoso vuelo de una bandada de moscardones, no había ya de molestar á quien allí dormía, mostrando al pobre alcalde la futileza en que se arraiga la triste vida humana, y la aterradora imagen de su propio destino..... Se desvaneció el ensueño que forjara sobre las invenciones que en la calle había oido; la

Digitized by Google

contemplación de aquel cuerpo que pronto estaría pudriendo tierra, atacó lo sensible de su rudo espíritu, y dos gruesas gotas rodaron por sus lacrimales.

Otros no vieron aquello por el lado triste que el alcalde; otros no fijaron apenas su atención en lo que estaba ante sus ojos; pero sí vieron tras de aquella muerte, la redonda herencia que dejaba el difunto; un hermoso caudal en manos de mujeres; la perspectiva de un negocio que se podría presentar el día menos pensado. Hé ahí el silencio imponente y el abatimiento de aquellas cabezas negras, blancas, grises y bermejas, verdaderamente abismadas en cálculos y maquinaciones que dirigen la aritmética del deseo y la lógica del egoismo... ¡Grandes sementeras las que el difunto no alcanzó á ver en sus graneros! Con ellas había sobrado para resarcirse de las pérdidas acarreadas por la extrema sequía de los dos años anteriores, y para que siguiese adelante aquel caudal, tan fuerte y saneado. Los Guillenes, verdad, tenían contra él, algunos créditos; mas por mucho á que ascendiesen, eran una bicoca para aquellas hermosas tierras de pan llevar,

Digitized by Google

aquellos olivares, y aquellas piaras de ganado, que heredaba su hija única Luisa, muchacha en condiciones para hacer la felicidad de cualquier hijo de vecino, y á la sazón en la edad de las mieles para contraer matrimonio.

¿Quién se la llevaria?... Este era otro punto de cavilaciones sobre el que algunos daban tormento á su imaginación, hasta el extremo de fingirse que ya, allí mismo, en aquellas circunstancias, se estaban haciendo trabajos á ello dirigidos. Aquella intervención de los Guillenes, del joven Anatolio especialmente, en los cuidados de la familia, aquello disponerlo todo, hacérlo todo, absorverlo todo, eran servicios que no pedían sólo gratitud, sino más provechosa recompensa.

Durante el velatorio, aquella noche, y en los funerales al siguiente día, unos á otros se comunicaron sus observaciones y cálculos, y todos ya supieron que los Guillenes eran albaceas, que los Guillenes se habían hecho cargo de los asuntos del finado, que los Guillenes habían ofrecido su caja para todo cuanto pudiese ocurrir, y desde luego para

Digitized by Google

pagar el ostentoso entierro, que, á instancias de la viuda, se había de hacer á don Juan Luna, sorprendido por la muerte sin un centin en su gaveta.

No bajarían de cien personas las que en estos funerales asistieron, ni quizá de sesenta las que se quedaron en el porche fumando cigarrillos mientras el clero despachaba dentro. Pero después de recogido el cuerpo, ya fué inmenso el gentío, y el desfile del entierro, aparatoso y grande más que lúgubre. Iban primero, como dando á entender que la miseria es la precursora obligada de la muerte, dos filas de pobres andrajosos, ancianos y sucios casi todos, llevando en las manos velas pequeñas no encendidas, y masgullando padre-nuestros en turno con los sacristanes que, por mitad de ambas ringleras y guardando entre sí distancia conveniente, llevaban los simpecados de las iglesias. Veíanse luego, destacándose sobre el fondo negro de las sotanas, las sobrepellices albas de los clérigos, con sus mangas abiertas, largas y rizadas, que al ser movidas por el viento, parecían dar la despedida al que se iba. Seguía después el ataud, triple cárcel de zinc, ma-

Digitized by Google

dera y terciopelo, adornada con galones y clavillos dorados que forman una cruz en la tapa y dos fatídicas MM en la cabecera. Lo llevaban en hombros seis amigos; cuatro servidores de la casa, el paño mortuorio que iba luego, y por último, cerrando el cuadro, la procesión de las capas: las capas todas del lugar, presentes allí como lo están en los bautizos, en los casamientos y en todo acto solemne de ceremonia, celébrese de noche, celébrese de dia, ya sea invierno ó verano la estación que corra. Son capas venerables por su antigüedad, que se heredan de padres á hijos como el más preciado mueble de la casa. Y si algunas hay nuevas, porque la capa suele ser regalo del padrino en todo matrimonio, éstas son hechas por el molde antiguo. Todas son pesadas como un remordimiento, y sobradas de paño por todas partes; sobradas de esclavinas que llegan á la mitad del cuerpo; sobradas por abajo hasta rozar el suelo; sobradas por arriba hasta el punto de que el cuello, un cuello picudo, grueso y acartonado por mugre y entretelas, llega á la coronilla y da un envite al sombrero en cuanto para arriba se inclina

Digitized by Google

un poco la cabeza. A las diez y media de la mañana de un día de Mayo como aquel, bajo un límpido cielo en que brilla explendente un sol tropical, tiene que ver aquella procesión de paños azulados, negros y obscuros, sobre cuerpos que se desgoznan, que se tuercen manando copiosísimo sudor, bajo aquel aplastante peso.

De admitir que es la capa una señal de duelo ¡oh, cuán sentida fué la muerte aquella! Pero bien se vé claro que no es duelo ni pena la expresión de cansancio y hastío impresa en los arrugados rostros de los viejos pordioseros, que desean ya todos que se acabe aquello, para tomar en cualquier parte dos reales y medio por la vela; no es duelo tampoco el disgusto que posee al joven Anatolio Guillén, que mira al clero con fruncido ceño cada vez que hace alto para entonar responsos, y parece que tira de la cinta del féretro con la fuerza toda de sus remos, impaciente por llegar, por dejar cuanto antes en la mansión eterna, á aquel su amigo íntimo por cuya familia tanto se estaba interesando; no es duelo tampoco la suprema angustia que el alcalde sufre, horriblemente molestado en

Digitized by Google

sus juanetes por las nuevecitas botas de charol, ni el embarazo en que le tiene una maldita leviteja de tan grandes solapas como raquíticos faldones; no es duelo tampoco lo que revela aquella larga comitiva que habla de sus asuntos, que fuma distraida, y que reniega del calor. Indiferencia, empacho: estas son las notas dominantes del entierro de Luna.

Y ellas se contemplan mejor aún, en el público femenino que atisba desde las puertas y ventanas, encandilado por una impertinente y desurbana curiosidad; se contemplan mejor aún, al pasar por la plaza, ocupada casi de continuo por la más sedentaria y maleante gente de la villa, y donde si alguno, impresionado, exclama: «lástima de hombre» otros le replican al punto: «un ricacho menos» sin que dejen de oirse desatinos sobre el fúnebre canto de los curas, ni paparrucha insólita sobre si fué ó si pudo ser esto ó lo otro aquel morador de otras regiones que, no obstante de su mucho dinero, se iba al otro barrio lo mismo que el más mísero mendigo. Esta última consideración especialmente, es la más general y comentada. ¡Era muy grata y muy

Digitized by Google

consoladora la igualdad aquella, resultante de medirlos á todos con igual rasero, sin distinguir ricos de pobres, altos de bajos, grandes de pequeños!

Siguió el entierro la calle del Arzobispo arriba hasta perderse por el callejón de los Pitales, en tanto que las trece campanas de la torre daban al viento sus elegiacos sones; acompañóle el clero por el campo, entonando ya el *ego sum resurrectio et vita;* luego más responsos aún, y allá calló cuando llegaba á aquella lúgubre portada que dá paso al recinto en donde yacen los villalindanos de no sé cuantas generaciones. Es un campo inculto de unos cincuenta metros cuadrados de extensión, cercado por paredones en los cuales están los nichos empotrados á manera de nidos de palomas: disfruta de una exuberante vegetación de malvas, hortigas, jaramagos y otras yerbas comunes, secuestradoras del selecto abono con que ayudan su nutrición rosales y romeros, plantados al margen de las sendas que lo cruzan en transversales direcciones y se hallan sombreadas por cipreses y álamos vetustos. Aquí y acullá, como trampas que la muerte hubiese preparado, se ven

Digitized by Google

salpicadas y medio ocultas por el follage, zanjas más ó menos grandes que esperan cuerpos humanos para devorarlos. Son la última cuna de los pobres.

En Villalinda hay ya filósofos y libre-pensadores que, no saben lo que es filosofía ni libertad de pensamiento; pero que hablan muy mal de los curas y de todo cuanto con religión se relaciona. Desde que, á raiz de la Revolución, los redentores que por allí se aparecieron, enseñaron que no había Dios, ellos desdeñan al que todavía presta fé á esas cosas de los antiguos. Y no obstante, ni el más neto filósofo villalindano deja de confesarse en cuanto se halla enfermo ó cuenta en su cuerpo más arrugas de las que quisiera, ni puede ocultar los supersticiosos temores que le embargan el ánimo cuando pisa el umbral del Campo-Santo. La tierra fresca de los hoyos, parduzca, fea, como amasada con humores; los nichos vacíos que, en estrechas filas y mostrando sus bocas desdentadas, parecen lúgubres madrigueras; aquel almiar de huesos, unos ya curados, otros amarillentos y húmedos todavía; la triste perspectiva, en fin, que siempre ofrece un cementerio, traen á su

Digitized by Google

pensamiento las absurdas leyendas de almas en pena, fantasmas y endriagos con que le amedrentaban cuando niño; le causan impresiones desagradables que sacuden sus nervios, y le hacen sentir un vivísimo anhelo por escapar de allí.

Parece esto raro en quienes quieren ser tenidos por espíritus fuertes; ¿no es verdad?.... ¡Oh! Es que es más grande la ceguedad de la ignorancia que la vista de la sabiduría, y los presuntos regeneradores de aquel pueblo levítico ignoran demasiado. Casi todo.

Entre ellos figura un tal Federe, hombre simpático y rumboso, popular un tanto, aficionado al vino, espíritu levantisco é inquieto muy dado á cambalaches, que ya monta un despacho de bebidas, ya se hace corredor, ya compra una carbonería, ya se mete en labores agrícolas, y en nada enbona y en todo halla motivos para convencerse de que España anda perdida por culpa de los neos, y de que el mejor día del año se arma una tramontana de dos mil de á caballo y viene á arreglar esto Pi y Margall, de cuyo partido las nominaciones, él explica por modo donosísimo.

Digitized by Google

—Eso de federá—le decía una vez su amigo Botijuera, un zorrillista impenitente, partidario de la metralla y la llaneza.—Eso de federá, güeno; to er mundo lo entiende. Federá es... federá. Pero ¡sinalarmático! ¿quiés tú decirme á mí que es eso?

—Mu sencillo, hombre—replicaba él.—Si la mesma palabra lo está dijendo. Si-nalar-má-ti-co, es er que quié la república sin alarma; no como vino la otra vez, que paeció una merienda e negros.

Y como lo explicaba lo creía.

Los dos amigos, Federe y Botijuera, juntos en el entierro por la casualidad ó la mútua atracción que en ambos ejercían sus esperanzas republicanas, desdeñaronse de entrar en el cementerio con tanto capigorrón y tanto neo como iba allí, y cuando los curas y los perdularios tornaron hacia el pueblo, ellos se quedaron en la linde del camino frente á la puerta, hablando de su política, según decían. Las cosas iban mal, á juicio de Federe. Ni la coalición republicana se había hecho con voluntad, ni á la muerte del rey se había hundido esto, ni nada en el mundo. Luego, don Francisco tan metido en su casa, Ruiz Zorri-

Digitized by Google

lla allá en los infiernos; Castelar vendido al oro de la reacción, en fin: que esto era un lodazal maldito, y un lodazal así, y un lodazal asado, y un lodazal y un lodazal.

—Y no es eso lo malo—deciále su amigo—Lo malo es que los hombres honraos como yo y como tú, pongo por caso, no puen jacé na, más que morirse.

—Po con tó y con eso—replicaba él poseído de una fé acendrada, de una fé entusiasta—ella ha é vení; lo que es la república ha é vení.

—¡Toma! Como vení, viene, ¡ya lo creo que viene!..... Pero, amos andando, que ya van tos en marcha,

—Y er día que venga ¡camará, qué barrío!.... Digo: ¿Ese que va ahí lo merecía?

—¿Quién? ¿Filiqui?

—Filiqui. El grandísimo ladrón me trae bardao con las contrebuciones de la viñiya e Matagorda, la que yo abandoné, como tú sabe. No prousía na, no había quien la mercara, yo me cansé é labore, y dije, digo: anda y que te coja er que quiera. La dejé; no la quise; como si la hubiá tirao. Po hace ya tres años; la viña está mas perdía que la chula, y

Digitized by Google

entabia Filiqui está cobrandome la contrebución.

—No se la pague.

—No se la pago; pero por eso me ha embargao los mulos, y me tié fastidiao.

—¡Puño! Po si dejas está eso así....

—Tengo pensao vé aluego ar juez; pero ese tipo....

—Mialo allí va, con su pata coja..... Así anda la justicia en el pueblo: como quien la arministra. ¡Qué gran casoliá que no viene borracho!

—¡Pchs! Con la priesa, no se habrá ni enjuagao la boca; porque aticuenta que ese bebe agua, se arregüerbe, y como tié soleras en el estómago, tó se le jase vino.

—¡Camará! ¡Qué dije nos ha encajao encima er señó Pidón!

—No; ese está aquí por los Guillenes; por Anatolio, que es er que ahí ahora regentea, y er que tira á tené toas las arministraciones en sus manos; arministración municipal, con un arcarde suyo; arministración de consumos por su cuenta, y arministración de justicia con ese borrachín. Así que es el amo er pueblo; ese Anatolio se jace el amo er pueblo.

Digitized by Google

—Cabá; cabá. Yo no sé Pidón.....

—Pidón..... trae sus cosas por más arriba. Er le deja er pueblo á los Guillenes con su cuenta y razón, y se las apaña en Urfielia, y en Madrí..... ya saben ellos lo que hacen, ca uno en su terreno. Y en el inte..... cataí una muestra de cómo anda aquí tó; miá ese que está ahí. A cá ve que lo veo, digo yo que *El Cencerro* tié más razón que el mundo. Ve ahí un maestro de escuela piendo limosna, perdío como una rata.

—Tío Amén es un borracho, Federe.

—Se ha embiciao ahora; cuando dejó la escuela; pero si le hubián pagao.....

—Me repuna ese tío.

—¡Pchs!..... La jambre pué mucho.

Objeto de estas observaciones era un viejo, fuerte y erguido aún, que se hallaba sentado sobre una piedra en el callejón de los Pitales, cerca ya de la entrada del pueblo. Llevaba holgadamente á cuestas sus sesenta años; pero el mugriento y astroso ropaje que vestía, una sucia barba canosa, y largas y descuidadas greñas, le avejentaban mucho y le hacían antipático.

—Federe, Federe—dijo levantándose al

Digitized by Google

pasar éste por junto á él—El orden no peligra aún; estas catástrofes que trae la muerte, son como soplos á un montón de arena; ¿entiendes, Federe?

—¿Qué ice osté, hombre?

—¡Tonto es Federe!—exclamó prorrumpiendo en sardónica risa, y agarrándole por un brazo—Ha muerto uno, ¿eh? Pues sin embargo, el orden no peligra. Mira ahí; mira cuantos. Anatolio, Filiqui, don Gaspar, ese hueso de juez, Caballito, García Ruiz, los Peransúrez..... casi todos, Federe, casi todos.

—Bien; ¿y qué?

—¿Y qué?..... Las clases conservadoras.

—¡Ya! Sí—replicó Federe sin comprender todavía una palabra.

—¡Los grandes tunantes!—añadió aquel con solemnidad, y en baja voz.—¡Los grandes tunantes!..... ¿Se alterará el orden?

—¡Qué se ha de alterá!

—Con la muerte, no; con otra cosa: ¿eh?

—Justamente.

—Ya te lo diré. Adiós.

Siguieron ambos los amigos con la comitiva, y á los pocos pasos, dijo Botijuera:

—¿Ta borracho, verdá?

Digitized by Google

—Borracho..... y aluego éste es de esos de allá..... mucho más avanzaos que nosotros. Quieren ¡que se yo! la fin der mundo.

Algo después llegaban á la casa mortuoria, y como los demás, entraron á dar la cabezada ante los parientes del finado.

Digitized by Google

III.

LOS GRAJOS

Como allí se está siempre á caza de pretestos para convertir en día de fiesta uno que no lo es, no hay que decir qué á pelo vino la ceremonia habida aquella mañana para echar de bureo lo restante del día. Mediábase ya éste cuando acabó todo, y, la satisfacción de haber puesto fin á una empalagosa diligencia, el calor enervante que ya hacía, la necesidad de dar reposo al cuerpo fatigado, la hora de la siesta, todo parecía ordenado para presentar á los espíritus con los colores más hermosos, los emparrados patios de las tabernas, la frescura deliciosa de las bodegas, lo tónico del manzanilla, la pintiparada ocasión,

Digitized by Google

en fin, que se había presentado para *tomar las once*.

Anatolio Guillén, la flor y nata de aquella patulea de Guillenes traída por su tío don Gaspar de la tierruca, convidó á dos amigos: el juez lisiado y borrachín de que ya tenemos noticias, y el recaudador de contribuciones don Filiqui Pantalla, alias otorgado, sin duda, por ser endeble y seco lo mismo que una oblea. Su nombre era Melquiades Primo.

La bodega de los Guillenes era una grande estancia donde había quizás quinientas botas, colocadas en triple hilera á lo largo de los muros, todas mostrando en sus redondas caras, con signos de blanca tiza, la clase y antigüedad del caldo contenido en ellas. Se halla obscura al entrar. Baco temeroso por la salud de sus espíritus, resguarda su templo de las iras de Febo, y apenas si acepta de su luz las escasas rachas que se cuelan por los entornados ventanillos, amortiguándolas, sañudo, con el color negro del terrizo suelo y de los cascos, y dejando sólo en el recinto una vaga claridad de crepúsculo. Se está muy bien allí. A la hora en que el pegajoso calor de aquellos meses, esprime y desmade-

Digitized by Google

ja el cuerpo, nada tan agradable como sentir la deliciosa frescura de una extensa bodega, cuyo ambiente oloroso y mistériosa penumbra, parece que acarician los sentidos, y excitan el sistema nervioso, y hacen á la imaginación poblar el mundo de imágenes risueñas, que no se desvanecen, que tocamos casi, que llegaremos á poseer tomando la primera copa.

Y este bienestar luego prosigue, bebiendo como allí se hace, que no es así de cualquier modo. Eso de apurar vasos y vasos hasta dar en el hastío ó caer en la asquerosa borrachera, es vulgar é indecente. En Andalucía se bebe, sí, y se bebe mucho; pero con gusto, con arte, higiénicamente: tabicando las libaciones ó dandoles enjugue con lonjas de jamón, ruedas de salchichón, carne mechada, aceitunas y alcaparrones, ó bien langostinos, cangrejos ú otro cualquier marisco, y sin que falten ni en un caso ni en otro blancas y crugientes rosquillas, ni servilleta ó papel en que limpiar los dedos.

Carne de rico jabalí y hermosas aceituas sevillanas fué aquel día lo que, por orden : Anatolio, trajo á la bodega un dependien-

Digitized by Google

te del próximo almacén; y picando en los estimulantes, y haciendo honor señaladísimo al sanluqueño néctar, pasábanlo muy regocijados con la picante conversación del juez, que, hiperbólico y verboso, procuraba pagar el convite con adulaciones repugnantes como eruptos de estómago lleno á costa agena. ¡Oh, qué grande hombre era Anatolio! Sería el amo del pueblo; porque Pidón, cierto, podía mucho, pero tocante á simpatías.... nadie, hombre, nadie; á Pidón nadie le estimaba. En cambio Anatolio, joven, laborioso, de talento, hasta guapo, porque era guapo si bien se le miraba, había de ser muy pronto el verdadero amo del pueblo, aquel de quien ser amigo sería punto de honor para los hombres, y de quien ser amado era ya suprema ambición de las mujeres..... ¡Por cuántas se hallaría asediado! ¡Cuántas soñarían con él todas las noches!..... ¡Oh! El hacía muy bien en darse tono; porque una mujer..... ¿Qué vale una mujer en este mundo?.....

El recaudador de contribuciones tosió, visiblemente disgustado. Anatolio y el juez se guiñaron sonriendo, y con deliberado propósito de extremar aquel disgusto, añadió este

Digitized by Google

último, encarándose desvergonzadamente con el recaudador.

—Y prueba lo que yo digo, éste mismo; Anatolio, que las ha toreado á todas. Porque ¿quién le ha resistido? ¿Luisa Luna?.....

—Esa, esa no le ha querido—se apresuró á decir don Melquiades con el amargo regodeo de una venganza.

Un resplandor punzante iluminó el rostro de Anatolio, á quien pronto se vió meditabundo y triste.

—No le ha querido,—replicó el juez con brios, dando sobre la mesa un puñetazo—porque esa chiquilla es tan cerrada como su padre, que esté en gloria. Pero si yo fuera este, si tuviera yo su posición en Villalinda.....

Siguió el juez charlando sin que ya sus interlocutores le prestasen atención, uno embargado por el recuerdo acerbo del chasco que aquel mozo había dado á su hija dejándola plantada después de un año de relaciones amorosas, y otro sumido en un ensueño de anhelos y ambiciones provocado por las aduladoras palabras de aquel verboso amigo..... Luisa y Villalinda ¡Ah! Le hablaba de los puntos del eje alrededor del cual giraba

Digitized by Google

su pensamiento de continuo; ellas eran su pasión y su vida. Cuando por las noches, tendido en la revuelta cama, con la vista perdida entre las sombras, pasaba mental revista á aquella Villalinda cuyos negocios manejaba, á sus habitantes cuyo estado de bolsas conocía y de cuya lata conciencia ó falta de coociencia podía certificar, antojabasele que él, es decir, la casa, la gran casa de los Guillenes podía ser el absoluto dueño de aquel pueblo; cerebro único y soberana voluntad de aquel organismo, sin compartir el dominio con Pidón, á cuya sombra se había hecho poderosa; tan poderosa, que á entablar una lucha con él, acaso y sin acaso llegaría á vencerle. Cierto que Pidón no estorbaba gran cosa, porque, fátuo y badea, tenía en más dar una orden que guardarse un duro, y fanfarrón en todo, repugnaba la menudencia y la tacañería, dejando comer á todo el mundo, según la frase de los más desvergonzados.

Pero de ello no obstante, él era el dueño, el árbitro, y los demás, incluso la casa poderosísima de los Guillenes, factores al servicio de Pidón; peones de que disponía para sus juegos..... No podía esto soportarse re-

Digitized by Google

signadameute; no podía soportarse, entre otras razones, porque con ello Anatolio era un comparsa, parecía un comparsa, y papel más airoso le correspondía sin duda alguna. Sí; él valía más que toda aquella tropa de hampones y ambiciosos; él valía más que Pidón mismo, el hombre de las baladronadas y las osadías, cuyo valimiento en política no se explicaba, y era ya tiempo de que así lo reconociera alguien más que aquel interesado adulador; de que lo reconociera el pueblo entero, y antes y con preferencia al pueblo entero, aquella mujer de sus ensueños, de quien no merecía sino desdenes, acaso porque aún le consideraba un montañuco, y ella se tenía por una principal señora. ¡Oh! Precisaba, urgía cambiar los términos de la ecuación; aparecer él como el señor principalísimo, y que ella ni lo pareciera ni lo fuera, sino gracias á él. Huérfana había quedado; si también quedara desvalida..... Aún era muy rica; si un día se viera pobre y él llegara amoroso y le ofreciera posición y riquezas, ¿dejaría de agradecerselo? ¿dejaría entonces de pagar el cariño ferviente que inspiraba?.....

Aquí cortó el hilo de sus reflexiones la

Digitized by Google

entrada en la bodega de tres nuevos personajes: Pepe Argüeso, el arrastra-codos más constante del casino; Mínguez, el oportuno Mínguez que parecía oler cuantas botellas se destapaban en diez leguas á la redonda, y correr hacia ellas más que el viento, según la precisión con que se presentaba en cuantas partes se bebía, y Reguerita, un labrador que pasaba la vida atareadísimo en buscar pretestos que disculpasen su sempiterna holganza.

Fueron recibidos con suma indiferencia, y se sentaron ellos con la mayor franqueza. Dengues y cortesías no imperaban en tan cachipareja sociedad.

—A la paz de Dios.

—Hola, mi gente.

Fué todo lo que se gastó en saludos, recurriéndose acto seguido al vaso, en el que sin duda estaba todo compendiado.

—Pues nosotros buscábamos un cuarto —dijo Argüeso—para echar un rato de tresillo, y no viendo á éste por el Ateneo.....

—Te figurastes que Anatolio.....

—No. Quien lo olió fué Minguez.

—¡Milagro! Si Minguez hubiera nacido

Digitized by Google

podenco, no tendria precio por su hermoso olfato.

—¡Criatura!—exclamó Mínguez.—Pero si eso..... ¡vamos! El dia echado á perder con el entierro, ¿qué lugar de refugio quedaba más que el Ateneo ó el Casino? Y al no estar en ellos ¿donde había de estar?..... En la bodega; esto es más claro que el agua.

—¡Claro! Porque aquí no hay otra cosa que hacer sino beber.

—Beber, y morirse cuando no se pueda. Y á propósito de morirse, caballeros. ¿Han visto ustedes qué muerte esta más impensada y más....?

—Impensada..... Sí, una faena como la de morirse no se puede pensar mucho.

—Quiero decir, más sorprendente, más..... inesperada. ¡Cómo había uno de figurarse..... A mí me ha causado un sentimiento..... Pero eche usted un vasito, don Melquiades; ¿lo está usted reservando?

—Sí, hijo mío; lo reservaba..... para esto precisamente: para aliviarte de esa pena que sufres.

—¿Y duda usted de que la sufra?—dijo Reguerita interviniendo en la conversación—

Digitized by Google

Pues no es extraño; porque como no le ha dejado nada.....

—Eso..... según—dijo Anatolio.

—¿Cómo? ¿qué? ¿acaso.....?— exclamaron varios, poseídos de la mayor curiosidad.

Y todos prestaron la más grande atención, sabedores como lo eran de que el joven Guillén no solía hablar á humo de pajas.

—Digo que el difunto nada se ha llevado consigo; todo lo ha dejado por acá. Y en las transformaciones que sufre toda hacienda al pasar de unas manos á otras, ¿no hay siempre algo que pueda aprovechar un Mínguez, un chalán sin matrícula cual este?.....

—Es verdad, es verdad.

—Pero en ese caso—dijo Mínguez—estamos todos. Si yo puedo ser corredor, ustedes pueden ser compradores.

—Yo compraría la Corambrera — añadió Argüeso,—si me la dieran barata.

—No será difícil —dijo Anatolio,—porque algo han de vender muy pronto. Como todo labrador en esta época, no tienen hoy un cuarto.....

Don Melquiades, Argüeso y Reguerita abrieron tanto ojo mirando fijamente á Ana-

Digitized by Google

tolio. Mínguez y el juez pasearon la vista desde éste á aquellos, como si pretendieran leer en la expresión de los semblantes lo que pensaba cada uno.

—No tienen un cuarto—exclamó el recaudador, como echando en cara pecado imperdonable;—pero cuentan con la caja de los Guillenes.

—¿Con nuestra caja? No.

—¿No? ¡Pues no sé! Hasta el entierro van ustedes á pagarlo.

—¿Quería usted que no lo enterrasemos?..... Pero de ahí no pasaremos.

—No ¿eh? Pues mañana les embargo. Me deben dos trimestres de contribución.....

—¡Tiene usted un crédito!—dijo el juez agradablemente sorprendido.

—¡Un arma que esgrimir!—añadió Mínguez.

—Y la esgrimiré—repuso aquella espiritada oblea, alzando su chillona voz—Afortunadamente no debo consideración alguna á la memoria de ese buen señor, ni á ninguno de su casta. Al revés; si fueramos á escarbar, puede que algún agravio....

Miróle Anatolio con desprecio, adivinan-

Digitized by Google

do que culpaba á Luisa Luna de la ruptura de relaciones que él había mantenido con la hija de aquel mezquino espíritu.

Los otros personajes reflexionaban ya sobre las consecuencias que pudiera tener el anunciado embargo, y en la bodega reinó un silencio absoluto.

Se echó más vino; se bebió de nuevo, y el silencio, no obstante, continuó cual si todos sufriesen el tormento de una idea fija.

Y así era con efecto. Fingíase ya el juez el *ab intestato* de Luna presa de las garras del fisco, presa de sus garras, y en su poder hermosas túrdigas arrancadas con una serie interminable de diligencias, motivadas por embargos, protestas, depósitos, remates y cuanto hubiere lugar. Mínguez veía ya en perspectiva ventas de cortijos y piaras, de granos y olivares, hechas bajo la presión de una necesidad urgente, es decir, con el vendedor á su merced, ofreciendo verdaderas gangas que á él le darían margen para ensayar sus facultades de trapalón y engañoso. El ojeo de las fincas que más pudieran convenirle y el cálculo de lo que menos de su valor podría pagar por ellas, embebían á Ar-

Digitized by Google

güeso. Pensaba Reguerita en que ocasiones como la que iba sin duda á presentarse, eran las mejores para trampear y hacer su agosto, y no hay que decir que don Melquiades se relamía tramando planes de ruína, cuyo liviano fundamento, el de sus pobres créditos, le parecía el más seguro y el mejor del mundo. ¡Vino! ¡Venga más vino! El ánimo regocijado lo reclama.

Todos están alegres; obsérvanse los unos á los otros; cada cual achaca el contento reflejado en los semblantes que mira al risueño Sanlúcar, y este juicio intuitivo les lleva, como por la mano, á pensar en si tendrán el mismo origen las halagüeñas esperanzas que han acariciado. ¿Qué fundamento racional tenían?..... ¡Ah, sueños de color de rosa! Efectos eran de aquel néctar divino cuyo espíritu influía ya en los cerebros..... No obstante, algo había allí real; sí, de seguro allí palpitaba algo positivo, y nadie más que Anatolio poseía la clave; era preciso que Anatolio hablase.

Y más ó menos pronto, en un corto intervalo, todos miraron á Guillén, que fumaba satisfecho y nada decía. ¿Quién le interpe-

Digitized by Google

laba ante los otros, y de qué forma se valía para no dejar traslucir el propio pensamiento?..... Había que esperar, era necesario esperar.

Y se torna á beber por hacer algo, y se fuma por ocupar las manos, y sobreviene una preocupación que hace responder con monosílabos á alguna que otra pregunta insubstancial y ociosa, que no se ha oido siquiera. ¡Oh! Nunca se vió reunión más desmayada y sosa ante unas cañas de manzanilla.

—¡Ay..... ay..... ay! -exclamó Anatolio después de un lánguido bostezo.—Estoy considerando lo que ahí puede pasar. Esa labor apenas si podía el difunto sostenerla, siendo, como era, entendido y trabajador; ¿cómo podrán llevarla esas dos mujeres, pobre y enferma la una, inexperta y niña la otra, que habrán de fiar en capataces, manijeros, yegüerizos, y demás? ¡Imposible! Los terratenientes están hoy convertidos en administradores honorarios de sus fincas, los que no comen del capital, porque los impuestos excesivos se lo llevan todo y apenas si les dejan para vivir con un trabajo asíduo y porfiado; si en estas circunstancias falta el amo, como

Digitized by Google

en el caso presente, y ha de andar todo en manos de mujeres, imposible, imposible; eso se viene abajo.

—¡Toma!—exclamó Argüeso—Pues que reduzcan; que vendan.

—¿Y tan fácil es vender en buenas condiciones? Sin embargo, yo procuraría hacerlo así. Venderlo todo.

—Eso sí que no es fácil,—dijo el juez.

—¡Bah!—exclamó Anatolio — Si ellas quisieran, ya no faltaría quien comprase.

¡Cómo! ¿Qué dice aquel hombre? ¿Es él quién acaso va á comprarlo todo, echando por tierra tanta ilusión fascinadora?..... Don Melquiades no pudo contenerse, y exclamó.

—¡Claro que no faltaría! El amigo Anatolio en persona se presta á comprarles hasta la última cabeza, hasta el último terrón, y á pagarselo como quieran, aunque sea doble de su valor. Porque al fin y al cabo.....

—¿Qué?..... Concluya usted.

—Yo me entiendo, cachorrito.

—No sea usted, tonto, don Melquiades,—replicó Anatolio levantándose y comenzando á pasear—Nosotros no somos los llamados á redimir ese capital: que se lo lleve la

Digitized by Google

trampa ó deje de llevarselo, no ha de ocasionarnos ataques de ictericia.

—Entonces ¿quién les entiende á ustedes? Hoy tantos mimos y carantoñas, y mañana que se los lleve el demonio.

—Hoy cumpliendo un deber de amistad, y mañana dejándonos de cuidados ajenos; que no vamos á ser curadores perpétuos.

—Es decir—exclamó el juez interviniendo—Que los Guillenes son amigos de la casa de Luna, pero no tienen solidaridad ninguna con ella?

—¡Claro!

—Que si le prestan un favor, no se constituirán en guardadores suyos?

A este segundo término de la interpelación, Anatolio no contestó sino con un ¡pchs! que si no satisfizo, nadie tomó por negativa. Hubo una mirada de inteligencia entre los que rodeaban la mesa, y no se habló más del asunto.

Anatolio siguió ensimismado sus paseos, y entre los comensales reinó de nuevo un chocante silencio. De pronto se levanta el juez, y acercándose al paseante, muy afectuoso le ofreció un cigarro; lo encendieron ambos,

Digitized by Google

y á medias palabras, en perífrasis y apócopes, con apuntes de conceptos cuya osbcuridad suple una expresiva mímica, le deja entender que si por cualquier causa, mañana ó el otro, aquellos los temores que antes había expuesto, llegaban á convertirse en realidades, y por ache ó por be, surgían incidentes que con la justicia se relacionasen, su verdadero amigo, su querido amigo Anatolio debía tener presente la imponderable fuerza de la ley..... de la amistad en todo fallo, los estados de hecho y de derecho que se derivan de una providencia sea cual sea, y que aun había circunstancias en que era aplicable aquello de *res judicata*..... etc.

—Sí, hombre, sí; ya lo sé todo;—le replica con el mayor desdén—pero no sé á qué santo vienes ahora con eso. ¿Ha pasado algo? ¿voy yo á pleitear con esa familia?..... ¡Qué majadería!

Y mientras el juez se repone de la sorpresa que contestación semejante le causara, Anatolio prosigue su paseo, y antes de llegar á la mesa, dice en alta voz y sonriendo:

—Caballeros, este pobre Vitela se ha figurado veros ya á todos cayendo como ban-

Digitized by Google

dada de langosta sobre el capital de don Juan Luna, y á mí dispuesto á conteneros, para lo cual me ofrece sus servicios; más aún, me ofrece el platillo más pesado de la balanza de la justicia. Teneis, por tanto, en él, un enemigo en cierne, puesto que se inclina á mi favor. Pero podeis ganármelo fácilmente, porque yo ni le necesito ni le quiero. ¿Qué me importa á mí todo eso?..... ¿Me dais un vaso?.....

Lo bebió de un trago, y siguió con sus paseos mostrando en su faz curtida y atezada, una expresión bonachona, inofensiva que de vez en cuando, al dibujar sus labios belfos y caídos una alegre sonrisa, llegaba á parecer dulce y simpática. Verdad que hubo momentos en que sus ojos, redondos y negrísimos,se vieron brillar bajo los matorrales de sus cejas, revelando fogosidades de un mal pensamiento, de un deseo impuro; verdad que hubo instantes en que sus manos, belludas y carnosas, se restregaron, se frotaron la una con la otra, como si este insípido ejercicio fuera desahogo de un regocijo que del cuerpo le rebosara; mas lo que de ello alcanzaron á percibir los circunstantes, nada les significó.

Digitized by Google

Y Anatolio se regodeaba con el pensamiento de que aquellos grajos intentarían mermar la herencia de Luna, haciendo sentir á la hija del difunto temores de ruína que la forzarían á demandarle sus favores, á deberle gratitud por ellos, á evidenciarle el interés y la ventaja de tenerle por amigo, más aún, por deudo, por esposo, para decirlo de una vez; y los grajos, en cambio, sentían conmiseración de aquella sin malicia de Anatolio, que no veía cómo con los elementos que generosamente se le estaban ofreciendo, podía formarse un caramillo del que todos salieran ganando, y él más que ninguno. ¿No se habían dicho allí más de cuatro cosas para comprender por donde iba el agua al molino?..... Pues ven acá, alma de Dios; si tienes la imaginación tan obtusa que no vé los negocios que saltan á la vista, ¿para qué te llamas Guillén, y eres sobrino de tu tío Gaspar, y das ocasión á que se te diga lo que has escuchado?..,. ¡Bah! Decididamente aquel Guillén no merecía ser de la casta..... Era un pobre hombre.

Digitized by Google

Digitized by Google

IV.

EL REDENTOR

Para hacer que Anatolio fuese más explícito, se volvió á llenar el gran jarro vidriado que estaba encima de la mesa; y vuelta á charlar y á beber como á primera hora, y vuelta á los apartes en voz baja para excitar la confianza del secreto, hasta que las seis de la tarde no recordaron sus quehaceres á Guillén en la oficina de consumos, no se decidió dejar la bodega. Salieron todos llevando cargada un poco la cabeza, pero disimulando, merced á un resto de buen porte, la incipiente embriaguez que daba ya brillo á sus ojos.

Pronto se despidieron todos del anfitrión,

Digitized by Google

y éste siguió directo hacia *la Cueva*, que así llamaban en el pueblo á la casa administración de los consumos.

Y era verdad que cueva parecía. Una puerta grandota, baja y de medio punto, daba paso á un zaguán en declive, húmedo y mal empedrado con menudos chinos, á cuya mitad y en el testero izquierdo, había una habitación de entrada angosta y poca luz, en la que estaba la oficina, una oficina sucia, descuidada, con polvo en las tarifas y carteles pegados á la pared, polvo en los viejos sillones desteñidos, polvo en los mugrientos libros y emborronados papelotes que cubrían las mesas, polvo y basura en los alzapiés y en toda la tarima.

Haciendo operaciones aritméticas en la margen de un periódico y sentando los resultados en un libro, estaba el administrador, un hombre feo, delgado, largo como el esperar, de color cetrina, con gafas caídas sobre la nariz, de pelo canoso, de patillas ralas, fuertemente antipático. Sus verdosos ojos, fijos en la puerta desde que oyó pasos, esperaban recelosos y amenazadores á los que aparecieran. ¡Oh! Él vela incesante por la granjería

Digitized by Google

del amo, que ésta es su granjería, y lleno y orgulloso con ser el testaferro de quien le paga y vá con él á la ganancia, ya ha conseguido que le odien los hombres, que le maldigan las mujeres, y que los chicos le señalen con el dedo, cual un bicho espantable como el ogro. Sosegóse al reconocer que era Anatolio quien llegaba, y aun pareció que tuvo intentos de enviar á sus labios una sonrisa de cumplido; pero voces que daban en la puerta demudaron su rostro, y con cara de hereje salió á ella cuando se oyó más clara la voz de Sidorito, el más cínico de todo aquel hato de granujas rebuscados en la Isla de León, hechos allí sabuesos oliscadores de cuanto en el pueblo se movía.

Sidorito era un héroe. ¡Cualquiera lo chasqueaba con matute! Así aquella mirada de orgullo y parabién con la que don Mauricio le acarició al verle cómo disputaba á una mujer un chico cargado con una tabla de pan, él empeñado en que entrase en la administración, y ella en que no había de entrar.

—Que nó te he dicho ya, remardecío—clamaba ésta con rencor y furia—¿Mi pan vantrá en la cueva? Antes me cortaba yo este.

Digitized by Google

Y al brusco ademán de señalarse el cuello, cayósele á la espalda el mantoncillo que por la cabeza traía echado, y salieron á relucir sus greñas mal cogidas en la nuca, y sus brazos secos y embadurnados con tizne de carbón. Flaca, mal vestida, sucia y furiosa como estaba, á otro cualquiera que no hubiese tenido el grueso báculo que Sidoro blandía como en son de aviso, le hubieran puesto miedo aquellas manos que parecían disciplinas de cordobán al revolverse amenazantes, buscando ocasión de dejar huella en adecuado sitio. Era la Candelaria; la mujer de más alma del barrio de la Tripa; la que al frente de una turba, puso fuego á *la cueva* cuando ocurrieron los trastornos de la Revolución; la que llamaba cuervos á los curas; la consorte de Federe, tan republicana como él, y á quien se vió cien veces en el barrio, predicando contra los Juan Bragazas que se llamaban hombres, y no sabían usar de un buen trabuco naranjero cuando la hoz ó la zoleta no les proporcionaba un duro para sus mujeres.

—¿Qué sucede?—preguntó el administrador.

—Po miale usté aquí—replicó ella—Que

Digitized by Google

manque le he pagao er derecho, éste me quié comisá er pan, dijendo... ¡qué sé yo! Infundios destos jambreras, á los que tó se güerbe pura socaliña pa robarla á una.

—¡Poco á poco ahí!—exclamó Sidorito con las mayores ínfulas;—que á mi no me se lía tan fácirmente.

—¿Liarte yo?... Una guita ar cuello.

—Osté ha pagao, es desí, osté ha querío pagá tre séntimo chico por ca telera de esas. ¿Nordá?

—Sí que los pagaba. Y tú...

—Pare osté la jaca... Yo no he querío tomarlo porque.... veasté, don Maricio; veasté esas teleras y digamosté á mí si no tién ma je las tres libras.

—Sí, sí:—dijo el administrador reconociendo el pan—Pesan más de tres libras, y ya sabes, mujer, que está prohibido hacer pan de más de ese peso; el impuesto se paga por piezas, y no podemos consentir en que se nos estafe.

—Pero zeñó....

—No hay pero que valga. Por ser la primera vez y porque no me gusta extremar los procedimientos, dá nada más el doble; dá

Digitized by Google

tres céntimos grandes por cada pieza, y te llevas el pan.

—Er doble ¿éh?... ¡Ya jumate!

—¡Pero me cao jasta en la má!—gritó desesperado el zagalón que tenía la tabla en la cabeza—¿Viá yo á echá aquí raice, pua?

—Pues si no pagas, adentro con la tabla. ¡Ea! descargad á ese muchacho y que se acabe esto.

Esto era la edificante escena que se estaba representando, presenciada ya por ese público aficionado de espectáculos gratis, que surge de repente en todas partes, y acude á los escándalos, cual las moscas á la miel, como avisado para hacer de masa coral en comedias por el estilo.

Sidoro por detrás, y por delante el administrador, procedieron á tomar la tabla de la cabeza del muchacho; mas en cuanto lo vió la Candelaria, dió al isleño un jalón de la chaqueta, que le obligó á quitar las manos de la tabla, ésta naturalmente, se inclinó, y el pan rodó por ella, y cayó abajo, y regó el suelo, y rodó hasta el caño. La masa coral se rebulló, y se oyeron exclamaciones, palabrotas y gritos; pero dominando todo otro ruído, no se

Digitized by Google

sabe qué sonó más fuerte: si el grito que exhaló la carbonera al recibir un palo de Sidoro, ó la atroz bofetada que, ligera como un relámpago, descargó sobre el que había osado pegarle. Aumentóse el barrullo con silbidos, injurias y otras ofrendas tales. Un tomate lanzado por certera mano, se estrelló en el carrillo del administrador y echó al suelo sus gafas. A Sidoro, un chico le dejó caer el sombrero; otro al agacharse para recogerlo, se le montó en las posaderas, y cuando se erguía hecho un energúmeno, hubo de hurtar el cuerpo para evitar un telerazo que le tiró la Candelaria. Y seguía la bulla, y había ya quien cantaba las copletas indecentes con que al administrador había obsequiado la musa popular, que abomina el impuesto de consumos.

Anatolio que desde la ventana presenciaba la escena, juzgó necesario intervenir, y aunque rehacio y fosco, se asomó á la calle; todos charlaban, ninguno se entendía. Una injuria escuchada entre el fragor de la tormenta aquella, llevó á la carbonera desde Sidoro á don Mauricio, quien vió diez uñas negras girar antes sus ojos y patillas, como dis-

Digitized by Google

puestas á clavarse en ellos, y escuchó de unos labios por cuyas comisuras la baba del coraje rebosaba, quizá lo que nunca juzgó que se atrevieran á decirle..... Que así eran de infamantes las palabrotas de la mujer aquella.

A Sidoro se le antojó de perlas el momento para vengar su ultraje, y báculo en alto se fué á ella decidido á descalabrarla; mas en el preciso instante de verificarlo se halló el brazo sujeto por un hombre, un señorito, en quien ninguno había fijado su atención.

—¡Bárbaro!—exclamó éste—¿A una mujer, y por la espalda?...

El público mostró gran complacencia ante aquel inesperado golpe de efecto.

—Tomúste,—dijo un astroso chaval al señorito, alargándole una vara de arriero—Llámele usté candela á ece gran joquetón.

—¡Suérteme usté á mí, me jago tira!—exclamó Sidorito revolviéndose furioso para desprenderse.

El Administrador, más atrevido ya con la presencia de Anatolio y escapando á las uñas de la Candelaria, dijo desfachatadamente á aquel desfacedor de entuertos:

—¿También usted es protector de contra

Digitized by Google

bandistas?.... O es que tiene algo que ver con la.... esa!

El insulto consistía más en el tono y la intención, que en las palabras; más en la sonrisa que en la intención y el tono, y más en la naturaleza de aquel hombre que en todas estas cosas juntas. Contra groserías de tal laya, no hay más convincente argumento que un buen golpe; y así estimándolo sin duda el señorito, con toda su energía contenida y nerviosa, dió con el puño en la cara antipática del administrador. Se oyó un grito de rabia, vióse una lucha cuerpo á cuerpo, y la muchedumbre se agitó á un lado y otro, dejando paso á varios que se atrevieron á intervenir. Después, todos pudieron ver al señorito, de pié cerca del caño, con una bota sucia por el lodo, deshecho el lazo de la corbata, arrugada la pechera, sin sombrero, confuso y turulato. ¿Qué he hecho? parecía pregúntarse. Muchas miradas, todas las miradas de la multitud, se fijaban en su triste persona, como bebiendo goce en ella.... Era indudable; se habían divertido grandemente con el espectáculo, y pedían gozosos su repetición.

—Bien. Te felicito—oyó que uno le dijo,

Digitized by Google

calándole el sombrero—Así es como debe tratarse á esa canalla. Has quedado bien. Vámonos, si gustas.

Y Angostito (que él era) comenzó á endilgarle un discurso enalteciendo la acción nobilísima de haber librado á la mujer aquella, de las manos de tales fariseos. Pero más parecía el nuevo don Quijote haber escapado de yangüeses, que alcanzado victoria sobre vizcainos, según iba de pesaroso, cabizbajo, dolorido y triste. No le seducían las palabras de su acompañante, ni en nada atenuaban las inculpaciones que se hacía por haber intervenido en la contienda de modo tan desacertado. ¡Vaya una batalla! Como el más despreciable baratero, él había entablado una soez reyerta, enmedio de la calle, con un hombre ordinario, y para remediar.... ¿qué? ¿qué había remediado con su intervención?... Hecho pedazos y pisoteado quedó el pan que no había desaparecido en la refriega; quizá á la Candelaria la llevasen á la cárcel, y sin pan y sin madre estuvieran aquella noche sus chiquillos. Si por ventura su marido iba borracho, ¡qué tristes consecuencias tendría aquello! Federe buscaría al alcalde para pedirle

Digitized by Google

la libertad de su mujer; no la conseguiría; acaso á su insistencia replicasen los sables de la guardia urbana, y él, inconsiderado y atrevido, echase mano á la navaja, y cometiese un homicidio. Y una familia quedaría sin padre, y el criminal iría á podrirse en un presidio, dejando también á la suya abandonada y huérfana. Todo esto lo vió en su imaginación ya sucedido.

—¡Oh, necio, necio!—exclamó en alta voz, crispados los puños y con faz de calentura.

—¿Qué dices, Juan de Dios?—le preguntó extrañado Augusto, que, siguiendo el hilo de su peroración, le hablaba entonces de la inmoralidad del impuesto de consumos.

Juan de Dios le miró con la atonía de aquel á quien despiertan bruscamente, y al cabo dijo, alargándole una mano:

—¡Oh! Nada; muchas gracias; adiós, Augusto, adiós. Perdóname el mal rato.

Y le volvió la espalda, corrido, amostazado contra sí mismo.

Esto le sucedía muchas veces. En cuanto un acontecimiento cualquiera le impresionaba fuertemente, y pocos eran los que, á ocu-

Digitized by Google

rrir en su presencia, no imprimían huella profunda en su exaltada sensibilidad, su imaginación, fogosa, potente y siempre alerta, le fingía aventuras extraordinarias, dramas y tragedias de horrorosas escenas, cuya contemplación le extremecía, le llevaba al delirio, hasta hacerle hablar solo, prorrumpiendo á veces, en imprecaciones que, si por acaso eran oídas, provocaban á risa y extrañeza.

Mucho que hacer y que pensar le habían ya dado estos ensueños que eran como la válvula por que escapaba á borbotones una potencia imaginativa que parecía no caber en su cerebro. Las ideas en él, surgiendo numerosas, se ofrecían en tropel y sin enlace alguno á su atención, y una desvanecida por la que en pos llegaba, todas palpitaban en sus sienes antes de escapar. Esto le hacía ser un durmiente en vela que vivía cien horas en un día, y gastaba sin resultado alguno fuerzas prodigiosas al encontrarse frente á frente de sus fingimientos, con la rastrera realidad; esto le hacía dejarse arrebatar por los impulsos de la impresión primera, y que siempre la reflexión fuese tardía; esto era, en fin, lo que había hecho que, en épocas determinadas,

Digitized by Google

al vérsele cruzar la calle, sombrío y meditabundo, ó febril y agitado, hubiesen dicho algunos, señalándole: «El loco; ahí vá el loco.»

La pasada escena le tenía fuertemente contrariado; y aunque seguro de que mil veces haría lo mismo á suceder lo propio, no cesaba de inculparse por la forma y ocasión con que intervino en la contienda, haciéndola más agria lejos de conducirla á feliz término, y aparejándola además con aquella lucha rufianesca que, ante un numeroso público, había entablado y sostenido.

¡Ah! ¿Qué pensarían de él?..... ¿Qué diría doña Carmen? ¿Qué diría Luisa?

Sobre todo, esto: ¡Qué diría Luisa!

Digitized by Google

Digitized by Google

V.

LUISA.

No era más para algunos, que una mujer simpática; pero generalmente se la consideraba una mujer hermosa. Tenía una gran mata de cabello negro, rostro de correctas facciones, muy gentil figura, y un aire seductor. ¡Y aún se le achacaba un gran defecto! El de ser morena, morena como Selika, como una hija del desierto. Sin duda en las hogueras de sus negros ojos se había tostado la tez sedosa y fina de su anguloso rostro, y sólo sus mejillas, que parecían dos rosas encarnadas, y sus pequeños labios, tintos de sangre ó de carmín, veíanse libres de la acción de aquel fuego.

Digitized by Google

Era el alma y la vida de su casa. Sus diez y siete años que unían y armonizaban todo el atractivo de la mujer con los encantos de la niña, llenaban el hogar de la dicha, el ruído, la luz y la alegría que en un prado se nota al comenzar un día de primavera. Era alegre, risueña, muy activa, y sobre todo, cantadora. En cuanto Dios amanecía, comenzaba á bullir por la casa, primero dando órdenes á los criados, luego dedicándose á sus labores femeniles, y á todas horas ocupada.

Pero más que en bordados y finuras, en las faenas de limpieza era donde ella desplegaba toda su actividad, y se la veía entonces con delantal en la cintura, los brazos remangados hasta más arriba del codo y en la mano la esponja ó el plumero, limpiando los espejos de la parda huella de las moscas, quitando el polvo de los muebles, enjabonando puertas, haciendo cuanto había que hacer. Y todo ello, cantando. Cantaba siempre: por la mañana, por la tarde, ya estuviese triste ó alegre. Sus penas y sus dichas hallaban expresión en nuestras infinitas coplas populares, y éstas anunciaban las vueltas y revuel-

Digitized by Google

tas de aquella abejita sedentaria que no se daba punto de reposo en la tarea de elaborar la miel de que allí se gustaba. Si alguna vez el Ama la reñía por ocuparse con tan viles faenas, y la decía que no hacía falta allí, que más bien estorbaba; que se fuera á su sitio, al sitio de las señoritas, al estrado, al piano, al oratorio, ella con gran donaire suplicaba que la dejase allí un ratito más, hasta acabar aquello, cuestión de unos momentos, en seguida. ¿No accedía?.... Anda, nenita, anda; verás que bien lo hago. ¿Quieres? Sí, sí; consientes, ¿no es verdad?... ¡Ay, mi gatita!... Dábala un pellizco en la arrugada barba, que concluía con el valor de aquella, y proseguía gozosa en su trabajo, entonando una amorosa *malagueña*, capaz de arrancar suspiros de placer al pecho del galán menos afrodisiaco.

Cantar: este era su prurito. Tenía en la memoria un repertorio inmenso de cantares, y cuando no encontraba en él los que pudieran encarnar su pensamiento, los perjeñaba con asombrosa inspiración. En sentidos cantares había expresado los desengaños que el importuno sol de la mañana le había dado, desvaneciéndole,con su llegada,las halagado-

Digitized by Google

ras visiones que un sueño forjara; en sentidos cantares había expresado las aspiraciones, indefinidas todavía, de su alma, y las tristezas melancólicas que se posesionaban á las veces de su espíritu. Hasta que acaeció la muerte de su padre, y se apagaron los gorgeos de tan hermosa alondra.

¡Cuánto la acongojó aquella desgracia! La pobre, asaz ignorante de las penalidades de la vida, creyó haber apurado el cáliz del dolor cuando supo la muerte de su hermano único Venanció. Estaba éste en Madrid, recién casado, lleno de vida y juventud, esperando en la fortuna que parecía sonreirle, comenzando á brillar, siendo ya diputado; y de pronto, sí, como suceden las desgracias, el telégrafo maldito llevó la noticia á Villalinda de que le habían matado en duelo. Se agotaron sus lágrimas llorando el infortunio, se abrió en su pecho dolorosa herida, y un triste recuerdo que á las veces nublaba la ingénita alegría de su alma, quedó grabado en su memoria. Mas ahora, el dogal de una suprema angustia y el peso cruel de una congoja extrema, le habían hecho ahogarse, extremecerse de dolor, y ni pudo llorar en un princi-

Digitized by Google

pio; fué menester de la resignación cristiana para que su ánimo esforzado, que sentía y amaba con intensidad, se sobrepusiera al sufrimiento imponderable en que la sumió la muerte aquella. El tiempo luego unió su acción mitigadora al consuelo de la esperanza en Dios, y Luísa se halló con fortaleza para calmar la pena de su madre.

Por esta época, una tarde, cuando ya el sol tocaba en el confín del horizonte, y sus rayos sesgados parecían cernir polvo de oro sobre las copas de los más altos árboles del jardín, ella, vestida con un sencillo traje que no rozaba el suelo; aprisionado por un fino corpiño que ceñía los contornos de su turgente seno; el talle cimbreante, y recogidas en un hermoso rollo las trenzas de sus largos cabellos, regaba cuidadosa sus flores más preciadas, las que tuvo olvidadas durante tantos días. Sus idas y venidas desde los arriates hasta el pozo de donde el Ama le sacaba el agua, solían espantar á la escandalosa bandada de gorriones que brincaban y revoloteaban desde el moral á las acacias y rosales, cual buscando á su liviana hembra, cuál dando caza á un soñado rival, ó acaso todos es-

Digitized by Google

cogiendo la más segura cama en que pasar la noche sin cuidado. En la cornisa y el pretil de la azotea, cien golondrinas posadas en ringlera daban al crepúsculo sus trinos, que á Luísa se le antojaban tristes como una despedida. ¡Qué instinto, pensó, el de estos pajarillos, que viven siempre juntos, constituyendo una familia cariñosa; que mutuamente se avisan de peligros; que todos se quieren y se ayudan! Seguramente eran más felices que ella, sola en el mundo con su achacosa y pobrecita madre, de quien ya, por su edad y estado de salud, morboso de contínuo, no debía de esperar muy grande ayuda. Y auxilio de otros seres.... ¡Ah! en el mundo no hay sociedad como la de los pájaros; los pájaros se unen para vivir, y los hombres para luchar unos con otros. ¿Quién la sostendría en esta lucha? ¿quién le avisaría de la proximidad ó contingencia de un peligro? ¿quién la preservaría de él?.....

—Luisa, buenas tardes;—oyó que le decían desde muy cerca.

Levantó la cabeza dirigiendo la vista hacia aquel lado, y súbito sintió el rostro bañado por una ola de sangre.

Digitized by Google

Tras de la verja del jardín, montando un hermoso alazán que ijadeante piafaba, vió á Anatolio Guillén, devorándola con la vista.

—Muy buenas, Anatolio,—contestó bajando sus ojos, subyugada.

—¿Sabes lo que ha pasado en Matagrande?

—No; ¿qué ha pasado?

—Que las yeguas de Caballito han hecho un daño enorme en un trigal de ustedes.

—¡Jesús! ¡Válgame Dios! ¿Y es mucho?

—Bastante. De allá vengo yo ahora, y he podido apreciarlo; pero no lo deplores; se lo cobraremos; guardo yo tu hacienda, y hasta el último céntimo le hemos de hacer que pague. Así todas las deudas se pagaran.

—Yo te pago, Anatolio, ese y otros favores que te debo, con una inmensa gratitud.

—¡Gratitud! ¿Pero en qué se traduce,—dijo Guillén inclinando su cuerpo hacia la verja,—sino en desdenes y desvíos? ¿Te he merecido nunca más? ¿Dí?

—Anatolio,—replicó Luísa, no sin embarazo;—el amor no se exige.

—Pero si yo, Luísa, no exijo; yo pido,

Digitized by Google

yo ruego, yo suplico. ¿No lo hice siempre así?.... Y tú niegas, no sólo el cariño que te imploro, sino la existencia del que por tí siento.

—No; eso no.

—¿Lo reconoces? ¿Y sabes que es intenso, que me ciega, que me abrasa, que me domina?

—Tal será cuando así lo pintas.

—¿Y no te satisface?

—¡Oh, qué tormento!—exclamó ella juntando las manos y dirigiendo una mirada suplicante al cielo—¡No! ¡No! El amor no se impone; te lo he dicho, y no quiero, no quiero que me hables nunca de esto.

Ocultó el rostro entre las manos, y dos ardientes lágrimas surcaron sus mejillas. Anatolio quedó bañándola en una intensa mirada, que más reflejaba fiereza que ternura. Después cambió esta expresión de sus ojos por otra de melancólica amargura, y replicó:

—Será inútil, Luísa, que mi lengua calle. Mi semblante, mis ojos, tu conciencia misma, te han de hablar de mi amor. Si no le das oídos, mira cuánto va á hacerte sufrir sin yo poderlo remediar. En cambio si lo escu

Digitized by Google

chas, pronto habrá de parecerte dulce melodía..... ¿Me ordenas algo?

—Nada; muchas gracias.

—Adiós, hasta la noche.

—Adiós.

Metió espuelas al bruto, y escapó.

—¡Por supuesto!—exclamó el Ama, apareciendo—Eres una chiquiya sin meaja de sentío.

—¿Tú también?—le preguntó Luísa acongojada.

—¿Qué te ha jecho ese hombre pa que ni en lo mire?.... Un mozo como él, que ya lo quisián mucha; rico, joven, honrao, trabajaó más que un gayego; que trae tu casa andando, y que te quié más que á las niñas de sus ojos?.... Velay: de Matagrande viene; de mirar por lo tuyo; ¿no merece que se lo agraesca? ¿Y lo hay mejó que él en toa la villa, ni que sea más pintiparao pa lo que en tu casa jase farta?..... Aquí jase farta un hombre, un hombre como él, listo y entendío; un nuevo amo, voy al decir, que mire por la hacienda, como el que esté en gloria, y que sepa lo que una labranza. Y lo que jase farta es lo que ha e buscarse; to lo demá son niñerías.

Digitized by Google

¡Natolio Guillén! ¡Naide, como quien dice! ¿Pues poía tú soñá novio mejó?

Luísa nada replicó; apartóse un poco para cortar un clavel, y mascando el tallo, se alejó por una senda transversal.

A poco se sentó en un banco. Anochecía. El cielo todo azul y tachonado ya con los más brillantes luceros, mostraba por el occidente vagas, lijeras nubes de color de púrpura y de fuego, que parecían ricos girones de un extenso manto que hubiera el sol colgado en las puntas de las estrellas, al hundirse en la inmensidad de otros espacios. Murmuraba en las hojas una leve brisa; los pájaros habían dejado de piar, é interrumpiendo el melancolico silencio que en el jardín reinaba, se oían de cuando en cuando, las voces que se daban allá en el bullicioso barrio del Pajarete.

Reclinada sobre el espaldar del banco, y en la apacible soledad aquella, la joven se dió á considerar sobre lo acaecido poco antes. Causábale el amor de Anatolio una impresión abrumadora, una impresión de asfixia que crispaba sus nervios y enardecía su ánimo, induciéndola á rechazar violenta aquel amor, aun cuando todo, al perderlo, lo per-

Digitized by Google

diera; aun cuando, al rechazarlo apartara, de sí la más completa dicha.

Las razones con que pretendía el Ama convencerla, eran necias, y además indignas; porque rendirle dengues á aquel hombre en recompensa de los favores que le dispensaba, sería—sus mejillas caldeaban al parar mientes en esto—sería ni más ni menos que una cotización de sus encantos.... Que Guillén era un hombre que le convenía; ¡ach! groseras consideraciones del Ama.... Que estaba enamorado de ella; bueno, sí; no lo dudaba. Ella era hermosa; muchos, antes de entonces, le habían hecho oir flores, ternezas y piropos que lisonjearon su ánimo y poblaron su memoria de recuerdos dulces, y frases de amor, había escuchado de él y de otros jóvenes ricos de la villa; pero ¿qué, si ninguno la había enamorado? ¿Ella enamorarse? No; eso estaba muy lejos todavía. A más de que el amor, tal como ella se lo imaginaba, era demasiado hermoso para encajarlo dentro de aquellas mezquindades de cálculos y conveniencias....

Que allí hacía falta un hombre: bueno; bien; así en general, diciendo sólo un hombre, no tenía reparos en reconocerlo. Quizá

Digitized by Google

fuera gran suerte y dicha inmensa, que llegase á quererla un hombre bueno, laborioso, honrado, que con ella compartiese los cuidados y diligencias que su hacienda y su madre demandaban. Precisamente conocía á uno tan bueno para el caso.... ¿Labrador? No; no era labrador; pero sí persona de muy claro talento, muy sabio y entendido. Conocíale desde tiempo atrás, le había estimado siempre, habían emparentado ambas familias, y nadie, nadie en el mundo, ni tampoco él mismo, sabía con qué solícito interés ella procuraba enterarse de cuanto le ocurría en Urfidelia, su residencia habitual, ni cómo la alegraban los triunfos que alcanzaba allí. Si éste fuera el hombre.....

Y mirando á la naciente luna que por encima de la torre asomaba su rostro cóncavo y confuso, Luísa emprendió, en alas de la imaginación, uno de esos fantásticos viajes al dichoso país de las quimeras, en el cual se realizan, como por encanto, los deseos más imposibles.

No duró mucho; en la mitad aún del camino, fué bruscamente arrojada al punto de partida por una voz que, de orden de su ma-

Digitized by Google

dre, la llamaba. Se despidió del cielo con un blando suspiro, y marchó á verla.

La señora de Luna se hallaba verdaderamente débil, y á sus cincuenta y tres años se les podian sumar otros seis ó siete sin que á nadie le llamase la atención; era de una pobreza de espíritu extremada, y de salud nada envidiable, á juzgar por su color marchita. Allí se la veía entonces en aquella salita baja con ventana al patio, postrada, hundida en una gran butaca, sin poder resistir la verbosidad abrumadora de la cara esposa del recaudador de contribuciones, que le hablaba de los trastornos, sinsabores é infortunios que suceden á la muerte de un padre de familia. Sobreviene un estado de crisis espantoso; es una desgracia que acarrea otras muchas; nadie sabe lo que es un golpe semejante....

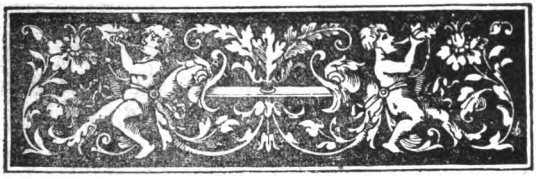
Luísa á quien la habladora mujer inspiraba una invencible antipatía, y vió en aquellas indiscretas razones ganas crueles de apesadumbrar, entró en la sala disimulando mal su disgusto, y, prescindiendo del enfadoso besuqueo que es de rigor entre *buenas amigas*, cumplió con un cortés «muy buenas noches» al mismo tiempo que con la vista reco-

Digitized by Google

rría el círculo formado por las varias personas que estaban de visita. De pronto su mirada punzante se cobijó medrosa bajo los párpados, rechazada como el rayo de luz que da en yelmo bruñido.

La estaba mirando Juan de Dios.

Digitized by Google



VI.

EL SEÑOR DEL GRAN PODER

Dicen que ilícitos amores con cierta dama de Urfidelia, le habian hecho ser hombre de importancia. Dicen que una marquesa vieja y muy devota, le dejó por capricho un capital. Dicen que su amistad con cierto personaje titulado, le indujo á conspirar por la Restauración. Dicen que á esto debió el ser diputado, y dicen muchas cosas más.

¿Qué importa todo ello? Baste con saber que el Excmo. señor don Juan Manuel María Pidón y de Velasco, era un hombre de importancia suma. ¡Oh, sí, de importancia y de peso en todos los partidos que en los dos últimos quinquenios han subido al poder! El

Digitized by Google

distrito era suyo, los jueces eran suyos, los alcaldes suyos, y suyos, por consiguiente, los sufragios. Tenía poblados con sus huestes los diversos bandos políticos, y si el conservador vencía, para conservadores demandaba los cargos públicos del distrito, y si triunfaba el fusionista, su personal de fusionistas presentaba. Ni unos ni otros de estos sus comparsas eran tales, ni se metían en serlo; bastábales con ser amigos de Pidón, y con servirle en el puesto que les señalaba.

Esta era su política por aquí abajo. Por las esferas cortesanas, ser incondicional amigo de Alonso Martínez, á cuyo favor debía, sin duda, los caracteres de perpetuidad que su representación por el distrito iba adquiriendo. Conservador en unas cortes, fusionista en otras, fué siempre doctrinario, y nada le halagaba tanto como llamarse representante de las *clases conservadoras*, cuyos sagrados intereses defendía del furor de los descamisados que buscaban la igualdad de fortunas, para comer sin trabajar; de esos enemigos jurados de los ricos, en cuyas arcas tenían el ojo puesto; del hato de republicanos que no querían menos de que los

Digitized by Google

mantuvieran con sopas de tortuga y pechugas de mirlo; en suma, de la plaga debida á *la gloriosa*, como irónicamente apellidaba á la revolución de 1868.

Y, no lo declaraba él; pero era un hecho que en esta plaga comprendía á cuanto pobre no estaba contento de su suerte, que es como decir, á todo pobre.

Y cruel era aquella; mas Pidón la trataba como en justicia merecía; ¡oh, sí! como en justicia merecía. Fuéranle á él con aquellos cuentos de camino, de que el trabajador ganaba poco. ¿Poco? Más de lo preciso, puesto que iba á la taberna y se emborrachaba con frecuencia. Sino que era condición de gentes de tal laya, quejarse de continuo; sino que ese mentido malestar era la justificación de los siniestros fines que perseguían. Nada, no; los hombres serios, los hombres pensadores, sabían que el trabajador en Villalinda era feliz, podía ser feliz completamente, corrigiendo su propensión nativa á poseer lo ageno; renunciando al reparto de fortunas y á darles bolillas perreras á los ricos.

Este es el espíritu de nuestro hombre, y obra suya la fase moral de Villalinda, en

Digitized by Google

donde el proletario, ignorante porque no se le instruye, es perseguido de contínuo y vejado por sistema; la clase media, viciada por la corrosiva política de mezquidades que en los pueblos domina, se halla pervertida; y las personas acomodadas, con mucho que perder y poco que ganar de arriesgarse en la menor contienda, yacen huídas en el fondo de sus hogares, entregadas á un solapado egoismo que, á título de no meterse en nada, les acerca siempre al sol que más calienta, ó al sol único, que es allí Pidón.

No se contó nunca en este número el difunto Luna, y harto caro le llegó á costar; que, aunque hombre bueno y persona respetable, para justificar Pidón las mortificaciones que le hizo sufrir siempre que le halló opuesto á sus designios, bastábale la innoble máxima, hoy tan en voga, de que la política no tiene entrañas. Debajo de tierra estaba hacía ya varios días, y aún Juan Manuel no le había perdonado el desafío insolente y audaz que le lanzara, puesto á la cabeza del motincejo promovido por los cuatro insensatos que intentaron jugar una corrida de novillos, sin contar con su venia, prescindiendo de

Digitized by Google

él, haciéndole un desaire á su familia, ¡nada! nada como quien dice.

—¡Desdichado infeliz!—exclama con despreciativa conmiseración, esta noche en que don Melquiades, de tertulia en su casa con otros varios amigos, habla de Luna y su soberbia, á propósito del embargo hecho en los bienes del difunto, por el débito de contribución que ya sabemos.—Se juzgaría con aptitudes para luchar conmigo que tantas veces le he vencido; soñaría ya con que Juan Manuel María Pidón tenía perdidos su prestigio, su influencia, su fuerza, su acta, su valía..... ¡Vaya, hombre, vaya!

—No puedo concebir petulancia tan grande.

Quien no podía cocebir eso, era María Dolores, la hermana de Pidón, en cuya casa moraba con sus hijas, desde hacía ya años.

Era casada, casada con un Azal de Miranda, como decía ella muy enfáticamente, cual si todos los Azales de Miranda fueran nobles de elevadísima prosapia, y acaso también para justificarse de la desacertada elección que hizo al tomar esposo.... ¿Era de presumir que un Azal de Miranda, sobrino del

Digitized by Google

Reverendo Padre Azal de Miranda y descendiente de los tan linajudos Azales de Miranda de Écija, fuera un liberalote de los de la cáscara amarga, irreligioso, masón, y además republicano empedernido?... Ciertamente que no. María Dolores no pudo esperar nunca tal cosa, ni menos aún que siendo Azal de Miranda militar, se hubiera rebelado contra la Monarquía, y continuase en la emigración apesar del indulto que le había gestionado Juan Manuel. Pero evidente su infortunio, guardó avara en su pecho el recuerdo de aquel notable varón ecijano, y aceptando magnánima el sacrificio impuesto por el destino aciago, consintió en vivir en casa de su hermano Juan Manuel.

Hela, pues, apesar de su orgullo de reina viuda, hecha un ama de llaves que cuida de la casa, y á quien á todas horas importunan los criados con sus demandas incesantes y sus mal ejecutadas faenas. Así ya en la hora aquella, á las diez de la noche, cuando la presentación de una riquísima fuente de gazpacho en una mesa colocada á un extremo del patio, dice á la tertulia que debe despejar, María Dolores retrata en su semblante un

Digitized by Google

fastidio augusto, casi regio, y, entre caritativa y desmayada, alarga la mano á los que se retiran, ordenando luego á sus hijas, dos jóvenes largas y delgadas, que se dispongan á cenar.

Sentáronse los cuatro personajes á tomar del refrigiero cuyo postre es aquel riquísimo plato andaluz.

A poco, refiriéndose á la conversación que la tertulia mantuviera, dijo Juan Manuel:

—Menester será ir pensando en lo que se haya de hacer; porque si estos caballeros dan en hincarle el diente á la herencia de Luna.....

—Cuidados agenos matan al asno, Juan Manuel;—interrumpió la esposa del Azal de Miranda, en tono doctoral.

—Ya; pero....

—Ni han procurado la reconciliación contigo; ni se han acordado de tí sabiendo que eres árbitro.... es decir, quizá no te reconozcan por tal; quizá te quieran perseguir como el otro.....

Un campanillazo que puso en conmoción todos los nervios de María Dolores, resonó estrepitoso interrumpiéndola.

Digitized by Google

—¡Ave María Purísima!... Quén será el muy.....

—Algún jaqueca.

Abrió el portón un criado, y un hombre del pueblo cuya presencia plegó en un mohín de disgusto los labios de María Dolores, se adelantó, saludando:

—Alabao sea Dió. Güenas noche. Y la compaña. Malegro ver á ustés güenos.

Era Federe, el mismísimo Federe que sin miedo á escandalizar los pujos aristocráticos de la esposa del Azal de Miranda, se coló hasta cerca de la mesa, con el sombrero encasquetado y saludando repetidas veces, pero no servilmente; el trabajador de aquel país no conoce eso; creedlo. Es preciso que sea hombre degradado, para que no halleis en él una gravedad rayana del orgullo.

—¿Qué hay?—le preguntó Juan Manuel sin corresponder á sus saludos.

—Ahí cuatro palabra. Pero arremate usté que nai priesa.

—Supongo que no vendrás á hablarme de lo de tu mujer? Pues hombre, me gustaría la desfachatez de que vinieras á quejarte. Apesar del escándalo y las lesiones, ni si-

Digitized by Google

quiera la llevaron á la cárcel, como sin duda mereció.

—Que ya fué buena suerte; —añadió María Dolores.

—¡Ya lo creo! Pues ahí ves: todavía.....

—No, Juan Manuel;—interrumpió Federe—no vengo al auto ese.

—Pues acaba; ¿á qué vienes?

Federe dirigió una mirada á las señoras como preguntándoles si tendrían por importuno hablar en su presencia de negocios que nada les importaban.

—Si le estorbaremos á ese? —dijo María Dolores.

—No ceñora; á mí no mestorba naide. Es que temía....

—Si es cosa que las señoras no pueden oir,—dijo Pidon interrumpiéndole— te vas ahora mismo, y me buscas mañana; porque yo no voy á consentir....

—No, hombre, nó.Pare usté la burra—replicó Federe un si es no es amostazado.—Lo que yo viá á ici, lo pué escuchá manque sea la Vigen del Carmen.

—¡Jesús! ¡Ave María Purísima!—exclamo toda escandalizada María Dolores.

Digitized by Google

—¿Qué es eso, Federe? ¿qué es eso?—dijo con enfado Juan Manuel, levantándose del asiento.—¿Qué palabras son esas? ¿Te figuras que estás en la taberna?....

—Perdoná ci he ofendío. Pero me paece que la cosa no es pa tanto.

—No es para tanto ¿eh? ¿Crees tú que no es para tanto?... Acaba, acaba de una vez y dí qué quieres, porque se me va acabando la paciencia.

—Pos aquí vengo sobre una jechuría mu perra que hoy sa tirao cormigo don Filiqui. Me ha embargao los mulo.

—¿Por débitos de contribucion?

—Sí; por la desa viña pícara que tengo abandoná endelaño pasao, y otavía quié que pague por ella.

—Pues claro está. ¿No es tuya?

—Pero ci no la quiero.

—Pues véndela.

—¡Venderla! Ce la regalo á usté.

María Dolores dejó caer el cuchillo de la mano, como para dar á entender que se había helado moralmente.

—¡Regalármela á mí!—exclamó Juan Manuel—¿Qué dices, hombre? ¿Qué dices?

Digitized by Google

—Pué ezo; que se la regalo. Yo lo que quió es que don Filiqui me egüerba los mulos, y que me deje ya en pa, sin loj apremios con que me trae acosao. Porque el cuento ej este: si pudiá pagarle... Pero una casa é familia que uno tiene...

—¿Tiene usted muchos hijos?—preguntó una de las niñas.

—Cinco, pa servir á usté, niña.

—¡Cinco! —repitió María Dolores dando á entender que el tener tantos hijos, era demasiado lujo para un pobre.

—Malo; ese es un mal negocio—dijo Juan Manuel.—Comprendo el mal tercio que te hará el embargo. Pero la ley es ley para todos.

—De manera, que la ley manda que yo pague....

—Sí; la ley lo manda.

—¿Y manda tamié que, si no pueo, me quiten lo mejó de mi casa, y con lo cuar gano mi zustento?

—Lo que tengas; no siendo la cama ni la hoz ó la hazada.....

—Lo que tenga, ¿verdá?.... Y tamié manda que por noventa riale miserable me arruinen?

Digitized by Google

—Cuando vienen así las cosas, no puede la ley....

—Pero ¡mardita sea la ley y quien la jace! ¿Eso es ley, ó es un degüello e probes?.... No señó; por eso no hay quien pague en er mundo; es imposible. Eso es una ruina; eso es una muerte....

—Bueno, mira. Creo que no vendrás dispuesto á hacerme ver que hace aquí falta una revolución?

—¿Yo?

—Tú; tú que maldices de la ley, y hablas ya de imposibles y degüellos. Si sabré yo por donde aquí despunta cada uno. Nada, nada de teorías de ustedes, las cuales son barbaridades. Paga lo que debas á don Melquiades, y mañana se te devolverán los mulos.

—Que pague ¿eh?... Pa ece viaje no nececitaba yo arfoja.

María Dolores no pudo ya reprimir un ¡ay! de desesperación. Juan Manuel creyó necesario dar una muestra de energía, y volviéndose airado á su interlocutor, le dijo:

—Lo que necesitabas era más miramiento para tratar con las personas. ¡No necesi-

Digitized by Google

tabas alforjas! Y yo, ¿para qué necesito escuchar estupideces? ¿qué me importan tus mulos ni tú?.... Federe, eres un necio.

—Escuche usté, Juan Manuel,—repuso Federe con la mayor humildad—A mí me han dicho que es justo lo que pío; que cuando una finca está valorá en maj e lo que vale, se reclama.....

—¡Hum!.... Algo hay de eso; sí, procede la rectificación en el amillaramiento; mas hoy eso no te libraría del embargo éste, ni es tiempo ya de hacerlo. El año que viene...

—¡Toma! Si pa allá me la guarda....

—Haber acudido á tiempo.

—¡Qué acuí ni acuí,—repuso Federe ya exaltado,—si anque madrugue uno más que Dios, siempre llega tarde! ¡Miste que esto es lo que hay que ve! ¡Lo amuelan á uno, y encima é tó, haber acuío á tiempo. Hombre no; no sa mesté engañá tanto á la gente. ¿Hay más que decí, aquí se roba á cara escubierta y se acabó?.... ¡Valiente pudriero!

—¿Federe!..... ¡Bah!..... Este va á dormir en la cárcel todavía.

—¡Quite usté allá, hombre! Esto es un pudriero; esto es la polilla que ce lo come á

Digitized by Google

uno, y..... en fin; no quió jablá. Pácelo usté bien. Güenas noches, señora; y la compaña.

Y salió veloz y destemplado.

—¡Ay!—volvió á exclamar María Dolores.—¿Cómo se había de ir sin largar la patada? ¡Puf! Yo no sé para qué desciendes á tratar á estas bestias.

—¡Hum!—exclamó él desentendiéndose. —No hay aquí justicia. La justicia sería el consentirles no pagar contribución, y dejarlos á su libre alvedrío. Sí, para que todos alcanzasen el cubierto de oro..... ¡Qué leva!.... ¡Un pudridero! ¡Un pudridero!.... Pues no decirlo mucho; no decirlo mucho, que puede que algunos se pudran realmente; pero no aquí; sino allá; deportados. Verán la sopa de tortugas que les sirven, y la carroza en que los arrastran.

Digitized by Google

VII.

AVENTURAS.

En tanto se le devolvían ó nó las bestias, claro es: Federe no trabajaba; y como no trabajaba, bebía.

Una noche salió de la taberna con intentos de ver si era verdad que don Melquiades tenía la sangre de color de horchata, y á la mañana siguiente se halló tumbado en la cuneta de una linde, camino del castillo. No sabía qué tiempo hubiera transcurrido desde que allí llegara, ni por ello sentía desasosiego. Cómo llegó ni para qué á aquel sitio, eran cosas también que no le preocupaban. Le poseía el estoicismo más completo.

Carecía de novedad en Villalinda el es-

Digitized by Google

pectáculo que, durante las horas transcurridas de la mañana, hubiera estado ofreciendo, por lo que es probable que á pocos de los que allí le vieran, les llamase la atención, y cierto de todo punto que nadie osó incomodarle en su retiro. Un borrico del sacristán de la cercana ermita, el cual pacía tranquilamente de la seca hierba de la linde, había llegado hasta husmearle el cuerpo; pero después siguió comiendo tan tranquilo. Ni esas moscazas verdinegras que á hombres y bestias persiguen en el campo, y que en su cuerpo se cebaron como lobos famélicos, habían logrado, ni interrumpir antes su profundo sueño, ni distraer ahora su atención de aquellos tan hondísimos problemas en que la tenía fija.

Y eran ya las ocho de la mañana, y Federe continuaba inmóvil. Hasta que terminó su paroxismo filosófico con la inesperada aparición del más grande enemigo que tendrá siempre la filosofía; con la aparición de una mujer.

Era Luísa que, seguida á corta distancia por el Ama, subía á la iglesia del castillo para rezar no sé qué devociones matutinas que por entonces se había impuesto. Marchaba

Digitized by Google

distraída mirando adelantar sobre los cardos secos de la linde la sombra de su quitasol, cuando de pronto ¡aahy! profirió el corto grito que es para ellas de rigor en sustos semejantes, y escapó presurosa hasta alejarse de *aquello* lo menos cinco varas.

Pero después, pasado el miedo y estando cerca el Ama, atrevióse á volver la cara atrás, y le miró. Nada; ni un movimiento, ni una voz; el mónstruo seguía impasible.

Tranquila entonces por completo, se cercioró de que era un hombre; le vió abiertos los ojos, fijos en la llanura de la vega; observó que los rayos del sol caían sobre su rostro, y notó que el sombrero yacía tirado á pocos pasos.

—¡Pobrecillo!—exclamó. —¡Qué insolación está tomando! Ama, tápale la cara; ¿no te atreves?

—¿Yo?

—Se vá á poner malo.... Verás.

Sin apartar los ojos del beodo, fué pasito á paso donde estaba el sombrero, y con la punta de dos dedos, lo cogió. Después, muy satisfecha por el parcial triunfo, echó á andar hacia aquel, marchando cuidadosa sobre las

Digitized by Google

puntas de los piés, llevando las faldas recogidas, nerviosa, adelantada la mano portadora de la prenda, y así, despacio, quedo, con temor, llegó á dos pasos de él y se lo echó sobre la cara.

—Estimando, prenda.—dijo Federe incorporándose.

Luísa estuvo á punto de exhalar otro grito; mas pudo contenerse, y reconociendo al beodo, exclamó sonriente:

—¡Señor Federico!

Y á seguida añadió con suma gravedad:

—¡Cómo! ¿Qué hace usted aquí?

—Pues hija.... tomando er fresco.

—¡Ah, y en qué estado! Pero hombre: ¿no le dá á usted grima?.... Levántese y váyase á su casa.

Federe acabó de incorporarse, y dijo:

—A mi casa ¿eh?.... ¿Y si no quiero?

—Hará usted mal. Eso.... no es decente.

Al oir esto, el carbonero se levantó rápido como una ardilla.

Luísa retrocedió temblando algunos pasos.

—¿Er qué no es decente, señorita?—le preguntó cruzándose de brazos ante ella, y mirándola con ojos bailadores.

Digitized by Google

—¡Oh! Estar ahí tirado..,. y borracho.

—¡Borracho!—exclamó irguiéndose—¿Y qué le importa á naide que yo esté como quiera?.... Borracho, ¿eh?.... Gracia, señorita Luísa, gracia.... Conque habiamos dicho que borracho! ¡Por vía e los borrachoj del otro Dios!.... No; no se vaya usté, que verá usté qué pronto me quito yo la borrachera.

Y súbito echó á andar precipitadamente hacia la cuesta de Corresingana, por la cual se lanzó directo hacia la azud de la Fábrica.

—¡Dios mío! ¡Está loco!—dijo Luisa tomando igual camino.

—¡Pero chiquiya!—exclamó el Ama siguiendo en pos de ella—¿Qué tiés tú que ver?.... Deja que se lo yeve pateta.

—Se vá á matar en la cuesta. ¿Y si se tira al canal?

—Dale, bola.

—Ven, vamos á seguirle.

—¿Estás en tus cinco?

—Pero.... Ya no se vé. ¿Se habrá caido?

—Y á tí, ¿qué timporta?

—Anda, bajemos. Mira que voy yo sola.

—¡Muchacha!

—Sí; yo te doy la mano; verás.... Anda,

Digitized by Google

tontina. Despacito; agarradas las dos, en un momento.....

Y burla burlando la llevó hasta donde mismo la cuesta comenzaba, y allí, riendo, tiró de ella, y ambas echaron á correr por la pendiente abajo, gritando el Ama «suelta, muchacha, suelta,» y Luísa riendo lo mismo que una loca. Y ninguna paraba, y á su pesar corrían cogidas de una mano, miedosa el Ama, Luísa emocionada, y las dos más ligeras que hubieran deseado.... ¡Corresingana! Bien justificado estaba el nombre de la cuesta.

Cuando hubieron llegado á la llanura, ambas coloradísimas y sudorosas, el Ama se sentía desfallecer; faltabale aire, no podía hablar, y las piernas se le doblaban. Había sido una verdadera diablura; que aunque ágiles y fuertes, no permitían ya sus cuarenta y seis años, tan violentísimo ejercicio.

—¡Por supuesto!—exclamó cuando hablar pudo, sentándose en la linde del camino á Valniego, donde la cuesta concluía.—No tengas cuidao; ya te lo contaré en yegando á casa.

—¡Bah! Ahora damos la vuelta, y volvemos á subir en un instante.

Digitized by Google

—¿Subir yo otra vez?... ¡Ni anque me dián la gloria.

—Pues lo dejamos... ¿Dónde estará ese hombre?

—¿Quiés no mentarlo más?... Ese condenao ha tenío la curpa.

—Bien; pues vámonos, que este sol nos abrasa.

—Si pueo levantarme, no será lo malo; pero me parece...

—¡Quejumbrosa! Vamos; yo te ayudaré. Mira, por allí viene gente.

—¿Sí? ¿quienes serán?

Miró la joven á los que por el camino se acercaban, y seria y grave, dijo:

—Mi cuñada Solita y Juan de Dios.

—¿Ha sacao hoy á Sola?

—Por lo visto... Vamos, levántate.

—Dame una mano.... ¡Ay, Jesú!

—Pero ¿es verdad que te duele?

—No; si los treinta años que te yevo.....

Llegaron á poco los hermanos. Juan de Dios vió á Luísa encendida y morena más que de ordinario, apuntando el sudor á su anchurosa frente, rebosando salud; fuerte, magnífica y soberbia, como una reina egipcia;

Digitized by Google

extremadamente hermosa. Encantado le oyó la referencia del motivo de su encuentro allí; luego él le dijo que accediendo á los deseos de Soledad, ellos habían salido de paseo dos horas antes, al nacer el sol, y que habían recorrido una gran parte de las cercanías.

—¿Y te has cansado, Sola?— le preguntó Luísa.

Solita respondió que nó, moviendo la cabeza. Hablaba poco, casi nunca, por días ó por temporadas, á influjo de la enfermedad que la tenía delgada, delgadísima; sus ojos muy brillantes, hundidos, y casi encerrados por azuladas líneas que iban desde los lacrimales á los extremos de las cejas, daban una extraña expresión á su angoloso rostro de color blanco, nacarado, bello á pesar de todo. La pobre sufría crisis horribles, durante las cuales deliraba y reía nerviosamente, febrilmente, con una risa dura y metálica, la cual á veces terminaba en convulsiones y extremecimientos que la ahogaban y contraían su rostro, cambiando la expresión de sus facciones. Pasados los ataques, quedaba molida, avejentada, débil en extremo, doblemente enferma..... ¡Oh, *La Soñadora*!..., Solo era

Digitized by Google

ya memoria y sombra borrosísimas de lo que antes fuera.

Juntos los cuatro, emprendieron la marcha de retorno al pueblo. El sol empezaba á incomodar demasiado, y el polvo del camino, finísimo y caliente, se levantaba alborotado al ser movido, y se cernía en la atmósfera, y secaba las fauces.

La sed les llevó á entrar en una huerta bien cercana al pueblo, que en el mismo camino tenía el portillo de su hijuela. La sed he dicho, y tal vez fuera propósito del Ama; porque si la necesidad de beber agua fué razón aparente, la mirada incisiva de reproche que Luísa dirigió á su criada al llegar al caserío y ver á Anatolio que les salía al encuentro, quería significar, sin duda, que no llegó hasta allí sino engañada. Si hubiera sabido que aquella posesión era de los Guillenes, si hubiera podido sospechar que estaba allí Anatolio, fijo y seguro era que se hubiera negado terminantemente á hacer allí estación.

—¡Señores!—exclamó Anatolio, saliendo al encuentro de los que llegaban—¿Ustedes por aquí? ¿qué novedad es esta?

Digitized by Google

—Hijo;—replicó el Ama—venemos á peirle un vaso é agua.

—Con mil amores. Pasen adelante, y sientense. Esto está fresco.

—¡Uff! ¡Qué caló!—exclamó el Ama.

Juan de Dios y Anatolio entre cuyas familias habían existido pugnas cruentas que acabaron en un drama amoroso de luctuosa historia y fatal desenlace, se saludaron fría, pero cortesmente. Había pasado ya el encono; mas el recuerdo no se había borrado, y la diferencia, incompatibilidad podría llamarla, de carácteres, sentimientos y costumbres, mantenía entre ambos una valla, que parecían ir carcomiendo y derrumbando poco á poco, la generosidad que era nativa en Juan de Dios, y un cierto respeto, una innegable simpatía hacia éste en Anatolio, que intuitivamente se reconocía inferior á él y por él subyugado y atraído. Se respetaban, se consideraban; sin duda llegarían á ser amigos, apesar de los odios de familia, si nuevos acontecimientos no inclinaban sus ánimos en opuestas direcciones.

—¿Qué es esto? ¿cómo por aquí tan impensadamente?—preguntó después de haber

Digitized by Google

ordenado traer agua á un su criado, el amo de la huerta.

—Cayusté, Natolio, cayusté;—respondió el Ama—que lo que me ha pasao á mí hoy....

Y con todos sus pelos y señales, y con diversos comentarios, el Ama refirió lo acaecido, no teniendo la suerte de que la escuchara nadie más que el criado que había traído el agua, y de un cántaro fresco la escanciaba en vasos. No escuchaba Luísa, porque se hallaba contrariada y violenta; Juan de Dios no escuchaba, porque sabía ya toda la historia; no escuchaba Solita, sumida en la abstracción de su padecimiento; y tampoco Anatolio escuchaba, porque tenía su atención puesta en Luísa y Juan de Dios, cuyo paseo juntos le acababa de inspirar unos celos voraces, y la investigación de si serían fundados, y el temor de que sí, y la duda al mismo tiempo, encadenaban su ánimo á un giro veloz de pensamientos.

Fué breve el descanso; la situación no era apropósito para poderlo prolongar durante mucho tiempo, y pronto continuaron el retorno al pueblo uniéndose á ellos Anato-

Digitized by Google

lio, que no pudo resistir la idea de verlos marchar juntos.

Apenas llegados al camino, halló medios Guillén de rezagarse un poco junto con Juan de Dios; y mientras encendía un cigarro, que otro no fué el medio, le dijo, procurando ocultar la emoción profunda que sentía:

—¿Qué? ¿Te entiendes con ella?

—¡Cómo!... ¿Qué dices?

—Que.... si estas en relaciones con Luísa.

—¡Con Luísa!

Fué como una revelación. No se le había ocurrido nunca que él pudiese amar á aquella amiga cariñosa, y sorprendido y agitado por la enunciación de la idea, volvió los ojos á la joven, cuyos encantos hirieron por vez primera sus sentidos. ¡Oh! ¡Qué bella! ¡qué hermosa! Pero cual si de súbito un remordimiento le asaltara, bajó los ojos contristado, y su semblante reveló agudo sufrimiento..... Estaban calientes todavía las cenizas de otro amor tan puro y tan intenso como desgraciado.

—¡Aún la recuerdas! — dijole Anatolio con amargo dejo.

Digitized by Google

—¡Oh! siempre. Para mí no ha muerto. Vive aquí, en mi pecho, sobre mi corazón. ¡Nunca podré olvidarla!

Tal convicción que era sincera, no la abrigaba porque fuese la suya de esas almas que se embriagan con el propio dolor; que se apasionan del recuerdo y hallan dulces las lágrimas que vierten, pensando en los que ya no existen; sino porque aún habiendo luchado desesperadamente contra aquel, rechazando el opresor recuerdo que abruma y aniquila, no había logrado todavía la calma que el olvido proporciona, y ya desesperaba de lograrla. Viajó durante algún tiempo; se había entregado luego con ardor á los negocios; hasta pretendió aturdirse en medio del ruído mundanal.... Inútilmente; era el suyo, dolor del que se huye y que se agarra al alma, como los negros cuidados de Horacio.

—Pues ella te ama á tí—dijo Anatolio con el dolor de quien se rasga las propias carnes, para extirpar lo que origina otro dolor.

Fué otra impresión ruda para Juan de Dios, que no pensó en dudarlo, que se halló atolondrado como si hubiera recibido un golpe en la cabeza.

Digitized by Google

El Ama, que buscaba afanosa en todas ocasiones y en todos los momentos, unir á Luísa y Anatolio bajo su paternal solicitud, interpeló á los rezagados volviéndose hacia ellos, y pronto se reunieron todos otra vez; pero no vió satisfechos sus deseos, porque Luísa, huyendo de Guillén, se colocó mañosa junto á Juan de Dios; Guillén, mortificado al verlo, no trató de acercaseles, y sombrío y celoso marchó detrás de ambos, junto al Ama que procuró cobrarse de la decepción sufrida, hablando al desdeñado amante de los innúmeros encantos de su niña, como ella la llamaba.

¡Qué inútiles ponderaciones! Cuanto decir pudiera parecería pálido, y más entonces que veía en peligro aquel tesoro, y por verlo en peligro, mayor le parecía. Más que la cháchara del Ama le embargan la atención sus propios pensamientos, y más que sus propios pensamientos el observar á los que van delante.... No se hablan. ¿Por qué no se hablan? ¿Es que le compadecen y no quieren exacerbar sus celos?..... ¡Ah, que si no se hablan, se miran con frecuencia! ¿Es que se acarician con los ojos?.....

Digitized by Google

Pero también se interrumpió el silencio.

—Vas pensativa—dijo á Luísa Juan de Dios—¿Qué te preocupa?

—¡Oh! Nada; preocuparme, nada. Callo, porque..... ¿qué te voy á decir?

Luísa apenas si nunca decía nada en sus pláticas con Juan de Dios. Diríase que la embargaba un placer nacido del asenso inconscientemente prestado á cuanto la decía, y nada hallaba más grato que disfrutar de este placer, encerrada en el dulce egoismo de su silencio. Imaginaba entonces que sus pensamientos eran comunes, que enlazaba á los dos un sentimiento oculto, más agradable, por ser de todos ignorado.

Era, pues, Juan de Dios quien siempre sostenía la plática, luciendo en ella grande ingenio; pero los amargos recuerdos que evocara Anatolio, y la insinuación de otros amores en los que nunca había pensado, le tenían entonces abstraído. Inútilmente se afanaba ahora por mirar en Luísa aquella dulce amiga á quien tenía fraternal cariño; ya no eran sus miradas aquellas tan afectuosas y tranquilas, que sólo hallaban en la joven un digno ser, objeto del cariño engendrado por la

Digitized by Google

amistad más pura; ahora veía en ella una mujer hermosa, llena de encantos seductores, á quien miraba recreado. Y esto ataba su lengua, y enmudecía; enmudecían ambos. Una vez sus miradas se encontraron; ella bajo los ojos presurosa para no volverlos á alzar en un buen rato; él sintió el corazón lleno de angustia.

—¡Anina!—murmuró en voz baja, llevándose la mano al pecho.

Y la imagen de la mujer que había sido su amor, se apareció á su loca fantasía envuelta por las nubes rosáceas que flotaban en el confín del horizonte. Sí, era ella, no tal como la habían dejado los sufrimientos que precedieron á su trágica muerte, sino radiante y tan hermosa y seductora como la tuvo entre sus brazos una memorable noche de Jueves Santo. Aquellas que veía eran las bellísimas curvas de su cuerpo hermoso; aquella la mirada de amor, que despedían apasionados sus rasgados ojos: aquellos que flotaban revueltos como hilos de oro mecidos por el viento, sus largos y sedosos cabellos rubios, que él recogía á puñados para besarlos con pasión; aquella era la hermosa, la sin par Ani-

Digitized by Google

na: la madre de su hijo. Velado por la nube como por ténue manto de humo y fuego, adivinaba el rostro de la que fué mujer amada; su boca dibujaba mágica sonrisa, y sus delgados labios se movían como si murmurasen repetido y amoroso «adiós.» Y se alejaba, se alejaba veloz hasta perderse en el espacio..... El fantasma después surgió de su conciencia, le tuvo junto á sí, le acarició con su mirada, y murmurando palabras á su oído, que él no pudo entender, volvió á desvanecerse, señalándole á Luísa.... Quiso Juan de Dios librarse de este delirio, pero la fiebre le vencía; gotas de sudor rodaban por su frente, y la atmósfera enrarecida le representaba en confusos espejismos sus propias imaginaciones.

Llegaron á una alameda que dá entrada y se interna en el pueblo.

—¡Adiós!—exclamó Luisa —Ahí está ese otra vez.

—¿Quién?

—Ese Federe, con quien nos encontramos antes.

Federe la vió acercarse, y dejando la piedra en que, á la sombra de un árbol, estaba sentado, le salió al paso y le dijo sonriendo:

Digitized by Google

—Veamusté ya tan campante.

—¿Sí? ¿Pasó ya aquello?

—Enteramente. Yegué ar pilá, me dí un pa e chapuzones, y tan fresco.

—Ea, pues á no hacerlo más, que eso es muy feo.

—Si la curpa tiene..... ¡Vaya! No quió jablá; no quió más que una cosa: mostrarle á usté que aquí hay argo.

Y se llevó la mano al corazón.

—¿Sí?—dijo Luísa riendo.

—Deje usté, que er día yegará. ¡Pues no ha e yegá! Y en yegando que yegue.....

—Pero ¿qué día es ese?

—¡Cual ha e sé! Er día é la justicia; er día que poamos gorbé to esto patas arriba. Y ese día, escudie usté, que aquí estoy yo.

—¡Claro!—exclamó el Ama interviniendo.—Ese día está él aquí, y pa qué más?.... Vaya, vamos.

Dirigiole Federe una mirada tan altiva como desdeñosa; mas cambiando súbito la expresión de su rostro, exclamó en son de chanza:

—¡Adios, doña Francisca! No había reparao..... Perdone usté si en argo he ofendío,

Digitized by Google

y.... na más. Vayan ustés con Dios; y la compaña..... Oiga usté, don Juan, ahora que me acuerdo: ¿Cuándo pudiá yo hablarle por despacio?

—Cuando usted quiera; casi todo el día estoy en casa.

—Po diré á verle,

—Bien; adiós.

—Hasta la vista. Y.... señorita Luísa; queamos en lo dicho.

Siguieron la interrumpida marcha; á poco Juan de Dios y su hermana se apartaron, en dirección á casa de lcs Peransúrez, y Anatolio continuó con Luísa y el Ama hasta dejarlas á la puerta de la de Luna.

—¡Bien!—exclamó para sí cuando se halló solo.—Ha llegado la hora de empezar, y empezaré, Luísa, empiezo hoy mismo. ¿De mí te defiènden el orgullo y el dinero? Yo acabaré con ambos, y otros serán tus sentimientos; sí; no piensa lo mismo una mendiga que una niña mimada, y mendiga te ha de buscar mi amor, si no te hálla señora. Mira tú que no desdeñaría..... Iba á decir un disparate. No; ese no la ama; ese se va; ella queda sola, combatida, sin tener á nadie á

Digitized by Google

quien volver los ojos, ¿por qué no he de vencer?....

Anatolio se dirigió á casa de don Melquiades Primo, y aquella misma tarde le fué embargada á la testamentaría de Luna la piara de yeguas ya aprestada en dos de los cortijos para empezar la trilla.

Digitized by Google

VIII

EL GRAN CHICUCO

Cuando la noticia del embargo cayó como una bomba en la casa de Luna, doña Carmen, acongojada y temerosa, hizo llamar á Juan de Dios y á Anatolio, sus consultores obligados desde la muerte de su esposo. Ambos le advirtieron de lo que procedía para que el embargo fuese levantado, y con ello la sumieron en un nuevo apuro. Constituir en depósito la cantidad debida; ¿y dónde la buscaba, si la recolección no habia empezado? ¿á quién se la pedía, si en la vida se había ella visto en caso igual? ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Dios mío! Nunca acababan las contrariedades.

Digitized by Google

La generosidad de Anatolio se ofreció espontánea á obviar aquellas fútiles dificultades prometiendo recabar de su tío don Gaspar Guillén, que facilitase cuanto dinero hiciera falta, bien á préstamo, bien en pago de la finca que más conviniese enagenar. Tiempo hacía ya que el viejo rehuía todo negocio de labor agrícola, teniéndolo por ruinoso; mas, sin embargo, Anatolio se empeñaría, haríale ver que se trataba, no de negocio alguno, sino de amigos estimados, y en fin, él afianzaba que le convencería; sí; lo afianzaba.

Doña Carmen lloró de alegría y agradecimiento al joven Guillén, le llamó el ángel bueno de su casa, y esperó tranquila á don Gaspar, el cual la visitó aquella misma tarde.

—¡Ay, amigo mío, mi querido amigo!—exclamó al verle—Ya sabe usted lo que me sucede, verdad? ¿No lo cree una cosa inaudita, casi inconcebible? Porque embargar nuestra hacienda por un débito miserable.... Y sin avisarnos..... ¿No le ofreciamos garantías?.....

—No me extraña lo sucedido, señora—le dijo el montañés— Quiere usted que me asombre, y yo le digo á usted que no me extraña nada lo ocurrido. Es muy natural que

Digitized by Google

á quien debe contribución le embarguen, y el figurarse otra cosa es una tontada. Yo á lo menos, como hombre práctico que soy, á los hechos me atengo, y le digo á usted que esto se ve todos los días. Porque, es claro, señor: lo que es un mal negocio para uno, es un buen negocio para otro; ¿á usted le perjudica? pues no hay más que ver: á otro le favorece; y como ningún hombre que sea práctico puede rechazar un negocio que se le entra por las puertas, todo lo tiene usted ya explicado.

Vemos, pues, que el viejo don Gaspar seguía siendo el mismo hombre de antes; el hombre de las realidades; el hombre que estaba por lo positivo; el hombre eminentemente práctico en las cosas del mundo, como se definía á sí propio. Para él la utilidad era el único móvil y el fin último de toda determinación del ser humano, y todas las acciones del hombre se resolvían en una serie de negocios tan larga como su vida. Si hubiera sabido alguna vez que la Economia Política existía en el mundo, hubiérase creído un Jeremías Benthan; pero ignoraba toda clase de teorías económico-políticas, y sólo era docto

Digitized by Google

en prácticas ecanómico-caseras. El *debe* y el *haber* fijaban su conducta, sus palabras, sus afecciones; al *mayor* y al *diario* pasaban las realizaciones de sus pensamientos, y sus sesenta años no eran otra cosa, en resumen, que un número infinito de asientos de *caja*.

En estas sanas prácticas había educado á los seis ú ocho sobrinos que, todavía con los primeros dientes en la boca, trajo de su país natal, y á los cuales colocaba á seguida tras de los mostradores, para desasnarlos, como decía él; luego hacía que pasasen á los escritorios, y últimamente los ponía al frente de una tienda ó tráfico, é interesábalos en el negocio.

Y los chicos salían de oro, como había salido él. Ningún sobrino Guillén había jugado nunca al trompo; pero todos sabían la utilidad que dejaba el vender una docena. Ningún sobrino Guillén esperó nunca las festividades para holgarse en ellas; mas todas las pasaron á gusto, viendo que en sus tiendas se despachaba cantidad mayor de vinos y licores. Ningún sobrino Guillén vió nunca en la hermosura de los fértiles campos, otra cosa que trigo barato por San Juan y un buen

Digitized by Google

negocio en encerrarlo hasta Noviembre. Ningún sobrino Guillén tuvo nunca más anhelos ni más aspiraciones que ser un tío Gaspar, un hombre benemérito que, á fuerza de trabajo y constancia, había conquistado una fortuna, la cual aplicaba á hacer bien á los suyos. Y hasta aquel Anatolio que estaba á punto de romper tradición tan gloriosa con sus contrariados amoríos, había puesto sus ojos en la niña más rica del lugar. Quiere decir que hasta sus afecciones parecían tener origen crematístico; si después la pasión las desviaba del fin utilidad, no culpemos por ello á la raza ilustrísima de los Guillenes.

No era, pues, un embargo cosa de que pudiera extrañase don Gaspar, porque en él veía sólo la fuerza de la ley afianzando el cumplimiento de una obligación. ¿Qué extrañeza ni asombro cabía en ello, ni en qué fundar el aspaviento que se le demandaba?

Doña Carmen no se halló con ánimos de discutir si el caso era digno de asombro, y resignada á considerarlo corriente y natural, limitóse á demandarle que le comprase una finca, cualquiera, la que se le antojase, para no estar más tiempo sin dinero, ni tener ca-

Digitized by Google

da día que recurrir á los Guillenes, por quince, por veinte, por cincuenta duros.

—Desde luego, señora, me parecen muy prácticos esos propósitos, y conveniente que formalicemos en una sola cuenta lo que le hemos dado desde el día en que murió Juan, que en paz descanse, y la cantidad que ahora necesita. Pero no quiero fincas, no quiero cortijos, no quiero labores agrícolas, porque años ha habido que ellas se han tragado las utilidades de mis otros negocios. Eso está perdido, amiga mía, perdido.

Aplanada por esta negativa, doña Carmen tuvo, sin embargo, fuerzas para insinuarle que, si cortijos no le convenían, pudiera convenirle un olivar.

—¿Olivar? Es lo mismo, señora, completamente igual. Si viviera su esposo, mi buen amigo Juan, que de Dios goce, me diría que tengo razón. Cortijos y olivares, allá se van unos con otros; no dan para contribuciones. ¡Oh! si yo no tuviera más rendimientos que los que el campo proporciona!..... ¡Olivares! Pues si se están hoy arrancando, si la manteca en las comidas, y el sebo y otras grasas en la industria, y el petróleo y el gas para el

Digitized by Google

alumbrado, han hecho casi innecesario el aceite. Y el poquísimo que se consume, nos lo traen de Italia.... No es negocio, amiga mía, no es negocio emplear hoy en olivares.

Desfalleció su interlocutora, y fué menester de una pausa para que, un tanto repuesta, se atreviera á manifestarle muy timidamente que quizá ganado pudiera convenirle.

—¡Ganado!—exclamó don Gaspar con la mayor sorpresa.—¿Dice usted ganado? Un hombre como yo, amiga mía, que es ante todo eminentemente práctico, no olvida nunca las amargas lecciones de la experiencia. Noventa y ocho cabezas del vacuno he perdido este año pasado, doña Carmen. Asómbrese usted; noventa y ocho del vacuno, y del lanar muy cerca de trescientas. La viruela, la morriña, la bacera, no ha quedado peste que no se haya cebado en los pobres animales. ¡Oh! Si hoy tiene más cuenta no tener ganado; si no produce nada; si yo he pensado en deshacerme del que tengo.

Hundida, acurrucada en lo más hondo del sillón que ocupaba, doña Carmen no tenía ya fuerzas para alzar la vista hacia aquel

Digitized by Google

hombre que, sentado ante ella en un sillón más alto, la dominaba con sus palabras, con su voz, con su actitud, con sus observaciones. ¡Oh, sus observaciones! Era de ver cómo desconcertaban y aturdían á la pobre señora cada una de aquellas observaciones experimentales, que el hombre eminentemente práctico, descargaba sobre su cabeza.

—¿Pero es posible, es posible?—exclamó haciendo un esfuerzo sobrehumano, dada su incomparable debilidad —¿Es posible que yo, rica, no pueda salir de este apurado trance, siendo un trance de ochavos?

—De ochavos ó de cuartos lo son todos, señora; no hay que especificarlos. Por dinero baila el perro, y por pan si se lo dan.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! En el estado triste en que me encuentro.... y estos intrincados negocios que me asustan, que me aterran; no puedo, no puedo con ellos. Es una crueldad martirizarme así, cuando tengo tan débil la cabeza; luego, encadenados, unos después de otros los disgustos, sin acabar nunca.... ¡Qué fatiga!

—Vamos á ver—dijo después de unos momentos don Gaspar, bajando la entona-

Digitized by Google

ción de sus palabras, desde aquellas olímpicas esferas de las observaciones prácticas, hasta el terreno más insinuante y familiar—Oigame usted, señora, á ver si es posible que la saquemos de ese trance, como usted lo llama. Yo no quiero cortijos, ni olivares, ni ganados; pero puesto que usted necesita el dinero para constituir ese depósito, fuerza es que lo tenga. Lo tendrá usted. Y lo tendrá usted, vendiéndome del trigo que aún está en el campo.

—¿Sí? ¿quiere usted trigo? ¿y aguardará á la trilla?

—Aguardaré.

—¡Oh, gracias!

—Planteemos pues, el negocio,—dijo don Gaspar, sacando un pliego del bosillo.—En picos y micos y cuentas pagadas por usted desde la muerte de su esposo, le tengo adelantados diez y siete mil reales. Mírelo aquí, todo puntualizado, como yo acostumbro. Además necesita ahora para constituir ese depósito, trece mil quinientos; ¿no son?

—Sí, creo que sí.

—Bueno; son treinta mil reales largos. De aquí á que pueda usted vender trigo, no

Digitized by Google

ha de estar usted sin dinero; por consiguiente ¿le parece á usted que fijemos en dos mil duros la cantidad prestada, dándole ahora lo que falta?

—Sí, me parece muy bien.

—Perfectamente. Entonces, el día de Santiago, ¿le parece á usted? Pues el día de Santiago me abona en trigo la suma de cuarenta mil reales, fijándose á la fanega... ¡pchs! Pues le fijaremos un real menos del precio que aquel día tenga en el mercado. Porque como, tratándose de ustedes, no había yo de exigir interés de ninguna especie.... ¿qué le parece á usted?

—Bien amigo mío; el primer trigo que se recoja, lo llevan á su casa en vez de traerlo á esta, y.....

—Eso es completamente igual. Lo mismo me da irlo recogiendo poco á poco, que recogerlo todo de una vez. Ahora, en el pagaré que extendamos, fijaremos el día 25 de julio para hacerlo efectivo; porque pudiera convenirle á usted no cederme el trigo hasta entonces....

Ofendió no poco á doña Carmen que le hablase de pagarés aquel su buen amigo,

Digitized by Google

porque lo estimaba falta de confianza; mas no pensó en regatear la condición, y sólo manifestó su disgusto en el tono bastante desabrido con que le replicó:

—Bien, sí, gracias, amigo mío; muchas gracias.

—Es una formalidad,—le dijo el montañés—de que yo no prescindo nunca en mis operaciones. Al fin somos mortales, y no solo por eso; sino que cuanto más amigos, más claros; ¿comprende usted? De modo que dentro de media hora, le enviaré á un sobrino mío con una cosa y otra; el dinero, y el documentillo ese que usted firma..... Vaya, señora, muy buenas tardes. Hasta la vista.

—Hasta la vista, amigo mío. Y mil gracias por todo.

—No hay de qué; lo que usted mande y yo pueda..... Vaya; á los piés de usted.

—Adiós, Guillén.

Doña Carmen quedó tranquila y consolada por haber despachado al fin tan enojoso asunto, y don Gaspar salió medianamente satisfecho por haber complacido á su sobrino, y realizado al mismo tiempo un negocio que no era grande, ciertamente; pero que

Digitized by Google

merecía el lugar que el asiento del mismo ocuparía en sus libros. Si se hubiera tratado de un extraño..... Pero ¡qué demonios! A su naturaleza generosa no le amargaba nunca dispensar un favor.

Digitized by Google

IX

SÍSIFO

El calor luminoso de aquellas tropicales siestas, no osaba penetrár sino muy debilitado, en el extenso patio de la que fué solariega casa de los Peransúrez, cuyas altas paredes, largos corredores y vastas estancias, parece que imponen, con su carácter de antigua grandeza, á los inconsiderados rayos del sol canicular. Estos tiranuelos que incendian las casas de los pobres, entran allí como los pedigüeños y menesterosos en casa de los grandes: humillados, haciendo cortesías, pidiendo venia para dar un paso. Cuando por las mañanas se presentan inclinados y humildes, logran ser admitidos en los corredores,

Digitized by Google

y aun atravesar los umbrales de las puertas; mas en cuanto comienzan á erguirse y molestar, largas cortinas de seda azul les impiden pasar por las ventanas; un hermoso toldo les corta la entrada por el patio, y la puerta de la calle se les entorna.

Queda todo entonces á una plácida temperatura, tan agradable como el silencio y la quietud en que yace sumida aquella antigua y señorial mansión, habitada por los huérfanos y la viuda de aquel lunático don Rodrigo Peransúrez, cuya vida tanto entretuvo en otros tiempos á las comadres del lugar.

No tenía Juan de Dios la rancia costumbre de dormir la siesta, y ordinariamente se le veía á tales horas leyendo, perezosamente sentado en una de las cuatro butacas de rejilla que, dos á cada esquina de un sofá y frente por frente unas de otras, formaban un estrado provisional de los meses de estío, en medio de uno de los anchos corredores del patio, verdaderas naves de iglesia por su altura de techo y sus pétreas columnas que sostienen arcos ojivales.

Dije ya, me parece, que la residencia habitual del joven abogado, es Urfidelia, y aho-

Digitized by Google

ra añadiré que en Villalinda suele pasar todos los años el verano, para descansar de sus tareas jurídicas en el foro de aquella ciudad.

Ahito de Derecho, no es lo que lee código ninguno, ni ley reciente comentada, ni sistema penitenciario en embrión. Es cualquier libro de aquellos que en ocho grandes cajas llevó al pueblo su padre, el sombrío don Rodrigo, á quien se declaró loco de atar cuando después de quince años de expatriación, apareció con semejantes papeluchos. Verdaderamente, como decía la esposa de Filiqui Pantalla, no era preciso haber estado en Berna, y en Italia, y en Méjico, y hasta en París de Francia, para descolgarse al cabo de los años mil, con ocho cajas de libracos que lo único bueno que tenían, era que no podían leerse, por estar escritos en francés, en latín, y en otros gori-goris. De seguro: aquellos eran libros condenados.

En francés y en latín y en otros gori-goris, lee Juan de Dios obras de distintos pueblos y distintas épocas, que tratan casi todas de Historia, Religión ó de Filosofía, habiendo también algunas de ciencias, y meramente literarias. Aquel día vínosele á las manos

Digitized by Google

un pergamino en cuarto intitulado *Del Teatro de los Dioses de la Gentilidad*; y repasando la historia de aquellos mitológicos dioses, fantásticas creaciones poéticas, alegorías ó imágenes de principios eternos de justicia ó de maldad, y concepciones grandes y maravillosas las mas de ellas, le interrumpió la presencia de Federe, que andaba todavía tras de sus bestias embargadas.

—Alabao sa Dió.

—Por siempre. ¡Hola, Federico! ¿Qué le trae por acá?

—Ahí venía á preguntarle á usté si es que había conocío á Capa-Rota.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Por ná; porque así sa reglao lasunto mío: como se arregló lo de Capa-Rota.

—¿Qué dice usted, hombre?

—Que ahora mesmo se acaban de zubastá mis mulos.

—Cómo, si he visto al recaudador y me ha asegurado que se los devolvería?

—Pos na; los ha zubastao. Y tamié las yeguas de Doña Carmen.

—¡Las yeguas de doña Carmen! Si está hecho el depósito de la cantidad que adeuda.

Digitized by Google

—Po como ci no: Paco Minguez es á la hora esta el amo e to.

—¿Se chancea usted, hombre?

—Qué chanza, don Juan? Estoy yo ahora pa chanza?.... Lo que le digo es más verdá.... como que yo lo ha visto.

Por extraordinaria que le pareciera, aquel sacerdote de Temis hubo de prestar asentimiento á la noticia; miró el hecho que se le denunciaba con terror instintivo, y le pareció ver en él, comienzo de una de esas urdimbres legales que se traman contra desvalidos é ignorantes. Sabía ya qué manos andaban allí con la justicia y la administración, y no temió ser mal pensado al atribuir á quien aquello disponía, propósitos siniestros de ruina para aquellas mujeres que habían quedado abandonadas á las ambiciones de unos cuantos hombres sin conciencia, á quienes otro más sin conciencia protegía. Y pensando en Luísa y olvidado casi de Federe, imaginó que al golpe aquel sucederían otros muy luego; vió una mano oculta, dos manos, muchas manos ocultas empujándola á la ruina; y por este camino despeñada su fantasía, trazó en un momento un cuadro horrible de

Digitized by Google

pena y de desdichas, cuya figura principal era Luísa: Tal como aquel día, haciendo mal uso de la ley, aquellas manos tornarían á hacer presa de los bienes de ésta, y le arrancarían grandes túrdigas, unas después de otras, hasta que desaparecieran por completo. La pobre doña Carmen sucumbiría al peso de los disgustos repetidos, y Luísa quedaría miserable, sola en este mundo y obligada á trabajar para ganarse el diario sustento. ¡Sola en el mundo aquella joven! ¡Luísa trabajando para comer y habiendo de rodar de un lado para otro, á merced de la fortuna!.... ¡Dios mío! El vicio y el crimen están en todas partes, y en todas partes también está la muerte.

—Voy á ver qué es eso—contestó á Federe encaminándose á una habitación, para vestirse.

Poco después salieron juntos. Por el camino le dió aquel pormenores del acto, y la noticia de que el ganado de Luísa, lo había rematado Mínguez en mil noventa duros. Valía cuarenta mil reales. Exaltóse al oirlo, y despidiéndole hasta aquella tarde, se dirigió precipitadamente á casa del alcalde, á quién

Digitized by Google

halló en calzoncillos blancos durmiendo la siesta en un sofá.

No despertó poco asustado el pobre hombre.

—Si; soy yo; Juan Peransúrez; acabe usted de despertar—decía zamarrándole cogido por un brazo.—Soy yo que vengo á exigirle cuentas de lo que ha hecho; yo que vengo á convencerme de si es usted un bribón ó un imbécil... No me mire usted de esa manera estúpida, y guarde ese asombro para cuando se vea con grillos á los piés: entonces podrá espantarse de sí propio.... ¿Qué subasta, qué robo es ese que habeis cometido esta mañana? ¿Se celebran subastas cuando se ha recibido el dinero que motiva el embargo? ¿Se celebran subastas sin que se anuncien previamente?.... Voy á demandarle; voy á echarle á presidio; sí, á presidio. ¿Pues usted se ha creido que no hay más jueces que Vitela? ¿que la justicia cojea en todas partes como aquí? No, señor; hay lugares en los que anda muy derecha; sí, aquellos á que no alcanza quien os manda; porque en todo esto habrá un director de escena, ¿no es así, señor don Robustiano?.... ¡Oh! Ante una au-

Digitized by Google

diencia será usted acusado de los delitos que viene cometiendo.

Hablaba tan apresuradamente y con tanto brío, que el pobre alcalde no sabía si soñaba ó si realmente le decían todo aquello. Asombrado, trémulo, sudando, ijadeante, ya clavaba en su interlocutor los ojos espantados, ya los ponía en la puerta, y no sabía si huir, si demandar socorro. En un momento de sosiego, después de una pregunta, hacía pujos por responderle algo; pero la voz se le atragantaba, y antes de articular una sílaba, Juan de Dios proseguía de nuevo.

Al oir la perorata, llegaron hasta el corredorcillo en que esto acontecía, la señora alcaldesa, una masa informe de tocino, una gordinflona cuyos carnes temblaban como la gelatina, y el alguacil que estaría tal vez pelando papas, y que tan osado como siempre, dijo al escuchar las últimas palabras del joven.

—¡Pero señó!.... Arrepare usté que habla con el arcarde costitusioná.

Al oirle volvió el abogado la cabeza; y como viese también á la señora, hubo unos momentos de silencio, los cuales el alcalde,

Digitized by Google

más animado ya por la presencia de su gente, aprovechó para decir:

—Eso es..... Habla usted.... está usted hablando con el alcalde constitucional de esta villa.

—Bien, sí; pero.... si nos quedásemos solos unos momentos....

—¿Eh?—exclamó don Robustiano abriendo tanta boca.—No te vayas, Toribio; no te vayas.

—Pues que no se vaya. Yo quiero ¿me oye usted? yo le exijo que anule esa subasta, en la que, aparte de las informalidades punibles que habeis cometido, se han perdido mil duros. En la inteligencia de que si usted no lo hace, lo hará el gobernador, ó los Tribunales, y de todos modos se hallará usted comprometido.

—Tribunales; Gobernador; mil duros..... Pero ¿quién se ha comido eso?

—¿De modo que usted no lo sabe? ¿que ignora quizá de lo que se trata?... Pues le han engañado, le han engañado como á un tonto.Ellos van á cometer la tropelía, y usted va á ser el responsable.

Garraspeó en esto el alguacil, como quien

Digitized by Google

busca tener expedita la garganta, para decir muy buenas cosas; y adelantándose con la mayor solemnidad, hasta colocarse frente á frente de Juan de Dios en actitud que él juzgaría académica, le dijo muy serio y muy campante:

—Dispénsame osté, don Juan, que yo larvierta de que ha discurrío en un error mu grande. ¿Santerao osté? Porque hoy como hoy, no sa mester denunsiá las subastas pa que sean inválidas; ¿santerao osté? Eso era de ante; pero ahora han averiao la ley, y puen los arcarde disorver esas cosas por sigo mesmos. ¿Santerao osté? Manera que no le paesca á osté que es una risolución, así, á viriato, como dijo el otro.

—Mire usted, señor alguacil—exclamó Juan de Dios falto de ya paciencia para seguir oyendo el lamentable trueque de vocablos que Toribio hacía, pretendiendo hablar finamente.—¿Con quién se ha figurado usted que habla?

—¡Ah! ¿De mo que osté cree que es grilla lo que digo?,.. Pos cuando osté quiera esanimamos la *Gaceta* der gobierno de Madrí, ¿santerao osté? y verá como eso pertenece

Digitized by Google

hoy á la anatomía de los arcárde. Yo no sé cómo usté que es abogao....

—Bien, sí,—replicó Juan de Dios volviéndole la espalda.—Conque, oigame usted, don Robustiano: Si mañana no está anulada la subasta esa, aténgase á los resultados. ¿Me ha entendido usted?.... Pues no tengo otra cosa que decirle.

Y salió de la casa como disparado.

Camino de la de Luisa, iba agitado, nervioso, febril, accionando á las veces, y también á las veces prorrumpiendo en súbitas exclamaciones que, oídas por alguno que otro transeunte, le hacían pensar y aun decir en baja voz:

—Nada. Está loco perdío..... ¡Lástima de hombre!

Obseso por aquella idea que poco antes hizo presa en su ánimo, por la convicción de que alguien tramaba la ruína de Luísa, caminaba lunático, viendo alucinado surgir del empedrado suelo, quimeras y quimeras, ensueños y ficciones, que tiraban de su pensamiento como si le tuviesen anudado con invisible cuerda.

Cuando le vió entrar, Luísa le llamó

Digitized by Google

aparte. No quería que su madre supiese lo ocurrido, hasta ver si en definitiva se arreglaba.

—¿Sabes lo que han hecho? ¿Has visto á alguien?—preguntó la joven.

—Sí, he visto al alcalde... .Nada; no me ha dicho nada. No me ha expuesto razón alguna, ni aun siquiera se ha disculpado. Es un idiota, un pobre hombre de quien se sirven otros para eludir responsabilidades.

—Pero eso es inícuo—exclamó Luísa.—Eso no puede tolerarse, y ¡no! No lo toleraremos. ¿Ha de faltarnos otra autoridad que nos haga justicia?

—¡Ah, Luísa! Si á otra autoridad hemos de recurrir para que ampare tu derecho, mal estamos. Eso es ya pleitear, y el pleito no es campo de lucha; es campo de muerte, donde los rábulas abundan, y pululan por él sin más oficio que, con tramas y enredos, tejer sudarios para los clientes. ¡Pleito! ¡En buen país vivimos! Líbrete Dios, Luísa, amiga mía, de que por autos y en juicios tengas que disputar lo que te pertenece; porque la hacienda puesta en pleito, es como la honra puesta en lenguas: que cuando por fallo se ha ga-

Digitized by Google

nado, si á ganarse llega, ya siempre se ha perdido.

Luísa por toda réplica, cerró los ojos. Era que pugnaba por contener una indiscreta lágrima, delatora de la emoción y el sufrimiento que sentía al oirle así hablar. Era que de sus palabras deducía, que ni reconquistar aquella usurpación le era posible, ni en caso de entablarse el pleito, él la defendería... Prueba de que nada, absolutamente nada, le interesaba verla en aquella triste situación.

—Sí, Luísa—prosiguió Juan de Dios—El pleito es el desahucio, es la despedida, es lo último, es el cáustico que se aplica al moribundo, cuando para salvarle, la ciencia no encuentra otro remedio. Pero no importa. Para defenderte y resistir la obra de ese aquelarre que parece haberse conjurado contra tí, cuenta con lo que puedan mis esfuerzos alcanzar. No estarás sola ¡oh, no! como ellos se figuran; desde ahora estamos juntos; yo seré guardador de tus intereses, y velaré por ellos y por tí. Digo, si no desdeñas mis servicios.

La joven le tendió una mano, que él estrechó contento, y dejó libremente rodar por

Digitized by Google

sus mejillas aquella perla líquida que antes pretendió delatar su oculto amor, y ahora aparecía como enviada por la nobleza de su alma generosa. ¡Lágrima de eterna gratitud!

Al salir á la calle Juan de Dios, seguía el calor siendo enervante, y el poco viento que llegaba del egido, cálido y pesado. Iba ligero, ensimismado, con la cabeza baja, como de costumbre; menudas y abundantes gotas de sudor bañaban su anchurosa frente, donde ahora bullian imágenes de las tres últimas escenas, con su cortejo natural de consecuencias, próximas y remotas, evidentes ó probables. Recordando la desesperante situación de Federe, consideró la maldita suerte que allí esperaba al infeliz obrero que caia en la animosidad de uno de aquellos mangoneadores personajes.. Recordando la estupefacción y el asombro del alcalde al escuchar su apasionado exabrupto, consideró la atrofia que allí sufría el principio de autoridad, cuyo ejercicio estaba realmente en manos diversas de aquellas que empuñaban sus insignias, manos serviles atadas por impotencia é ignorancia, á otras que lo disponían todo. Recordando que había hecho á Luísa promesa de

Digitized by Google

defender sus intereses contra quienes osaran menoscabarlos por cualquiera medio, consideró los infinitos que podía suministrar aquella tan arraigada constitución del caciquismo en el lugar. Y recordando, en fin, sus cavilaciones de otras veces, sobre las fuerzas ó las artes que pudieran emplearse para contrarestar la acción mortífera del poder ilegal que allí imperaba, y asaltada su imaginación por algunas de aquellas mitológicas ficciones cuya vida y hazañas consignaba el libro que poco antes leyera, exclamó para sí:

—¡Sísifo! ¡Oh, condenado Sísifo! Sin duda que siglos como los presentes te fingieron, y en la gran piedra que sobre tus espaldas llevas con anhelos de fijarla en la cima de la escarpidísima montaña Ephírea á donde nunca llegarás, simbolizaron el peso abrumador que echa sobre sus hombros el espíritu recto á quien la maldita ley del encage, hoy tan practicada, fuerza á proponerse llevar á término feliz, empresa justa. La pétrea mole con que subes la empinada cuesta que es tu infierno; el informe peñasco que, luego de agotar tus fuerzas, escapa de tus manos y vuelve rodando a la llanura de donde lo arrancastes,

Digitized by Google

y adonde otra vez has de bajar por él, para otra vez subirlo, y, antes de pisar la cresta venturosa, hurtar el cuerpo y dejarle escapar para que no te aplaste; ese ímprobo y titánico trabajo á que los dioses de la Gentilidad te condenaron, es ingeniosa encarnación de la fatiga que acarrea la insana lucha que ha de mantener el hombre justiciero, si por acaso se empeñare en salvar la justicia de las manos del agio, del interés y del favor, que sin sosiego la persiguen, turban y menoscaban. Promesa tengo hecha ¡oh, sin ventura hijo de Eolo! de echar sobre mis hombros los fueros de la ley, aquí vilipendiada, y colocarlos como gigante gallardete que flote á todos vientos, sobre la meta apenas vislumbrada que corona el monte de injusticias, contrafueros, ilegalidades y violencias, hacinados por este ignoto poder del caciquismo... Yo usaré de la astucia con que burlastes la codicia del sagaz Autolico cuando pretendió robarte tu ganado; yo me revestiré de la energía que tuvistes para castigar á los bandidos del Istmo. Tendré la constancia con que persigues poner fin á tu tormento. Yo seré otro tú ¡oh, Sísifo! Pero no, no será ímproba mi obra co-

Digitized by Google

mo lo es la tuya; me alienta á mí la fe, y á tí te requema la desesperación; es el tuyo castigo de dioses vengativos, y la mía es empresa que un Dios piadoso ordena acometer... No, no serán infructuosos mis trabajos de Sísifo.

Digitized by Google

Digitized by Google

X

ABAJO Y ARRIBA

Era noche de San Juan. La fresca brisa que á la puesta del sol llegaba de los campos, hacía nubes del removido polvo de las calles, más removido que nunca en aquel día de fiesta, de barullo y de jaleo; su excitación, su movimiento festival y sus pasiones, se ven aún en los cafés, las calles, las tabernas, y en algunas casas particulares donde se está de músicas y danzas. En algunos puntos de la villa, en los cabos de barrio especialmente, duran todavía los bailes enmedio de la calle, á la pálida luz de una menguante luna, y de una hoguera que lentamente se consume en la interrupción del corro formado por los fes-

Digitized by Google

tejantes. Ya tarde, cuando van á sonar las once de la noche, el barrio de la Tripa es el más animado y concurrido, y á él, al matadero que en él se halla enclavado, llega cuanto zagal holgó aquel día, cuanto desocupado esperó aquella hora en la taberna, cuanto señorito no tiene aún precisión de pasar por persona sesuda y de respetos, y en general, cuanto aficionado á toros hay en la villa, porque realmente no se trata de ninguna otra cosa, porque lo que se espera para celebrar la Noche-Buena del verano, lo que tiene convertida la plazoleta de la Cruz en corazón del pueblo y las calles todas en arterias que en ella confluyen dándole gente sin cesar, es *el gayumbo*, un toro de cuerda que va á salir á aquella hora, y que lidiará quien quiera ó quien tenga valor para ponerse ante sus cuernos.

En la puerta del matadero están dos guardias municipales que tienen órdenes de impedir que nadie pase; pero estos tres ó cuatro que llegan con un concejal; y el hijo de don Fulano; y Zutanito y Menganito que son personas de coruscante viso; y estos que tienen cuatro cuartos; y aquellos que pueden

Digitized by Google

ser ó han sido concejales, entran hasta la puerta del corralón en donde está el novillo, y salen impacientes por inflamar la atmósfera taurina que respiran todos, haciendo públicas sus impresiones respecto de la estampa y bravura de la res. La plazoleta parece un hormiguero; aquí y allá se ven chamarretillas y chaquetas al brazo y en los hombros; fajas encarnadas mal ceñidas; luces de cigarros que brillan un momento iluminando un atezado rostro; un gordinflón en blanqueta que va zamarreándose; dos señoritines que marchan muy ligeros, perdonando vidas; grupos que se mueven á impulsos de un vaivén contínuo; chiquillos que corren y silban y vocean, subiendo á las rejas y bajando; bulliciosas y risueñas mujeres en los balcones y ventanas altas; en suma, confusión y alegría, impaciencia y jolgorio soberanos.

Y aquí uno refiere briosamente cuanto había pasado aquella tarde al traer el novillo de la vacada al pueblo, y allí otro que empinó el codo de lo lindo discute con un su camarada, quién de los dos toreará más aquella noche.

—Na, home, na—dice con lengua trapa-

Digitized by Google

josa—Aonde esté mangue, usté es un mono sabio, y entavía meno. Toreá.... este cura.

—¿Sí?..... ¿Torea usté ya..... caracoles?..... ¡Mace gracia! Ni usté es torero, ni en su casa hay armiré.

—Yo lo que mato un toro.....

—Usté no mata na; ¡so tabardiyo!

—¡Me jago Dios! Yo mato un toro, lo mesmo que lo mato á usté, si á pelo viene. ¿Quié usté verlo?

—¡Aparta, cólera morbo!—exclamó un gitano que se hallaba junto.

Risas y otras conversaciones interrumpieron la plática de estos dos taurófilos, á quienes á poco separó el movimiento general, febril y atropellado que produjeron las voces de *¡Bastián! ¡Bastián! ¡Ya está ahí Bastián!* que aquí y allí se oyeron.

—¡Bastián! ¡Bastián! —exclamó una voz aguardientosa—Ha llegado Bastián, bárbaro pueblo.

—Cudiao con un troncho, güen amigo—díjole uno á aquel, tocándole en el hombro.

—¡Hola Federe!..... Botijuera, salud.

—Salú y república, tío Amén.

—¿Sois también de los adoradores de

Digitized by Google

Bastián?..... ¡Valiente estupidez! ¿eh, Federe?..... Mira aquí cuanto animal pataleando, animal como tú, como vosotros, que quereis derechos y libertades y justicia y república, y os embriagais con esta atrocidad; ¿eh?

—Home,—dijo Botijuera—no se yo que tengan na que ve los toros con la república.

—¡Nada! Un pueblo imbécil á quien se lleva y se trae tras de un novillo..... ¿eh?

—¡Y qué concho!—exclamó Federe—Po si no fuá po estos ratos, y un basiyo que puá uno bebé.....

—Eso ya es otra cosa; beber es lo mejor del mundo; beber..... ¿quereis un vaso?.... Convido.

—Home... yo quió ve er gayumbo.

—Bueno; lo ves. Estamos en la taberna de Mariné por cuya puerta ha de pasar.... ¿eh? ¿vamos?

—¡Pchs!.... Pa luego es tarde. ¡Qué Dio!

—Gueno; á ella; y si mos liamos.....

—Liarse no; porque como yo me líe.....

—¿Qué, Federe?—preguntó el tío Amén.

—No lo quió pensá; que sangro á uno.

—¿Nada más?... Vamos, Federe; que no llegará la sangre al río.

Digitized by Google

Sesgando y codeando se marchan los tres á la taberna, á tiempo que empiezan las primeras carreras, motivadas por estar ya en la calle la punta de la cuerda del toro.

Los señoritos se han impuesto á la chusma, y cerca de Bastián y enmedio de un círculo que respeto y curiosidad á medias han formado, seis ú ocho de ellos piden más grande plaza y llaman al novillo, y lo preparan todo para que Reguerita, el inteligente Reguerita, dé al bicho el quiebro de rodillas en el momento de salir. Trajo para ello su capote de percal. Sólo por ello dejó la reunión del *Ateneo*. Ello es lo que ha de cimentar su fama de diestro en tauromaquia. Con ello verá satisfecho su amor propio. Por ello recibirá después ovaciones entusiastas. Es, pues, el que se espera lance transcendental, suerte suprema que exige toda la solemnidad con que se reviste su verificación. Veámosla.

La puerta del corralón está ya abierta, y desde sus bardales pinchan al cornúpeto con una ahijada; el bicho salta encabritándose, berrea y hiere con sus astas las paredes; un latigazo que, ondeando la cuerda enlazada á sus cuernos, le da una mano hábil en la jeta,

Digitized by Google

hácele tesar y enderezarse y ver el hueco de la puerta y salir por él derecho hacia la calle, un tanto furioso, un tanto atolondrado. Todos han huído á prudente distancia; Bastián y algunos otros con la cuerda en las manos, están junto del muro, y enmedio del círculo, alumbrado por la luna, orgulloso y contento, se ve al valiente Reguerita, hincado de rodillas, con el capote abierto, fija la vista en el novillo á quien llama la atención y desafía en cuanto ha salido, exclamando brioso:

—¡Toro! ¡Jé!

Súbito el animal parte hacia él, ligero como una exhalacion, llega á donde le aguarda, y toro, capote y lidiador aparecen confundidos y revueltos breve espacio, durante el cual se oyen gritos y exclamaciones de sorpresa y dolor, arrancados por un sentimiento de terror y lástima. Lo había cogido; Bastián ondea listo la cuerda y tira de ella, impidiendo al bicho recargar; varios acuden al malogrado lidiador que yace tendido panza arriba, medio envuelto por el capote, destrozada la ropa, sucio de polvo, y lívido y desmadejado.

—¡Reguerita!

Digitized by Google

—¿Le ha metío mucho cuerno?

—¿Lo ha matao?

—Na; no tiene na—replicó uno ayudando á ponerle de pié—El sustiyo y na ma.

—¡Qué sustillo ni que rayo!—exclamó Reguerita con voz entrecortada por la emoción;—¿susto yo?..... Quitadse de enmedio y dejádmelo. Dejádmelo, que me lo como.

—Sosiégate, hombre.

—¿Donde está ese borrego?

—¡Eh, pamplina! Recogete las bragas, y anda vente; ¿no está ya visto?... Que no salió bien; ¿y qué?

—No; pero á mí ¿que vas tú á decirme, si esta suerte se la enseñé yo al *Gallo*?.... Fué que al hacer así, ¿sabes tú?.....

Reguerita explicó á sus amigos cómo y por qué le cogió el bicho, matizando el relato con esplantes y baladronadas estupendas; pero á medida que se ajustaba la ropilla, iban decreciendo sus ganas de lancear al bicho por segunda vez; y cuando se halló listo y un tanto lejos de la bulla que había seguido al animal calle Urfidelia arriba, había ya cejado en su anterior empeño, y relataba percances del oficio ocurridos á los toreros más famo-

Digitized by Google

sos. Este percance no entibió nada el tauromáquico fervor de aquella gente, y en momento ninguno faltó á la res quien, más cerca ó más lejos, desafiara su furor, ni quién huyese de ella apenas embestía y aún antes de embestir. El placer y la diversión no están precisamente en torear, lo que muy pocos saben y apenas puede hacerse; sino en acercarse y escapar; en esponerse un tanto y en huir; en bajar de las ventanas y esconderse en las puertas; en coger desprevenido á uno abrazándole por la espalda, y empujarle hacia el bicho; en hacer que tropiecen en la cuerda los que van huyendo; en las mil peripecias que á cada paso ocurren, las cuales todas se resuelven, en carreras, sustos, zosquines, palabrotas, caídas, magullamientos y desgarrones en la ropa. Quien hay que no se quita un punto de delante del cornúpeto. Quien que á cien pasos de éste, no suelta los hierros de una reja si lo aspan, y todos igualmente se divierten.

Pero cuando la fiesta alcanzó su más álgido punto, fué al llegar á la calle Mari-Peña. Es angosta como calle moruna; cogiánla los rayos de la luna entonces de través, y no

Digitized by Google

entraban en ella; como calle paupérrima, que es, no abunda en rejas bajas, y las piedras de su piso están unas ausentes y otras insurrectas de contínuo. Quiso Bastián que entrase en ella el toro sin entrar él delante, y por indicaciones suyas los primeros, y espontáneamente muchos á seguida, fueron pasando á la calleja, ganoso cada cual de ser quien se llevase al novillo tras de sí; mas este no seguía á ninguno, Bastián sabía por qué, y como el salir lo prohibía, la calle Mari-Peña llegó á verse invadida por una multitud considerable. No se esperaba más. El director de escena entró entonces también en la calleja tirando al toro de la cuerda, y éste le siguió pronto, poniendo su presencia en fuga desordenada y presurosa á tanto valentón. ¡Y allí fué Troya! Allí de la sorpresa, la conmoción, el pasmo y el aturdimiento mayores del mundo, al escucharse en el extremo opuesto de la calle otro cencerro igual al del gayumbo, y estruendo semejante producido por gentes que corrían desaladas hacia ellos, dando las mismas voces, mostrando sus temores, huyendo sin duda de otro toro. ¡Dios de los dioses! ¡Hallarse entre dos fieras, en

Digitized by Google

aquella calle casi á obscuras, sin rejas apenas á que asirse, sin lugar de refugio, y tanta gente, y tanta confusión! ¿Qué hacer? ¿por donde huir?..... Y seguían sonando los cencerros cada vez más cerca, y el estruendo seguía siendo mayor, y empezaban los empellones y los encontronazos, y las caidas y las pateaduras. ¡Qué aspecto á poco el de la calle!..... Pero se oyó de pronto un sonoro rebuzno que parecía, por su cadencia é ímpetus, de rijoso asno, y aunque sorprendente y extraña, fué para muchos nota bonancible. Fuertes risotadas que se pudieron percibir apenas el rebuzno acabado, dieron confianza á los ánimos, y ya se pudo pensar, y ya se pudo huir del verdadero toro, despreciando á aquel otro que aparecía trocado en burro.

Y bien: ¿qué había pasado?

Bien pronto se supo, bien pronto fué tema de disputas, objeto de censuras, motivo de amenazas, causa de propósitos siniestros, la broma de Robusto el hijo del alcalde, que trapisonda tal había causado. No toro ninguno, sin él, fué quien había hecho sonar el cencerro que se creyó de otro gayumbo; no gente amedrentada, sino amigos suyos, fueron

Digitized by Google

los propaladores de que un segundo toro entraba en calle Mari-Peña, y quienes hicieron caer y tropezar con sus carreras; no un rijoso asno sino él, que era asno y medio, según fama, fué quien dió aquel rebuzno estruendoso que puso término á la broma. Y él y Bastián puestos de acuerdo, eran los responsables de los causados estrupicios.

—¡Ah, mardita arma!—exclamó uno—Quizá que porque es hijo del arcarde..... Man que fuá hijo el rey, manque fuá.... su Unico Hijo, me las paga á mi ese.

—¿A tí na má?—preguntó otro—Ese tal va á vé ahora lo que es bueno.

—Ese sí, ¿y su pandiya no? Una arquillá á tos juntos.

—¿Amos con ellos, compañeros?

—¡A ellos! ¡á ellos!—gritaron muchas voces.

Había en este momento ya salido de calle Mari-Peña el toro, y entrado en otra ancha, que conducía á la plaza, la cual estaba á pocos pasos. Plaza y calle inundaba la luz, ya más intensa, de la luna, y por una y por otra grupos diversos discurrían, menos preocupados con el toro, que con las voces que

Digitized by Google

aquí y allá se oían, y con los movimientos que en este lado y en el otro se observaban. También las revoluciones tienen sus preludios.

¿Quién puede decir en donde se soltaron los primeros trompis, y quienes recibieron los primeros palos?..... Aquí se ve una lucha cuerpo á cuerpo; allí una colisión entre dos grupos; cuál maneja un cayado con más certero arte que un capitán antiguo la tizona; quién desafía con una faca en ristre; este y aquel se obsequian mutuamente con pedradas; á una truhanesca injuria sucede un grito de dolor; al ruido de una atroz bofetada, el disparo de un arma de fuego; la candente refriega pasa de un punto á otro velozmente, y despide chispazos en todas direcciones; cunde la alarma; vienen las carreras; las tabernas abiertas todavía, se llenan con estrépito, y salvando la confusión, allí por junto á la pared llevan á uno chorreando sangre, y aquí llevan á otro con la cabeza abierta. ¡Bueno fué el esperezo de la bestia humana en la ocasión aquella!

¡Y buena fué también, ejemplarisima, la conducta de la guardia urbana! De una pare-

Digitized by Google

ja á quien la rebujina sorprendió en la taberna con mosto ya sobrado en el buche, uno siguió impertérrito empeñado en que escuchase *la salía er Fiyo* un su compadre, y el otro quiso prender á medio mundo, plantándose en medio la tienda, casi derrengado, el sable entre las piernas, y diciendo con pronunciación trabajosísima:

—¿Sarmao una trifurca?.... Güeno; pus po lo mesmo, preso aquí to Dió.

La otra daba aquel día guardia en casa de Pidón que celebraba con holgorios la fiesta onomástica del santo de su nombre, y nada hizo sino llevar adentro la noticia cuando llegó hasta ella. Dos ó tres serenos danzaron más ó menos en la zambra; pero llegaron tarde y nada hicieron de provecho. Aquello se acabó espontáneamente, por fatiga, por natural consunción, y no también la fiesta, porque los más rezagados á primera hora y alguna gente nueva que llegó por el escándalo atraida, apoderáronse del toro dejado por Bastián al recibir en la nuca un pelotazo.

Federe y Botijuera retenidos en la taberna de Marín por los convites del tío Amén, llegaron á la plaza cuando ya todo hubo pa-

Digitized by Google

sado, y excitadas sus aficiones tauromáquicas por los vapores del alcóhol, se apoderaron, quieras que no quieras, de la cuerda del toro, y despreciando las injurias y filosofías baquico-anarquistas de su anfitrión, convirtieronse en directores de la huelga.

—Oye, Pepe-Hillo..... ¡Eh, tú, Federe! ¡Mal rayo te parta! Oye. ¿Por que no llevais el novillo á casa de Pidón?..... Está el hombre de fiesta, ¿eh? y no le falta sino.... sino que lo amarremos con la otra punta de la cuerda.

—¡Concho!—exclamó Federe—Eso taria güeno; Boti: ¿ta treves?

—Na de amarrarlo, eso no; pero le metemos er bicho en su casa, y á ve la que ce arma.

—¡Concho! Qué sí. Eso es lo mejó. Amos allá sin que se entere naide.

El toro, ya cansado, estropeado y vuelto manso, se dejó fácilmente conducir hacia la casa de Pidón, situada al otro lado de la plaza. Pero antes de llegar á ella comenzaron de nuevo las carreras, las voces y la bulla, y antes de que aquellos pudieran percatarse de cual fuera la causa, se encontraron los tres con los sables de la guardia civil ciñéndoles

Digitized by Google

los lomos. ¡Oh, la benemérita! Tarde llegó para ser útil; pero suplió esta deficiencia siendo cruel en demasía, y con más furia y más denuedo que si con tigres peleara, apaleó, abofeteó y pateó sañudamente á aquellos pobres hombres, inermes, indefensos, rendidos á discreción desde que vieron el tricornio. Y como llevaba ó no llevaba instrucciones terminantes, uno, dos, quince, veinte hombres fueron enfilados y conducidos á la cárcel, donde suele pasar, en circunstancias semejantes, lo que la charlatana Heri no se atreve á decir. ¡Oh! ¡De cuanta bondad y cuanta inteligencia se necesita para llevar impunemente un uniforme!

Pidón en cuya casa, llena de gente entonces, había la tramontana producido el natural revuelo, sosegó los ánimos con palabras tranquilizadoras y ordenó al alcalde que mandase por la guardia civil; y cuando ésta pasó por delante de su casa con aquel pelotón de hombres contusos, mirándolos indiferente desde la reja baja en que estaba acompañado de otros cuantos, dijo viendo al tío Amén:

—¡Toma! He ahí al autor de todo: ese perdulario que tenemos en el pueblo por no

Digitized by Google

sé qué debilidad, cuando debía estar en Melilla. Ese es de los que esperan su día para hacer con nuestros pellejos trallas para las fustas de sus coches. Bueno, hombre, bien; escurrete y veremos.

—¡Y Federe con él!—dijo Anatolio, que allí también estaba.—Ese hombre está perdido.

—Es un canalla;—añadió don Melquiades—ha consentido en perder un par de mulos por no pagar seis duros de contribución.

—Pues era un hombre honrado.

—Sí, muy honrado, –replicó Juan Manuel con sorna, dejando la ventana;—muy honrado porque no ha matado á nadie todavía; pero ese es también de los que llaman burgueses á los ricos, y sueñan con descabechar á medio mundo. Si no, miralo ahí; Dios los cría y ellos se juntan.

Habían llegado al patio de la casa, donde se hallaban muchas de las principales familias de la villa, puestas de punta en blanco, las mamás murmurando y presumiendo, las niñas en paliques amorosos y en galanteos con los novios y los pretendientes. El anchuroso patio se halla profusamente iluminado,

Digitized by Google

y en él se respira el grato aroma de las madreselvas y jazmines, que llega del jardín. En una de las salas contiguas se vé una grande mesa con profusión de dulces, pastas y botellas, de los cuales se hace gran consumo. Un piano, dos violines y una flauta, van á tocar ahora un rigodón, que se disponen á bailar muchas parejas, olvidadas ya de la alarma que las noticias de lo sucedido en la calle produjera. Pidón deja el patio á los danzantes y seguido de todos los que más ó menos mangonean en los públicos negocios de la villa, pasa á la biblioteca, ó al *recinto de los crímenes*, como la llama Mínguez, porque en ella se traman y combinan las urdimbres y trampantojos que constituyen la política de Juan Manuel. Inmediatamente se reanuda la conversación, cuyo tema lo constituyen varias peripecias ó cuestiones relacionadas con los bienes de Luna. La famosa subasta de las yeguas por la que tales amenazas hizo Juan de Dios al alcalde, fué anulada por éste, sin consultar con Juan Manuel ni con nadie. Tuvo miedo, halló un poco blando al secretario, y deshizo, creyó él que había deshecho aquella tunantada.

Digitized by Google

Pero sí, á buena parte iba; á Mínguez, que nunca se durmió en las pajas, y que cuando tú piensas ir, ya está él de vuelta. El remató las yeguas acudiendo á una subasta, en uso de un legítimo derecho; mas como no era labrador, como no tenía en qué emplearlas, inmediatamente las vendió sacando un beneficio módico, y se acabó su intervención en el asunto. ¿Y ahora vendrían á reclamarle por efecto de la anulación? Bueno; como si reclamaran al Nuncio, porque él era insolvente.

—De esto es lo que quiero yo seguridades, —dijo Argüeso;—de si llegarán hasta mí las reclamaciones, porque haya comprado á un corredor una piara de ganado. Yo le dí mi dinero..... ¿eh, Juan Manuel?

—Descuida, hombre, descuida, que no te puede pasar nada.

—No; como anda ahí Juan de Dios....

—Ni Juan de Dios ni nadie puede ya mover eso. Pero si es que ustedes no se han hecho cargo; si lo que ha pasado es lo más corriente del mundo; si no es más que esto: Un embargo por débitos de contribución, y una subasta de lo embargado, que después de

Digitized by Google

verificarse fué anulada por una simple falta de formalidad.

—Bien, pero ello es que se constituyó el depósito, y se van á quedar sin depósito y sin yeguas.

—¡Toma! Y aún gastarán mucho dinero encima, si siguen como van.

—¿Ese recurso de responsabilidad que ha entablado contra el juez.....?

—Ese recurso puede tenerle sin cuidado, porque aunque yo me cruce de brazos, que no me cruzaré, ya habrá llovido antes que lo resuelvan.

Siguió á estas frases de Juan Manuel una pausa que Argüeso cortó pronto prorrumpiendo en la espontánea risa que acomete á los niños cuando sorprenden la clave de un problema que les tuvo por muchas horas preocupado. ¡Qué fácil, qué sencillamente habían perdido los de Luna yeguas y depósito, y aún todavía perderían más por la osadía, por la temeridad, como decía Vitela, de haber entablado contra éste recurso de responsabilidad.

—Eso del recurso,—dijo don Melquiades —es apelar á Poncio Pilatos. Lo que debe

Digitized by Google

cerse,caballeros, es emplear el depósito en pagarme, y el importe de las yeguas lo aplicais al pago de costas. Y se acabó lo que se daba.

El alcalde lo miró estupefacto, pero nada dijo, y acudió á su pañuelo colorado, pasándoselo por la cabeza, como si á influjos de él hubieran de cesar las cavilaciones que bullían en su cerebro.

—Vamos á ver, Argüeso;—dijo Vitela—¿quieres dar un golpe de hombre listo? Vendele ahora las yeguas á doña Carmen. Te las comprará pagándotelas bien, porque esta es la hora en que no ha empezado á trillar, y el trigo se le desgrana en las gavillas, y se lo come el gorrión y se lo están robando.

—Verdad que es una lástima ver sus hazas.

—Otro negocio más;—añadió Mínguez—como hoy no tiene metálico, le propones el comprarle la Corambrera. y no hay más que cambiar la hacienda por el ganado.

—Pelo á pelo, ¿verdad?

—¡Aprieta, hijo!—exclamó Anatolio.

—¿Te asustas tú?

—No he de asustarme, si la Corambrera [illegible] tres mil duros.

Digitized by Google

—Tres mil duros ¿eh? Pues deja que, dentro de nada, la dividais por la mitad con la expropiación para la carretera, y veremos cuánto pierde.

—Pierde una faja de terreno que te pagan,—dijo Pidón.

—Algo más, Juan Manuel, algo más. Si la expropiación la hiciese el Estado, ó siquiera una empresa forastera, sí; pero siendo como son ustedes los contratistas.....

Pidón no contestó, y chupando el cigarro que fumaba y entornando sus párpados según costumbre en él, como si el humo le incomodase, se incorporó en la butaca, dando la espalda á Argüeso que estaba á su derecha.

Significaba semejante maniobra, que no se debía hablar de aquello. Pidón no permitía ni á Argüeso ni á ninguno de aquellos á quienes ayudaba tan generosamente, que tocasen ni con el pensamiento á los asuntos que reservaba para sí, entre los cuales se contaba aquel de la carretera á Cuérbano y Villalaencina, cuya concesión por las Cortes había obtenido, para facilitar el comercio de los pueblos del distrito, según decía la real or-

Digitized by Google

den, pero en realidad, para provecho de su hermosa posesión de Monte-Vigía, finca también de historia, finca que había adquirido á título de entusiasta, decidido y práctico protector de la agricultura, y de patriota cuyas sabias disposiciones ayudó el gobierno concediéndole extensos y fértiles terrenos para fundar una colonia que nunca tuvo de colonia otra cosa que el nombre en el expediente ó embrollo que le dió ser legal, y que vino á constituir un inicuo despojo de los bienes de Propios de aquel municipio.

Iban á empezar pronto las obras de la carretera, cuyos contratistas eran los Guillenes con los pactos con Juan Manuel que ellos sabrían, y como precio á las expropiaciones que, en término de Villalinda, eran muchas de viñas y olivares, se había fijado el tipo de un real por cada cepa y diez pesetas por cada pié de olivo, compredido el terreno que ocupaban. Era un precio ruinoso para los que habían de vender, porque un real de beneficio lo da una cepa los más de los años, y el olivo en leña solamente vale lo menos la mitad de aquella suma. Una de las fincas que cortaba el trazado del camino en proyecto

Digitized by Google

era la Corambrera, viña hermosísima que alimentaba la bodega de Luna, y, lo que decia Argüeso, contándola ya por suya:

—Por mil reales y pico, me hacen perder una aranzada, me dividen la finca, y en vallado tengo que gastar más de lo que cobro. ¡Es una atrocidad!

Y como sintesis de sus reflexiones, dijo resueltamente:

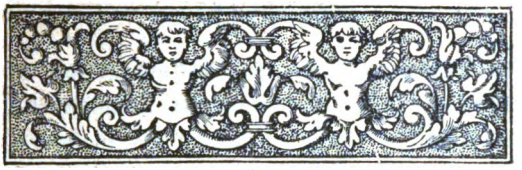
—Nada; no la compro. Si quieren las yeguas, habrán de pagarmelas.

—Bien, hombre;—añadió Mínguez—mañana voy á proponerselas, y si las quieren, van á pagar por ellas los cuarenta y cinco mil reales de qué hablaba Juan de Dios.

Y fué; Mínguez fue al día siguiente á proponer á doña Carmen que comprase sus propias yeguas, y doña Carmen las compró, sin atender á otra cosa que al deseo de comenzar cuanto antes á recoger sus granos.

Y Argüeso dobló el dinero que le habían costado, y doña Cármen firmó un nuevo pagaré.

Digitized by Google



XI

POR DINERO

En estas y las otras había finado junio, y la recolección de la abundante cosecha de aquel año, se verificaba con la regocijada premura de quien se apresta á recibir los dones que han de recompensarle de los trabajos y fatigas sufridos en tiempos anteriores. En el campo, las cobras no cesan de dar á los trillos tronzada breña que tajar; el bieldo saluda á la marea apenas aparece tirándole al paso de la molida parva que ella cierne benéfica, y aquí junta en montón el grano rubicundo, allí la paja en abultada onda y más lejos extiende en fina capa el picajoso polvo que para nada sirve. En el pueblo, los ale-

Digitized by Google

gres cencerros de los livianos que avisan la llegada de la recua, llaman la atención de los chiquillos que interrumpen sus juegos al hoyuelo para contar los burros que lleva el acarreo y saltar sobre alguno si el conductor marcha á distancia. Dentro del hogar, arriba en los sobrados se aecha ó se apalea el grano, para limpiarlo ó igualarlo; abajo, en los corredores, se ajustan partidas y se esperan las recuas; y en las habitaciones interiores, el amo tira cuentas y hace números para poner en claro cuánto le llevarán las trampas contraidas, y qué podrá quedarle para sembrar y vender en noviembre á mejor precio. Y llega la noche, y por las calles crugen las carretas conduciendo al paso avejentado de los bueyes, bién costales de grano, bién almiares de paja que se elevan tanto como los tejados. Todo es actividad y vida, y alegría y placer.

Alegría y placer, no en todas partes. En la casa de Luna mora un ser que de continuo refunfuña y á quien el verano parece no haberle ofrecido sino cosecha de berrinches. Es el Ama.

El Ama á quien el embargo y la subasta

Digitized by Google

de las yeguas habían puesto la masa hecha vinagre, sufría resquemos y torturas viendo avanzar el mes de junio sin que se empezase la recolección, aun cuando ya el trigo se desgranaba en las gavillas, se lo comían los gorriones y se hallaba espuesto á servir de presa al merodeo. Día quince, día veinte, San Juan había llegado sin que fuera posible comenzar. ¡Oh! ¡Ya lo creo! Ella fué quien empujó, quien forzó á doña Carmen á comprar sus propias yeguas, prescindiendo de la reclamación pendiente, sin reparar en nada, y buscando comenzar la trilla cuanto antes, en evitación de que todo se lo llevasen los demonios.

Y empezó la trilla, y las murmuraciones y los reconcomios del Ama prosiguieron, al ver que el acarreo descargaba un día y otro día en los almacenes de don Gaspar Guillén, quien, según lo convenido, tomaba grano por el importe de su pagaré. ¡Maldito pagaré! ¿Qué trigo iba á llevarse por los cuarenta mil reales? ¿quién llevaba la cuenta? ¿quién vigilaba las eras?... Cada vez que sonaba un cencerro, el Ama corría presurosa á una ventana, y, si era el de la casa, contaba con cui-

Digitized by Google

dado sumo los burros y costales, y ajustaba la cuenta de las fanegas que conducirían. Y ya sus matemáticas arrojaban muchas más de las necesarias para pagar la deuda, cuando al fin se presentó don Gaspar con el pagaré y una liquidación; hizo firmar esta, y entregó aquel. Su formalidad de siempre; era un caballero escrupulosísimo en sus negocios.

—¡Remardecío!— exclamó el Ama al despedirle;—¿A trintidos riales te ha jecho cobro, cuando está er trigo á cuarenta?...

Empezaron á llevar el restante grano á casa, y el disgusto del Ama superó á todos los sufridos, cuando á los pocos días le dijeron que ya estaba allí todo, y miró los almacenes y apenas vió en ellos lo bastante para la sementera próxima. ¡Virgen de los Reyes! ¿Y para manutención de los aperos? ¿Y para los infinitos gastos del año?....

Cavilaciones infinitas sobre estos motivos afianzaron en el ánimo del Ama la creencia, ya antigua en ella, de que allí hacían falta unos calzones, un nuevo amo que enderezase aquello antes de que se derrumbase por completo.

Digitized by Google

Y al formular este juicio, la imagen de Anatolio se presentaba á su imaginación adornada con todas las cualidades deseables, y maldecía de aquel capricho necio de su Nena, que ni se dignaba de mirar con buenos ojos á aquel hombre, y en cambio decía de él que era antipático. ¡Antipático!.... Manías de chiquilla. Ya ella le haría modificar esta opinión; ya ella le demostraría cuán profundamente la amaba Anatolio, y cuánto era capaz de hacer por ella.

Acercóse el día de la Virgen de agosto, en el cual se había de solventar el pagaré firmado para comprar las yeguas, y el Ama, tan súbita y precavida siempre, no hizo, para aprestar el pago, nada; al contrario: se opuso á que se verificase venta alguna, diciendo que ella aprontaría el dinero. ¿Cómo? Como fuera; en teniéndolo allí la víspera, nada le tenían que decir.

Y llegó la víspera, y muy acicalada y sonriente, cogió el mantón y se aparejó para salir.

—¿Adonde vas?—preguntóle doña Carmen.

—Por eso; á pedírselo á Natolio, que me

Digitized by Google

lo ha é dar sin interé ni deficurtá. No quió na con el ladrón de su tío.

—¡Sin interés!... Ama, tú no conoces á los Guillenes.

—Señora, osté no sabe lo que hay de por medio. A Natolio voy yo, y me lo da enseguía, y hasta me lo agraece. Porque..... en fin.

—¡Bah! Bueno; por si te engañas como espero, prométele hasta un doce por ciento de interés; más, no.

—¡Tustayá, señora! Lo he de traer de barde ó pueo yo poco

Solía Anatolio estar á aquellas horas en la fábrica de harinas, y á ella dirigió el Ama sus pasos.

—Natolio,—díjole en cuanto éste le hubo ofrecido asiento;—osté no se pué figurá lo que me trae aquí.

—Sí; - le contestó él;—á pedirme que le adelante dinero para recoger el pagaré de Caballito.

—Cabá. ¿Cómo lo sabe osté?

—No lo sabía; es que al verla entrar, hoy precisamente.....

—¡Listo que es osté, criatura! Si cuando

Digitized by Google

á mí.... Bién; pero con dá er dinero, no está tó. Ese favó á mi Nena, se lo vá osté á hacé por completo; e manera que no tenga ella más remedio que agraecérselo con toa su alma y.....

Calló el Ama no acertando con la frase ó no atreviéndose á expresar su pensamiento, y Guillén le replicó:

—Su Nena es conmingo por demás ingrata, y no merece de mi nada. Usted, en cambio.—prosiguió mirándola de hito en hito,—lo merece todo.

—No entiendo;—repuso el Ama, toda turulata.

—Digo que á usted, sí le doy el dinero; á Luisa, de ninguna manera.

—¡Que á mí..... y á ella.....

—¡Vamos! A ver si así comprende usted.

Levantóse Anatolio, abrió la gaveta, y contando de unos fajos de billetes, entregó una gruesa porción al Ama.

—¡Natolio de mi arma!—exclamó ésta con la más grande efusión.

Y temblorosa, emocionada, sintiendo asomar lágrimas de agradecimiento á sus ojos,

Digitized by Google

—¡Qué hombre! ¡qué hombre! —tornó á exclamar.

No lo refieren los autores de esta historia; pero consta por datos fidedignos, que el Ama sintió vivos deseos de estrechar á Guillén entre sus brazos y darle un beso comprimido, prolongado, de aquellos que le daba á la Nena.

Contúvose no obstante, y dió rienda suelta á su ánimo expresándose en estos términos.

—¡Diós mío! ¡Qué no jaría yo por verlo á osté siendo el amo en mi casa! ¡Qué no jaría por que osté consiguiera lo que quiere, que es lo que yo quiero.

—No diga usted eso; —le replicó Anatolio, pugnando por contener la alegría que, al oirla, brotó á su rostro;—usted es quien lo puede; sólo usted.

—¡Yo! ¿Qué pueo jacé yo más que estarle pedricando.....

—Usted puede hacer que Luisa sea mi esposa antes de un mes. Si usted quisiera.....

—Como queré ¡vaya si lo quiero!

—Pues, enseguida nos vería usted casados.

Digitized by Google

—Señó yo..... ¿pero cómo?

—¿Usted cree que Luisa me odia? —

—¡Tustayá! Mi Nena no odia a naide. Caprichos de chequillas, que se les mete una cosa en la cabeza, y no ven ni su comenencia ni na.

—Usted cree que si Luisa me tratase intimamente y apreciase mi pasión por ella.....

—¡Digo! Lo adoraba á osté con toa su arma.

—De modo que, una vez casados, ¿usted la ve feliz?

—Sí, señor; casá con osté, como con naide.

—Pues bién, Frasquita;—añadió Anatolio acercando su busto al Ama, y hablándole con tono de ferviente súplica;—cree usted, como yo, que casada conmigo, su Nena sería feliz; cree usted, como yo, que su desdén hacia mí emana de un capricho; que no tiene fundamento; que su resistencia es la resistencia que opone un niño enfermo á tomar la medicina que le ha de salvar.

—Hijo mío, soy tan torpe, que no lo entiendo á osté; vaya.

—Su Nena es la enferma; no quiere to-

Digitized by Google

mar la medicina; pues ayúdeme usted á hacérsela tomar por fuerza.

—¿Y cómo?—preguntó el Ama, sintiendo súbita inquietud.

—Deme usted una noche la llave de su casa.

El Ama se levantó súbito al oirle como impulsada por un resorte, y emocionada, rígida, temblorosa, le contempló unos instantes despidiendo fuego de sus ojos. Luego exclamó arrojando el dinero sobre la mesa del despacho.

—¡Toma!

A seguida echó á andar hacia la puerta y, volviéndose en ella, con tono de viril reproche, le dijo á Anatolio que, al verla en aquella actitud, sintióse poseído de una ira feroz.

—En mi casa no entran más que presonas ecentes. Escúsese osté de dir por ella.

Y salió dejando á Guillén lleno de furia, y exclamando con reconcentrado encono:

—Pues será mía; lo será.

Cuando el Ama llegó á casa de Luna, se limitó á decir en agrio tono á doña Carmen.

Digitized by Google

—No hay dinero.

—¿Ni al doce por ciento?

—Ni á ná.

—¡Jesús! ¡Válgame Diós! ¡Válgame Diós!

Y siguió lamentándose amargamente y no dispuso nada. Su debilidad incomparable llegaba al aniquilamiento cuando el golpe de la contrariedad la hería, y quedaba turulata, estenuada, sorbida por la pereza de su ánimo.

Por consejo de Juan de Diós se puso al día siguiente en venta, grano, olivares, tierras de labor; pero las contadas personas que en el pueblo podian comprar al contado, pretendieron lucrarse de tal modo aprovechando la urgencia con que el vendedor necesitaba del dinero, que pasaron dos días y tres y cuatro, sin que fuera posible realizar venta ninguna. El pagaré entre tanto había sido llevado al juzgado, y la ejecución se venía encima.

Ante premura semejante, Juan de Diós propuso un nuevo medio y, aceptado sin objeción alguna, fué puesto en práctica á seguida.

A la puesta del sol de aquella tarde, en un potro más negro que la noche, partía

Digitized by Google

Juan de Diós camino de Valniego, llevando en el boisillo los títulos de propiedad de algunas de las fincas de Luna.

¡Y no es furor el del cerril animalito, contra quien ciñe sus redondos lomos! Apenas lleva cién pasos de camino, y ya ha hecho ostentación de todas las gracias que le adornan. Con tres ó cuatro botes ha significado al ginete cuánto es su agrado por llevarle encima. Alzándose de manos le ha saludado repetidas veces, y tropezando más de una le ha dado á entender que no debe dormirse. Después ha hecho alarde de la agilidad extrema de sus patas y, poniendo el hocico en linea recta con el cuello, ha echado á correr ligero como un gamo, sin posar apenas sus pequeños cascos. Por su parte el ginete, muy agradecido á tanta deferencia, ha trocado la defensiva por el ataque, y sus espuelas sangran ambos lomos del sofocado bruto. Esto le hace entrar en cintura, y al fin parece que se rinde á discreción. Solo dos veces se ha espantado; pero es que los frondosos olivares que atraviesa están sombríos por de más; ahora, subida esta cañada y traspuesto aquel cerro, ya se acaban y vuelve á ser llano el

Digitized by Google

camino. Sigue, valiente, sigue tu carrera, que ya estamos llegando. Ese es Valniego, sí. No basta á iluminarle el resplandor de las estrellas; pero bién puedes ver aquella luz, y aquella otra, y otra más, que brillan ahí enfrente. Tres minutos aún, y estaremos á la puerta de la cuadra. ¿Lo ves? Gracias, hermoso potro. Ya llegamos..... Esta es la posada del Sol.

Pasó el fogoso bruto á manos de un mozo de cuadra, y Juan de Diós, sin sacudirse apenas el polvo del camino, salió de la posada.

Brillaban todavía las luces de los establecimientos, y aún no se habían cerrado las puertas de muchas casas. En una de lucida presencia, grande zaguán y anchísimo portón, entró el viajero; mas..... dejémosle vagar para que desempeñe el delicado asunto que con tal prisa le llevó á Valniego, y volvamos á encontrarnos con él al dia siguiente cuando va á anochecer, y á punto de tornar á Villalinda con el deseado dinero en el bolsillo.

No parecía muy apaciguada la maligna furia del azabachado animal su compañero,

Digitized by Google

que hizo don de sus habilidades apenas el ginete puso el pié en el estribo; pero bién pronto, convencido sin duda de la inutilidad de sus esfuerzos, se rindió á discreción, y, floja la brida y prestas las espuelas, corre veloz por el camino levantando densas nubes de polvo.

Al entrar en los negros olivares, el caballo endereza las orejas y cualquier bulto que destaca la luz de las estrellas, le hace desviarse velozmente á un lado del camino, poniendo á prueba la destreza del ginete; éste, confiado en ella, le reduce á la obediencia con soltura, y va gozoso y distraido con dominar los reparos de la bestia.

De pronto un bulto asoma por detrás de un lentisco; suena una voz de «ech.....»; el caballo dá súbito una media vuelta sobre sus traseras patas, bota en seguida con violencia, y el ginete pierde el equilibrio y cae al suelo, arrojado sobre la chueca de un olivo. El caballo escapa, el de la voz sigue refunfuñando, y Juan de Diós no se mueve.

—¡Que se le va el caballo!—gritó el aparecido.—¡Eeh..... jinete!.... Correr de noche así.....

Digitized by Google

Como no obtuviese respuesta, se decidió á acercarse al sitio en donde el ginete había caído, y estando junto á él, le preguntó.

— ¿Se ha hecho usted daño, buen amigo?

No le contestaron, y añadió echando al suelo el hatillo que llevaba al hombro.

—¡Futro! Este hombre se ha descalabrado.

Encendió una cerilla, y vió á Juan de Diós manando sangre de una herida y desmayado.

—¡Juan de Diós!—exclamó al reconocerle.—¡Voto á Cribas!.....

Con el pañuelo que el herido llevaba, le limpió un poco la sangre, le descubrió la herida, y posando sobre ella una poca de yesca que sacó de una mugrienta carterilla, se la sujetó amarrandole el mismo pañuelo ensangrentado.

—Seguro que ningún paisano tuyo esperaría del tío Amén lo que contigo estoy haciendo;— decía mientras le curaba;—es verdad que con otro..... mi caridad no hubiera pasado de aligerarle el peso del bolsillo..... Este no llevará nada, ¡qué ha de llevar si nada tiene! Talento, que es lo que más

Digitized by Google

vale. ¡Qué hacienda más hermosa!.... Por eso es la que mássse regatea..... ¡Eh, Juan de Diós! Que esta no es cama para tí. ¿Desmayado aún?.... ¡Futro, con las damiselas encalzonadas!

Volvió en sí el herido, dirigió en torno suyo una vaga mirada y con voz apenas perceptible pidió de beber.

—¿Agua, verdad?..., Sin duda te figuras que estás en el hotel de Francia. ¡Vaya, hombre! Me vas á decidir á que haga los oficios de una hermana de caridad en campaña... ¡Hum! ¡Qué malo es el tío Amén! ¡borracho! ¡perdido! ¡socialista! ¡clerófobo! ¡condenado!... Lenguas viperinas..... ¡qué lastima de Fulvias, que no se dieran el placer de picarlas!

Mientras esto decía, había tomado á Juan de Diós en brazos, y con él sobre los hombros, echò á andar camino de Valniego, á cuya posada del Sol, llegaba media hora más tarde.

Digitized by Google

XII

Á LA LUZ DE LA LUNA

Solo en el escritorio de la fábrica de harinas, Anatolio trabajaba una noche ya bién tarde con el afán y la premura de quien está anhelando concluir. Llevaba ya seis horas con la atención embargada por los mil apuntes que ponía al corriente, y los números y letras de los libros, el ruido incesante de las trituradoras piedras, el calor de la estancia y la luz de petróleo con que se alumbraba, teníanle, al soltar la pluma, sediento de aire fresco, y aturdido. Cerró los libros, y salió.

Eran más de las once cuando pisó la calle, alumbrada entonces por la pálida luz de una menguante luna. En el cielo, muy claro

Digitized by Google

y de un azul intenso, se veían por la parte de Poniente ligeras nubes de color plomizo, que corrían veloces cambiando de forma á cada punto. En la población, la torre esbelta, las cúpulas de los templos, los empinados campanarios y las vetustas murallas del castillo, aparecían ingentes y desvanecidos, como si se les viese al través de una invisible llama; los reinos de la luz y de la sombra tenían en las calles por fronteras la confusa línea de sinuosas curvas que señalaban los tejados. La atmósfera era tibia, y en todas partes se aspiraba la grata esencia que despedían las flores de huertecillos y jardines, cuyos aromas mezclaba y difundía una brisa apacible. ¡Noche magnífica para pasear venturas!

Pero Guillén no las tenía, y sólo paseaba las tribulaciones que daban á su espíritu, un amor no logrado y una ambición no satisfecha; rectifico: un amor no logrado solamente; porque la ambición sin el logro del amor, no la sentía. Era esta como palacio preparado para albergue de aquel; galas que se le destinaban; bienes que se le ofrecían. Y palacios sin huesped, ¿para qué?.... Cuanto flo-

Digitized by Google

ta en la atmósfera social del pueblo es objeto de su atención y estudio, como elemento utilizable; pero, ser allí el absoluto dominador, como tenía soñado; no sufrir más la protectora hegemonía de Juan Manuel; anular su influencia aun fuera de la villa, extendiendo la propia en el distrito; ser, en suma, el cacique, con sus extralegales privilegios, con su poder tan grande y tan real como desconocido por las leyes, ¿para qué si el amor de Luisa no había de coronar su obra? ¿para qué si no había de ofrecer á Luisa la victoria, ni compartir con ella los laureles?

Y esto no lo lograba, y esto le hacía sufrir. Aquella niña con quien soñaba ya á los quince años, cuando ella tenía nueve; á quien celó desde que pudo verla con vestido largo; la que á pesar de sus desdenes no había desesperado de alcanzar, en una última acometida, le había desahuciado nuevamente, diciéndole con energía viril: «Nunca te amaré; ¿lo oyes? Nunca». Era, pues, necesario perder toda esperanza, renunciar á tanto acariciado ensueño como forjó durante nueve años; dejar que otro gozase..... ¡oh, nunca! Eso sí que nunca. Pertinaz y constante, él

Digitized by Google

había buscado el corazón de aquella mujer por todos los caminos: por el de la amistad, por el de la gratitud, por el del sacrificio, y no llegó hasta él. Pues era preciso que llegase; su voluntad de hierro lo quería y necesitaba que Luisa le amase, ó le perteneciese cuando menos. ¿Cómo lograrlo? Como fuera. No se andaría con repulgos, que hartos había tenido. Poseerla, necesitaba poseerla.

Obsesionado por esta idea que no le dejaba libre un punto, pensó en mil violencias, poseído de una pasión ciega é incurable, de esas que se encarnan en los temperamentos sanguíneos, y se confunden con el apetito, y fustigan el cuerpo, y enardecen la sangre y caldean el espíritu.

Inconscientemente había encaminado sus pasos á la casa de Luna, y atravesaba la calleja á que daba la verja del jardín. Cortó frente á éste su paseo mirando afanoso el edificio, y poseído á poco de un momentáneo desaliento, suspiró y movió tristemente la cabeza á un lado y otro. Vió junto á sí entonces el banco de un mariscal que allí tenía su tienda, y se sentó en él y apoyó el codo en la bigornia y reclinó la cabeza sobre la

Digitized by Google

palma de la mano. Bién pronto el desasosiego de sus nervios le hizo variar de postura, y sin ira ni conciencia, como necesidad del organismo, como preciso desahogo de una fuerza bruta, comenzó á descargar acompasados puñetazos sobre el pétreo banco, hasta que el dolor producido por este insípido ejercicio inició una crisis que le dejó más sosegado.

Sacó un cigarrillo y lo encendió. Al través de las espirales de humo volvió á contemplar la casa de Luisa, y á escudriñar con el pensamiento sus habitaciones, que conocía perfectamente. Aquellos de la izquierda eran los sobrados y graneros. Debajo de ellos están las dependencias de la casa de labor, apartada de la que habita la familia por la extensión que ocupa la bodega. Más allá no habita nadie, ni más allá tampoco; allí en aquel ángulo, está la habitación de doña Carmen, la de Luisa junto, y enfrente las del Ama y las criadas. Mujeres, nada más que mujeres en toda aquella parte. Ahora dormirían todas tan tranquilas; si alguno, con medios para verificarlo, fuese osado á llegar hasta una, las otras no lo sentirían. Y

Digitized by Google

para llegar, ¡ah! sí; eran obstáculos que había que salvar, aquella verja que podía saltarse, la puerta del jardin, afianzada con fuerte llave, y la otra puerta de la habitación de.... Luisa. ¡Ahc!.... Anatolio sintió náuseas de sí mismo, y el sobresalto de su conciencia se manifestó en su organismo por una breve conmoción de epiléptico. Pero esto no pasó de ser fugaz destello, y pronto se rió desde ñosamente de sí propio, á tiempo que tiraba la colilla del cigarro.

—¡Miá qué oportuno!—exclamó una voz femenina á su derecha.—Vengo dejayá arriba á peirle candela..... Güenas noches. ¡Natolio! ¿Eres tú?.... Malegro verte güeno.

—Gracias, mujer. Igualmente.

—Por mi salú que no pensaba que tú fueras..... ¿Me quiés dá un seriyito?

Era una mujer todavía joven, de rostro expresivo y desvergonzado, en el que las huellas de una mala vida, se veían disimuladas entonces por un barato adobo de colorete y albayalde. Sus pechos, fofos y colgantes, los ceñía una chapona blanca adornada en el cuello con encages, y de su cintura, chica y airosa, bajaban hasta el suelo

Digitized by Google

unas enaguas de color de rosa muy subido.

—¿Qué jases?—le preguntó á Anatolio después de haber encendido el cigarro.—No vas nunca por casa; hombre; ¡valientemente!

— Tengo que hacer.

—¡Jasé! ¡Miá que jasé el hombre que está aquí contando las estrellas!.... Anda,—añadió echándole un brazo por el hombro;—¿te quiés vení un ratito?

—¡Quita!

—¡Ay, qué escorpión! ¿Te ha espeío la novia, muchacho?.... Anda, hombre; vente á darme compaña.

—¿Tan sola estás?

—Peó que sola; porque quien está allí son dos mocosos, y además ese esaborío de Juaniyo el jerrero, que mal rayo lo parta.

—Pues..... ¿no estaba ese por tí?

—Y lo está entavía; pero no lo pueo ve. Es más reventao que una boronía.

Aurelia, (que este era su nombre) había concluido por sentarse en el banco al lado de Guillén, y fumaba aburrida comprendiendo que éste no accedería á sus pretensiones. Sin embargo, esperaba quizá porque no tenía punto más distraído donde perder el tiempo.

Digitized by Google

Sucedieronse unos minutos en que ninguno de los dos dijo palabra. Anatolio seguía preocupadísimo. Aurelia tarareaba un tango nuevo. De pronto, dijo Guillén:

—Oye, Aurelia: ¿Tú tienes amistad bastante con ese Juanillo? ¿Te aprecia él..... quiero decir: una cosa que tú le pidieras.....

—La jasía de cabeza. ¿Por qué me lo preguntas?....

—Es borracho, ¿verdad?—preguntó de nuevo Anatolio sin haber contestado á su interlocutora.

—Más que una uva, y de aguardiente. Coge unas cafeteras, que á Diós le habla de tú. Pero, ¿á tí qué te importa? Dí; ¿por qué estás preguntando más que un juez?

—¡Pchs! Por nada.

—No, charrán.....—dijo ella, zamarreandole melosa entre sus brazos;—algo maquinas.

—¿Yo, tonta?

—Tú..... Pero bueno; sea lo que sea, en lo que yo te puea serví..... bién sabes que te aprecio como naide en er mundo. Es la chipé.

—¿Sí? ¿Te ha dado por ahí esta noche?

Digitized by Google

—No esta noche. Siempre he tenío por tí capricho.

—¡Capricho! ¡Ja..... ja....!

—Por mi salú que sí. Anda, vente conmigo á acompañarme.

—Suelta, mujer.

—Anda ya, tabardiyo; ¿qué haces aquí sentao?. .. Mira; el sereno va á verte conmigo. Vente pa arriba, y no te ve.

La aparición del sereno en un extremo de la calle hizo que Anatolio cediera á los esfuerzos de Aurelia, que en cuanto le vió de pié se le colgó de un brazo y, alborozada y sonriente, le hizo carantoñas y mimos á docena, los cuales, sin embargo, no distrajeron á Guillén de su preocupación, á juzgar por estas palabras con que interrumpió la alegre charla de la ninfa.

—De modo, que á ese herrero.....

—Lo manejo yo mejó que él á su macho. Si quieres argo de él.....

—Estás muy guapa, Aurelia,—dijo Anatolio interrumpiéndola.

—Gracias, caballero. Es usté muy galante;—repuso ella riendo.

—No, palabra. No me había fijado; dis-

Digitized by Google

pensame. Ahora reparo y ¡la verdad! estás muy guapa; tan guapa como siempre.

—¡Guasa viva!—exclamó ella feliz, restregando su cuerpo contra el de Anatolio, que le diò un abrazo.

—Adelántate,—le dijo luego,—y arrincona á aquellos cabritos; anda; no quiero que me vea nadie.

—¿Por tu salú que no te vas?

—No me voy.

—¿Palabra?

—Palabra.

—Güeno; po sígueme, que ya están tos quitaos de enmedio.

Poco después Aurelia disfrutaba de uno de los ratos de liviano placer que constituyen la felicidad de estas pobres mujeres, cenando á solas en un cuarto con Guillén. Ni Adelina ni Sara habían merecido nunca tal honor; con ella, Anatolio, con ella solamente. La gratitud le embarga, y apura todos los recurso de su ingenio para comunicar á él todo el contento que á ella la alboroza.

¡Y lo consigue tan á duras penas!.... Guillén esta triste, preocupado; ella le pregunta con insistencia, y al fin él se decide á comu-

Digitized by Google

nicarle su pesar. Sufre un disgusto enorme y se halla en una situación comprometida, de la cual podía Aurelia ayudarle á salir. ¿Ella? Ella, sí; escuchase un momento y se convencería. Anatolio había jugado y perdido una fuerte cantidad que había tomado de la fábrica de harinas; no sabía lo que hacer para evitarle á su tio el disgusto de que lo supiera y ahorrarse él la merecida reprimenda, y ¡qué casualidad! hablando con Aurelia, se le había ocurrido un medio de salir del atolladero. ¿Cuál? Fingir un robo; pero sin comprometer á nadie, sin esponer á nadie! El podía forzar una ó dos llaves con un instrumento que se le proporcionase, cortar un cerrojo con una lima sorda; y esto verificado, una mañana salir diciendo que la fábrica había sido robada. Era aquella, faena que él mismo debía hacer sin que lo advirtiese ni la tierra; porque descubierta la supercheria..... Por eso no osaba buscar aquellos instrumentos; por eso agradecería tanto á Aurelia que, si con maña y tino pudiese engatusar al herrero.....

—¿Y eso es lo que te apura?—dijo ella interrumpiéndole.—Po descudia, que ese me

Digitized by Google

dará á mí la ganzua y la lima, y naide sabrá na.

Cuando á las tres de la mañana ya oculta la luna, salió Anatolio de la casa aquella, dijo al pasar por enfrente del jardin de Luisa:

—Pronto veremos, niña esquiva, si va á ser eterno tu desdén. Yo que contigo quisiera ser honrado, voy á cometer una infamia; voy á perder el honor arrebatándote violentamente el tuyo. Si por tu culpa el santo sacramento no nos lo devuelve, no vivirás menos desesperada que yo vivo.

Digitized by Google

XIII

MISERIA Y COMPAÑÍA

Desde que le echaron de la cárcel, Federe se veía fustigado por los latigazos de la necesidad. Un dia que había dejado el lecho, como de costumbre, poco después de amanecer, perdió las primeras horas en la plaza, buscando un jornal que rara vez hallaba; luego estuvo callejeando en busca de un amigo que le prestase unas pesetas, y á la postre buscó á un desocupado que le convidase. No halló trabajo, ni dinero; pero sí quien le diera unas copas de aguardiente, y por ellas tan sólo alimentado desde el día anterior, entraba en su casa á las dos de la tarde.

El cuarto era estrecho y pobre de luz;

Digitized by Google

tenía en su suelo muchos ladrillos rotos y levantados, y tiznones sin cuento y suciedades cubrían hasta la altura de una vara el amarillento color de las paredes, que alguna vez acaso fueron blancas. Contenía un arcón viejo, en donde se guardaba el pan, la ropa y los dineros cuando los había; ocho sillas lisiadas de tamaños diversos, y una mesa de pino cuya cruz sujetaba una tomiza.

Sentada en una silla cerca de la puerta, las piernas una sobre otra, y calzados sus piés con viejísimos zapatos de becerro blanco, veíase á Candelaria cosiendo una chamarretilla azul, y de pié á su lado y casi suspendido de uno de sus pechos, á un chiquirritin que con sus pringosas manecillas, estrujaba aquel lacio pingajo, parecido á una vejiga tabaquera. Muy cerca de ella, sentados en el suelo alrededor de una cazuela encajada sobre un rodetillo de ristra de ajos, estaban tres chicuelos de cuatro á siete años, rebañando la clarucha sopa de tomate que aquella contenía, metiendo en el caldo hasta los puños, y llenándose todos de churrete que quieren recoger lamiéndose los dedos.

En ninguno de ellos se advierte señal si-

Digitized by Google

quiera de gorra ni zapatos, ni poseen entre todos una camisa completa. El más chico tiene por toda vestidura una tuniquilla de indiana; el segundo un chaquetón astroso que le viene á dejar en cueros vivo, porque no le cubre otra cosa que la espalda, por falta de botones; y el mayor, unos calzones faltos de medio pernil, y una camisa con una sola manga. Pero si ligeros de ropa, no lo están en cambio de cochambre; todos tienen mocos, boqueras, sucia la cara y roñosas las pantorrillas. Ellos ó el cuarto, huelen mal; porque aquello apesta á bohío.

Federe atravesó el umbral sin decir una palabra, y sentándose sobre la mesa, observó con fruición el festín de sus hijos que, tocando ya al remate de la sopa, comenzaban á gruñir y disputarse las migajas. Su mujer le miraba impaciente, encorajada por su silencio, y pronta á romper en algún bélico arrebato.

—Mingo;—dijo Federe dirigiéndose á uno de los comensales.—¿Ta mena á papa?

—Yo, amío oco.

—¿Has comío poco?

—Si; Ico ome to.

Digitized by Google

—¿Se lo come to Ferico? ¡Tunante ese..!

—¡Yo!—exclamó el mayor de los chiquillos—Er cí; que es más cochino.... Paito: mi osté como coge la sopa: así, con toa la mano.

Se siguió una pausa de unos dos minutos.

—Y pa mí, ¿hay argo?—preguntó luego Federe á su mujer.

—Lo que haigas traío.

—Tamos bién.

—¡Digo! Mejó que naide.

—Manera que aquí, ¿tos comen menos yo?

—¿Tos menos tú? ¡Condenao seas! Pues yo ¿qué como?

—¿Ta je nayuna tú tamié?

—¡Ca está! A la hora esta, ya tengo entro er buche los jamones y las rosquiyas que dejaste. ¡Digo! Si estoy agita, empachá de tanta zustancia.

—Tamos bién..... ¡Ar pelo!

—¡Tamos bién! ¿Cómo quiés que estemos corriendo por cuenta de un tío Juan Braga como tú?

—¿Ya escomienzas?

—¿Yo?.... ¡Ay, como escomiece! ¡puñalá!

Digitized by Google

El mamoncillo que, á un cambio de postura de la irritada madre, había perdido el pecho, se echó á llorar, y Candelaria dijo:

—¿Qué quiés tú ahora?.... Suerta ya, que bastante has jalao.

Le sentó en el suelo, y se guardó el pecho. El chiquillo siguió llorando; y apenas consolado á poco con mamarse el pulgar, prosiguió su música Mingo, á quien Ferico arrebató la última sopa. Mas la rapacería de éste la castigó Lolo dándole un soplamocos que le hizo comer por las narices, y Ferico lloró sin que Mingo hubiese callado todavía. El vengador teme el desquite, y al levantarse y huir para evitarlo, pone el pié en mala parte y rompe la cazuela.

—¡Marditas sean tus patas, arrastrao!—exclama Candelaria levantándose y dirigiéndose hacia él.

El chico pretende refugiarse en brazos de su padre; pero antes de llegar á ellos, la madre lo coge por el pelo, y le sacude unos fuertes coquetazos que hacen á Lolo convertir en terceto el duo del llanto. Y entonces, el monigote pequeño, quizá por imitar á sus hermanos, deja de mamarse el dedo para llo-

Digitized by Google

rar también, y el desgarrado concertante de los cuatro en tan reducido lugar, fué insoportable.

Candelaria que tenía la masa hecha vinagre, se cansó pronto de la música aquella, y tomando á los tres, uno después de otro, por un brazo, les dió un par de azotines á cada cual de los mayores, y los puso á la puerta del cuarto.

—¡Calla tú tamié!—dijo al más chico.—¡Malhaya un tintán que no te lleva!

—Mátalo tú, y te ajorras er gasto,—le replicó Federe.

—Pa tenerlos muertos de jambre, más valía: ¿Eres tú capá de mantenerlos?

—Por vía é Zan Juan de Dió!.... ¿Qué jago? Dirlo tú: ¿qué jago?

—¡Puñalá! ¿Qué jace? Lo que jace un hombre. Mantené las obligaciones de su casa.

—Y ¿cómo, si no jallo trabajo? ¿Via robá?

—Manque robaras. ¿No te han roba á tí? Ese tar por cuá que se llevó los mulos, ¿tié ciquiera tus necesiaes? ¿Las tié er gran bajuno e Juan Manué? ¿Las tién los Guillenes?.... Po tos roban.... Pero este gilí de mi marío teme quizá que er cura no lo arsuerva, y ¡velaí!

Digitized by Google

—¡Me jago Dios!.... Mira ¿te callas?

—¿Qué cudiao se le da ér de que aquí estemos pereciendo? Mientras yo puea buscá un peazo é pan..... Anda, Candelaria; sar por ahí á zancajear y tráele de comer á tu marío.

—¿Cuando me hás mantenío tú?

—¿Qué has ganao en seis meses?.... No he encontrao na..... No he poío ve á fulano..... Y así toitos los días. ¿No es verdá esto?.... Pos cataí á Federe, al hombre que tié ya cinco hijos que mantené..... ¡Ah! Pero es un hombre de concencia; ér no le jará nunca mal á naide, y con toa la sangre de pavo que Diós le ha dao, dejará que le quiten jasta los carzones, si á arguno se le antojan.

—¡Paño! ¿Te callas de una vez? Dirlo: ¿te callas?

—Tonces, ¿qué vienes aquí piéndo que comé? Corre y sacáselo der cuerpo á don Filiqui, ú á cualesquier granuja de esos. Cógelo daonde lo haiga..... No vengas aquí, que aquí no hay na.

—¡Me jago tiras!.... Güeno está.

Encorajado contra sí mismo y contra el mundo entero, tornó Federe á salir de su casa sin propósito de ir á este ó aquel sitio.

Digitized by Google

—¡Tié razón, qué jinojo!—dijo ya en la calle.

Siguió por ésta arriba, hasta salir al campo; torció después á la derecha, y llegó á un cortinal que se extendía desde las bardas del pueblo á la ladera en cuyo fondo tenía su lecho el pobre Riarruche, que aún mostraba descubiertas las concavidades de su cauce. Habia en el cortinal un horno de ladrillos, miles de estos esperando venta, y un pajar que alimentaba el horno cuando ardía. Muralla de ladrillos y pajar, formaban un ángulo que de noche solía guarecer á algún necesitado, y de dia á cuatro vagos de baja estofa, que celebraban en él sus zurriburris.

Entonces estaba sólo allí tío Amén, á quien Federe halló tendido á la sombra del pajar, posada la cabeza en los brazos cruzados, y cerrados los ojos como si durmiera.

—¡Eee.....jé, maestro Labaila!—gritó cerca de él.

Tío Amén se incorporó de súbito y clavó en el importuno una inquieta mirada llena de recelos y desconfianzas; pero al reconocerle, dijo sonriendo:

—¡Hola, Federe!

Digitized by Google

—¿Qué se jace?

—Aquí reposaba. Siéntate..... Toma.

Y le alargó un frasco de aguardiente que llevaba en el bolsillo del chaquetón astroso que vestía.

Federe bebió un buen trago y se tendió frente al Maestro, boca abajo también, y enterrados los codos en la paja extendida que alfombraba el suelo.

—De mó que según esto,—dijo contemplando el bote que el Maestro colocó entre ambos,después de vacíar en su estómago otro buche;—está osté en fondos?

—¿Eh?—interrogó tío Amén mirándole con inquietud.

—Que..... habrá osté recebío cuartos?

—Sí, Federe. Ayer fuí por ellos á Cuérbano, y me los dieron, me los dieron. Son buenos socios esos chicos.

El tío Amén decía ser miembro de una sociedad de auxilios y servicios mutuos, que le pasaba una pensión.

—¡Güena veta, paño!—exclamó Federe —¿pa qué quería yo más? Si yo..... ¡me jago tiras!

—¿Eh?—volvió á proferir tío Amén mi-

Digitized by Google

rando á su interlocutor con ojos inyectados.

Pero esta vez, Federe no hizo caso de la exclamación, y quedó como abismado en hondas reflexiones, fija la mirada en la faldilla de Cerro-Benitez que estaba á su izquierda.

—Bebe, Federe – dijo tío Amén pasado un corto espacio.

Federe bebió sin decir nada.

Tio Amén prosiguió luego:

— Conque dices que quisieras ser nuestro socio. ¿Eh, Federe?.... ¿De modo que tú sospechas algo?

Federe le miró de hito en hito, alargó luego el brazo para coger una colilla que vió cerca, y se dispuso á encenderla; pero no contestó.

—Pues alguna vez lo había yo dicho, Federe;— prosiguió tio Amén cuchicheando nervioso.— Cuando en años pasados te hallaba por casualidad en esos montes apilando leña, y cuando te veía cruzar la sierra con tus mulos, dejando los caminos por las trochas para acortar terreno.....

El Maestro interrumpió el relato de repente; luego echó mano al frasco, y tornó á

Digitized by Google

beber. Al volverlo á posar temblaba, y sus ojos, flébiles y de córnea estriada por sanguineas rayas, se fijaron con afán en su interlocutor.

—Oye, Federe;—dijo á poco con la mayor solemnidad.—¿Qué dirías de un hallazgo de tres mil duros?

—Diría que soñaba.

—¡Y qué dirías si te dieran el décimo de esa suma?.... ¿Eh? ¿qué dirías?

—Diría que con la mitá, tenía bastante.

—Pues..... Tú no te burlas; ¿eh, Federe? Tú no crees que el tío Amén no es más que un borracho pestoso, como creen los gandules que vienen por aquí; ¿eh?

—No; no creo eso.

—Tú crees que yo tengo negocios que me producen mas ó menos, y que un día, el día que liquidemos, ¿eh, Federe? Seremos ricos, ricos todos los socios.

—¿Y cuando liquiáis?

—¿Eh? No sé. Eso lo dispondrá la Junta.

—¿Quién son la Junta?

—No sé.

Siguió una larga pausa.

—¿Y sereis tos ricos?—preguntó luego Federe.

Digitized by Google

—Ricos;—replicó el Maestro; hay dinero de sobra.... Suma tú,—prosiguió luego vivamente,—el oro de un capitalista, el de otro, el de otro, el de otro, en fin, el de todos, ¿eh? tendrás un montón de oro muy grande; ¿eh?.... Pues á repartirlo.

—¡Ya se yo lo que es eso!—exclamó súbito Federe. —¡Linternacioná !

—¡Chist! Cállate—dijo tio Amén poniéndole los dedos en los labios.

—¡Aj! - replicó Federe haciendo un mohín despreciativo.—Ezo es una pamplina..... Linternacioná es como la perdía repúlica; que está siempre ar llegá, ar llegá, y no llega ni pa Dió.... ¡Bah!

—Pero tú.....

—Por lo que me dijo osté el otro día, yo asperaba otra cosa.

—¿Qué te dije, Federe?

—¿No sacuerda ya?.... En la taberna e Marinéla otra noche, cuando yo conté allí que ningún mardita arma me quería dá trabajo, osté me dijo, dice: yo nejecito un socio.... En fin, y lo que aluego hablamo..... Po aticuenta que por eso he venío aquí hoy: pa ve si le encontraba. Que si no, ya tenía yo pen-

Digitized by Google

sao otra cosa, quizá que más irecta; porque.. hasta la repúlica me paece á mí ya un infundio.

—De modo que has pensado en asociarte á mí; ¿eh, Federe? De modo que si yo tuviese una mina que explotar..... ¿Serías tú capaz de echarte á minero?

—Misté, Maestro; yo, hoy por hoy, me echaría á un camino.

—Bebe, Federe,— exclamó tío Amén temblando de alegría.—Ya lo había yo dicho —prosiguió luego con acento inseguro:—Este Federe, es hombre decidido, que te podría servir de mucho; ¿por qué no le haces tu socio, tío Amén? Tú estás ya torpe, y no puedes ejecutar; él es joven y fuerte y arrojado: ¡Buen socio! Esto me he dicho; esto me he dicho. ¿Eh?

—Güeno; ¿y qué?

—¿Cómo, y qué?

Federe posó en él una interrogativa mirada que respondía á este pensamiento; «¿Estás borracho?» Después largó un hilo sutil de saliva por entre dos de sus incisivos, y comenzó distraido á hurgar las pajas con una de ellas.

—Bueno, Federe, —prosiguió tío Amén;

Digitized by Google

—conque tú aceptas ser mi socio; ¿eh? Accionista. Es menester entonces que sepas algo de minerales..... Oye, Federe—añadió incorporándose y sacando de la faja un instrumento de hierro.—Si te enseñaran esto, tú no dirías, pongo, por caso, que era una ganzua; ¿eh? Lo dirías ó no lo dirías; según. ¿No es eso?

—Diría que es un estrumento pa la mina.

— Eso. Y si te preguntaran para lo que esto otro servía,—prosiguió el Maestro mostrándole un puñal,—no dirías que sirve para asar tocino, ¿eh?

Federe se estremeció; pero repuesto pronto, dijo:

—No. Diría, ma jo meno, que era un tapaboca.

— Eso, Federe. Dame esos cinco.

El maestro le tomó la mano y la estrujó convulso con una de las suyas. Luego repuso.

—Queda hecho nuestro contrato. Cuando tú quieras, comenzaremos las operaciones. ¿Eh?

— Cuanto más ante, mejó.

Digitized by Google

—Esta noche, ¿eh Federe? ¿Quieres que sea esta noche? Tengo un filón descubierto, del que no hay más que tomar lo que se quiera. ¡Tres mil duros! ¿eh? ¿Qué te parece?

—Bién.

—Pues esta noche los tendremos. Verás, Federe, cuánto oro; verás. Y te toca el diezmo; ¿eh?... Oye: tú no dirás nada á nadie.

—Aunque no fuá si no por lo que me va en ello.....

—Bién. Sigilo. Secreto. ¿Eh, Federe?

—Sí, hombre, sí.

—Ea pues, bebe.

Federe bebió, y luego dijo:

—Güeno. ¿Y aonde va á ser eso?

—¿Eh? donde sea. Si fuera en casa de un amigo, ¿tú lo dejarías?

—Yo no tengo amigos con filones de oro, tío Amén.

—Pero ¿y si los tuvieras?

—Pero si no los tengo, ¡paño! No sea osté perma nunca.

—Bueno, bueno. Entonces yo te espero en mi casa esta noche á las doce; ¿eh, Federe?.... Hay que guardar sigilo. Ya tú sabrás

Digitized by Google

que los trabajos en las minas son muy peligrosos. ¿Eh?

—Que sí. ¿Otra?

—Es que no debe de enterarse nadie de nuestro proyecto. Así que, tío Amén, un borracho perdido; ¿eh, Federe? Tú no le ves nunca.

—Convenío.

—¡Ea! Pues apuremos, y sea este último trago la rúbrica de nuestro contrato de sociedad.

Consumada la seducción de la Necesidad por el Vicio y el Crimen, quedó engendrada la entidad, *Miseria y Compañia.*

Digitized by Google

XIV.

DE REGRESO

A aquella misma hora, la diligencia que hacía el servicio de postas entre Valniego y Villalinda, rodaba por la accidentada carretera al desgobernante trote de sus pencos, no parecido en nada al impetuoso galope con que los representaban á la humanidad creyente, los carteles de la oficina. El mayoral, sentado en el pescante, cantaba y arreaba sin darse punto de reposo, interrumpiendo á lo mejor la más sentida nota de unos *martinetes*, con un tonante «*Rriá*, *Generosa*,» y un restallido de su látigo, que atronaban los oidos del único viajero que iba aquella tarde en el vehículo.

El sol se retiraba ya cansado de su pere-

Digitized by Google

grinación por estos mundos, y aburrido y celoso, divertía su murria lanzando flechas de su aljaba sobre nubes livianas que bullían por la parte del Oeste, las cuales ante tal atrevimiento, unas, ruborizadas, aparecían rojas, otras, sorprendidas, aparecían pálidas, otras, felinamente adustas, se arrebujaban en preciosos velos de color gris perla, de amaranto ó plomizo.

Perezosamente reclinado en el asiento de la izquierda, posados los piés en el de enfrente, y un brazo sobre el hueco de la ventanilla, el viajero mira complacido la campiña seca y agostada, sin más verdura que la triste de los desgreñados olivos y la de los gentiles pinos, que se distinguen lejos todavía. No hay viñas, ni huertas, ni fuentes, ni arroyuelos; pasó el verano como extrangero ejército, y todo lo asolaron sus calores. La tierra traspalada, muestra sus terrones obscuros y grieteados; los ratrojos y las herías que se extiendeu interminables, salvando zanjas y lindes, están pateados y comidos; ya las pitas no alzan al cielo sus esbeltos palos, ni en las tunas colorean los pasados higos; ya no se ven en parte alguna los dones y hermosu-

Digitized by Google

ras de la madre tierra. Todo está triste, todo es feo y cansado como el otoño escéptico y sombrío, fatídico nuncio para el pobre, del invierno helado.

Pero esta triste monotonía que en el suelo nace, se queda en él y no empaña la alegría del cielo, claro, hermoso y azul por el cenit, y poblado, en sus confines con el horizonte, por bullidoras nubes que parecen empeñadas á porfía en darle los colores más delicados y agradables, quebrando de mil modos y en proporciones infinitas, los inclinados rayos del poniente sol.

Perdida la vista en lo que tras de la diligencia va quedando, el viajero siente mejor la primavera sonriente que reina por arriba, que el otoño melancólico que desfallece abajo. Siempre le pasó igual; siempre miró con tedio á la haz del planeta, ó mejor dicho, no la miró nunca ó pocas veces; porque era el caso, que aun fija la vista en ella de continuo, rara vez la veía. Casi era necesario que llegase á tropezar, para que él apreciase cuán diferentes eran estas miserias de acá abajo, de aquellas preciosidades de allá arriba que se sabía de memoria.

Digitized by Google

Es nuestro Sísifo que vuelve ya á la villa, lleno su ánimo de la alegria que refleja el cielo. Sísifo está contento. La descalabradura que le ocasionara la caída del caballo, no fué grave, y al día siguiente pudo volver á Villalinda y cortar los amagos de la ejecución, ya puesta en planta. Después ha hecho más ventas, ha reducido la labor de Luna, ha puesto en orden todos sus asuntos, y ha podido entregar á doña Carmen unos tres mil duros para hacer frente á las necesidades del invierno. Sísifo está contento. Ha vuelto á Urfidelia á gestionar la anulación de la chapucería cometida en la subasta de las yeguas, y viene esperanzado en obtener justicia. Sísifo está contento. La piedra maldita que se propuso subir á la montaña, está ya cerca de la cima, y sobre ella se asentará pronto el edificio de la ventura que se prometió alcanzar. Sísifo está contento.

¡Oh! La pobre Luisa, la niña huérfana de quien intentaron abusar aquellos galeotes, puede estar tranquila: él vela por ella, y el prometido amparo ha de bastar para salvarla..... ¡Qué satisfacción retratará su rostro cuando él le repita verbalmente lo que ya le

Digitized by Google

ha dicho en cartas, en muchas cartas; porque ella le escribía diariamente, y él le había contestado también todos los días..... ¡Y qué ingenuidad, qué puro afecto, qué cariño más tierno retrataban las cartas de la joven!.... Luisa era un ángel. El hombre que la amase..... ¡Ah, memoria cruel, y qué recuerdo!.... ¿Quién era el hombre que amaba á Luísa?.... ¡Anatolio Guillén! ¡Qué desgracia!

Sísifo se incorpora; luego se contrae su faz; luego brillan sus ojos con fulgor extraño; luego crispa los puños, y luego, dando un puñetazo en las maderas de la diligencia, prorrumpe en alta voz:

—¡Suéltala, infame, suéltala!....

¡Pícara, pícara imaginación la suya, y qué pronto lo arrebataba! En un minuto, en un momento, apenas hecha aquella consideración, un ensueño maldito de aquellos que le alucinaban, le hizo ver á Luisa en brazos de Anatolio, oprimida por éste, besada con pasiòn y acariciada, no obstante de los esfuerzos inauditos que la joven hacía por escapar, y de los denuestos con que le apostrofaba por su acción indìgna. Y él, siempre Quijote, había ocurrido á su defensa con

Digitized by Google

aquella puñada y aquel «¡Suélta la, infame, suéltala!», en que, exaltado, prorrumpió.

—No me corregiré nunca;—dijo después marcando sus labios una amarga sonrisa.

Y encendió un cigarro.

Contemplando luego distraído las espiras de humo, siguió en sus pensamientos..... Verdaderamente, la imaginada escena fué un delirio; esas violencias no suceden sino soñando, ó en novelas. El amor de Anatolio importaba poco á Luisa, que se casaría con el hombre á quien amase..... ¿Quién lo era? ¿Amaba ya la joven?.... ¡Simple él y descuidado, que nunca se curó de averiguar tal cosa!.... Entonces recuerda las pláticas habidas entre ambos, y vienen á su memoria este incidente, y el momento aquel, y la palabra de otro día, y tan marcado afecto..... ¡Oh, Diós! La joven ama..... Y le ama á él; á Sísifo!

Y Sísifo se extremece, y ahora pára mientes en aquella extrema solicitud para con él, en aquella frase que quedó truncada, en aquel rubor inmotivado que coloró el rostro de la joven cierto día, en aquellos ojos que le acariciaban al mirar, en aquellas cartas tan afec-

Digitized by Google

tuosas..... ¡Ah, torpe, torpe Sísifo, que no te has percatado de tan puro amor!....

Y Sísifo es tan raro, que lejos de alegrarse se entristece, y el cigarro se escapa de sus dedos, y se revuelve en el asiento, y su mirada se extravía, y..... ¡vedle! Ya está otra vez soñando..... ¿Qué has hecho, desgraciada joven? ¿A qué sentimientos te has abandonado?.... No, no me llames joven, aunque gentil camine, y arrugas no surquen todavía mi rostro, y todavía sea negro mi cabello. Es mentida mi juventud..... Soy como el fruto en que el gusano anida, y por la cáscara parece hermoso, y tiene el corazón podrido; soy un humano mausoleo que sólo guarda las cenizas de un hombre que existió..... ¿A qué me abrazas, si no he revivir al calor de tus besos?.... Si soy un muerto que vive todavía?.... ¡Oh! ¡Déjame, mujer!.... ¡Deja en paz á los muertos!....

—¡Uooo..... jó!—exclamó en este punto la gárrula oz del mayoral—¡Sóo, Pulía!.... ¡Ñetero barcóo!....

Paró la diligencia frente á un ventorrillo, y el zagal, abriendo la portezuela del vehículo, dijo al viajero.

Digitized by Google

—¿Quié usté tomar argo, señorito?

Había la costumbre de pagar la convidada á los conductores, y Sísifo bajó y entró en el ventorrillo, que era una estancia oblonga de empedrado suelo, en la que había á un testero un estante con vasos, tarros y botellas, y un corto mostrador.

—¡Adiós, Misa! — dijo el mayoral.

—¡Hola, Garvey! — replicó el ventero.

—Sírveme ahí de ese vino añejo que tanto creito ha dao á tus boegas..... Y ar señó, lo que pía.

Sirvió el ventero á todos y, secándose las manos en un trapo, preguntó:

—¿Qué se miente por esos pueblos? ¿qué ocurre por ahí?.... ¿Me traes er diario?

—Sí; ahí lo tienes. Veras en ér la que se ha armao por causa tuya..... Er menistro de Fomento está desgustaísimo porque no has querío mandar tus vinos á la ezposición y amenaza con una crisi; esto ha producío gran revuelo po allá, y en los círculos políticos no se habla más que der conflirto de los cosecheros. En fin: bién poeis decí que habeis tirao abajo er gobierno.

—¡Con que crisi!—exclamó el ventero.

Digitized by Google

– ¡Por vía e Diós Baco!.... ¡Miá que haber crisi ahora que estabas tú avocao á ser director de correos!....

—¡Ya tú ves! ¡Si en este país er mérito anda siempre.....! Pero repite, que con argo sa mesté consolarse.

—Y por fin, ¿te queas con las cuadras der duque e Fernán-Núñe? – preguntó el ventero, llenando otra vez los vasos.

—Hombre, no sé; —replicó el mayoral muy seria y formalmente.—Ahí andamos en tratos.....

—Te píe quizá mucho; ¿no verda?

—No es esa la custión. Entre cabayeros como yo y er duque, mir duros más ó menos, es una pequeñé. Sino que no me jasen farta; y sólo porque er duque se empeña.....

—Er duque se empeña; ¿eh?

—Ya ves tú. ¡Cuando estoy más jarto e cabayos....! ¿Estamos listo, señorito?

—Cuando quieras.

—Pos andando. Adiós, chato.

Pagó el viajero, y cada cual volvió á su sitio.

—¡Jarrié, Pulía! – exclamó el mayoral.

Y otra vez se vió á la diligencia en mar-

Digitized by Google

cha, y otra vez se oyeron las coplas de su conductor, que ahora cantaba soledades.

Y acompañadas las melancólicas notas de este sentido canto con el chirriar de los muelles, el ruido de las campanillas y los golpetazos de la caja del coche al caer sus ruedas en los baches del camino, fueron quedando atrás más olivares, y la diligencia llegó al pié de Cerro-Blanco, cuya empinada falda precipitó sobre ella las sombras tristes del crepúsculo, precursor de una noche anticipada. Callaron los canoros pájaros, y se oyó el fatídico *mihu* del mochuelo; un gozquecillo de manada interrumpió el silencio con sus ladridos atiplados, y los balidos quejumbrosos y las dolientes campanillas de un rebaño, vinieron luego á confundirse con el grave cencerrear de unos cabestros y con los desmayados lamentos del cigüeñal de un pozo, en cuyos pilares bebía una vacada. Quedó todo esto atrás, y se restableció el silencio; la noche cerró puertas á toda claridad, y sólo el fulgor de las estrellas alumbró el cielo obscuro, limpio de nubes y muy alto. Luego se oyó confusa la vocería del pueblo ya cercano, y el viajero adelantó hasta él su

Digitized by Google

pensamiento, é imaginó la escena que tendríacon Luísa al recibirle.....

¡Pobre Luisa! Enamorada de un hombre que no podía corresponder á su pasión, poco podían satisfacerle los trabajos aquellos.... ¿Qué le importaba ser más ó menos rica? En tanto no correspondieran á su amor.....

¡Y amarle él!, ¡oh! Era imposible. El amó ya, de la manera dada á su temperamento; él amó ya con toda el alma, que le quedó marchita por el calor de la pasión antes sentida, é inutilmente se empeñaría en que de nuevo reverdeciera en ella amor ninguno. El recuerdo de Anina se conservaba puro en su memoria; su bendita sombra estaba presente de continuo á su imaginación y ni quería ni podía hacer por olvidarla.

Pero bién. Tiempo al tiempo. Luisa era muy joven. Anatolio y él no eran los solos hombres de este mundo, y ella podría hallar otro que la hiciese feliz. Tiempo al tiempo. Por lo presente, ello era que iba á conseguirse cuanto se deseó. La piedra de Sísifo estaba al borde de la cima, y apenas si faltaba nada para encajarla en el más alto pináculo. Ánimo, pues.

Digitized by Google

Y otra vez está Sísifo contento, cuando, en la plaza del lugar, se apea del coche.

Digitized by Google

XV

COSAS QUE NO SUCEDEN

Aquel apocamiento de la enfermiza doña Carmen se había extremado hasta las lindes de la imbecilidad merced á los sofiones; y en cuanto cualquier hecho ocurría que no le era agradable, ya estaba temblorosa y dispépsica y calenturienta y descuajaringada, necesitando de menjurjes para los nervios, para el estómago, para la cabeza.

El peligro de la ejecución, corrido últimamente, la había retenido en el lecho una semana; y cuando después de andar unos días dengosa y vacilante, ya pasaba sin dificultad horas enteras sin quejarse de su pobre cabeza y hasta tenía alientos para preguntar

Digitized by Google

alguna que otra vez á Luisa cómo iban los endemoniados negocios, el día que Juan de Diós retornó de Urfidelia, habia estado por la tarde sentada un rato en el jardín y, fuera el fresquillo que corría, fuera lo que fuera, los nervios se le habían revolucionado, la cabeza le andaba como dada á componer, y allí estaba la pobre, á las nueve de la noche, zambullida en el lecho, y enferma, enferma realmente, de aprensión, de manía ó de cualquier otra terrible enfermedad por el estilo.

Sísifo lo sabe, y más que á la doliente, compadece á Luisa, á la encantadora joven á quien, al retirarse, ya después de las once, deja todavía calentando tisanas, preparando bebistrajos y atenta y solícita á prodigar toda suerte de cuidados á la enferma ¿Se acostará?..... Es probable; á medio vestir y de cualquier modo, se dejará caer en el lecho que tiene en la misma alcoba, cuando la rinda el sueño; entre tanto, rezos y lecturas compartirán su vigilia. ¡Hija bendita!

¡Ah! Pero aquello no tiene importancia; ya tiene paz en su hogar, dinero en el arca y orden en sus asuntos. ¿Qué puede faltar

Digitized by Google

¡e? ¿un corazón amante que la adore?... Tiempo al tiempo.

Cuando sale Sísifo, cierra el Ama las puertas de la calle, la criada interrumpe su dulce tarea de pelar la pava, el mozo de cuadra echa el último pienso y se apagan las luces. El Ama vuelve á subir, da las buenas noches á Luisa, encaja la puerta de la habitación y se retira á la de junto.

Poco déspues, el silencio augusto de la noche reina en todo el barrio, que duerme tranquilo á pierna suelta,y no advierte ni oye el cacareo con que el caporal del gallinero de la casa de Luna ha hecho pública su sorpresa, al percibir el ruido opaco que en el corral produce la caída de un cuerpo que se ha descolgado por la tapia que lo separa de la casa contigua. Pasan unos momentos, el silencio prosigue, y un segundo cuerpo se descuelga por la misma tapia.

—Bueno:—dice quedo una voz aguardentosa;—¿Lo ves? Esto ha sido más breve que salvar la puerta del jardín. Ahora vamos hacia la cuadra, subimos por la escalerilla del pajar, y forzada la puerta de éste, estamos en los corredores altos. A dos pasos del filón,

Digitized by Google

caro Federe; de este primer filón que... ¿Eh? ¿Tiemblas?

—Hombre, nó; pero..... la comezón der que no está acostumbrao á estos lances.....

—¡Valiente mozo! ¿Es que no te atreves?

—¡No me he de atrevé yo! Ande osté palante.

Siguieron caminando sigilosamente hasta el pajar, el cual atravesaron á gatas por llegar la paja casi al techo en una gran porción de él; mas las proximidades de la puerta estaban vacías, y ésta pudo ser descerrajada con facilidad. Salieron á una azoteilla en la que terminaba un corredor que daba acceso al departamento habitado del piso alto. Al salir á ella, Federe miró en derredor como aturdido ó receloso, y no siguió á su acompañante.

—¿Qué haces, Federe?—le preguntó este. —¿Estás ya cansado?

—¿Cansao?..... No.

—¡No! ¡no! Parece que lo dices..... Toma, Federe;—añadió dándole un frasco de aguardiente.

—Yo no quió ahora bebía.

—¿Ni beber quieres?..... ¡Ay, pobre hom-

Digitized by Google

bre! ¡cuánto miedo tienes! ¡cuánto miedo!

—Mieo no; sino un peso, así, una cosa.... en fin, que me ajogo, maestro.

—Eres un cobarde, Federe.

—¿Yo?

—Sí; tú. Te han robado tu hacienda, te han espuesto á tus hijos á morir de hambre, y tienes lástima de quien le sobra lo que á tí te falta!.... Vamos, no seas tonto. Dame la mano y anda conmigo..... Mira; ¿ves? Aquella es la puerta; la habitación de la vieja; siguiendo esta pared, á los ocho pasos. Llegas, abres; la cómoda á la izquierda; buscas en los cajones, y listo. ¿Eh?

—Güeno. Ámos allá.

—No; vas tú; yo me quedo aquí vigilando; quiero que te confirmes, que te pruebes; ¿eh? Conque anda.

Federe se cercioró de que tenía en la faja la ganzúa, y con paso quedo echó á andar hacia la puerta que le había indicado el tío Amén..... Inconscientemente se llevó la mano al pecho para contener el golpeteo de su corazón; al palpar el quicio de la puerta, se detuvo dominado por extraña emoción que le impedía respirar con desahogo; procuró sere-

Digitized by Google

narse, avanzó un, poco y al distinguir claridad por el ojo de la llave, echó inconsciente un paso atrás. Después, ya más sereno, se atrevió á mirar acercando su rostro á la cerradura, y fué imponderable el repullo que le hizo dar la sorpresa que le causara lo que viese dentro, así como estremados el calor y la sangre que afluyeron violentos á su rostro, y el rubor y el malestar que le sobrecogieron.

Como quien huye del sitio en que le han avergonzado, se retiró de la puerta siguiendo por el corredor avante, y al pié de la escalera se paró.

Tio Amén que le había visto escapar, le siguió y le dijo al estar junto de él:

—¿Qué pasa?

—Que no pué se;—contestó Federe pasándose la mano por la frente.

—¿Eh?... ¿Por qué?

—Ta ispierta.

—¿Quién?

—La niña.

—¡Todavía!..... ¿Qué hace?

—Leendo.

—¡Vaya una aplicación! No será el *Año*

Digitized by Google

Cristiano; de seguro.... Bueno, Federe; esperemos, que, como no sean cartas de amor, pronto la rendirá el sueño.

—Vengase osté pa abajo.

—¿Para qué? Aquí estamos bién.

—Quió jablarle, y es mejó en er patio.

—No; Federe; si no te atreves, yo doy el golpe.

—¡Tropa! Un favó..... Venga osté pa abajo.

—Bueno, anda. Veremos si eres tan imbécil, que me vengas ahora con filosofías.

Bajaron por la escalera principal, Federe silencioso, tío Amén gruñendo y queriendo volver arriba á cada punto, y dieron en el patio, donde en dos sillas se sentaron.

—Maestro,—dijo Federe poniéndole al tío Amén una mano sobre el muslo;—á ese filón no se le toca.

—¡Por la tal!—exclamó el maestro revelando en su acento la más rabiosa furia.

—Lo que osté oye;—repuso Federe muy tranquilo.

—¿Y por qué?—preguntó el tío Amén procurando contenerse.

—Porque no; porque ende ahora tengo

Digitized by Google

yo á esa mujé que está allí arriba sobre las niñas é mis ojos, y er que á ella le toque á un pelo, me toca á mi al arma.

—Eres un asno, Federe. Eres un asno. ¿Tú crees que yo me espongo á morir en Ceuta para que un beduino como tú me, salga á última hora con lástimas estúpidas?

—Pues lo que es esta noche.....

—¿Qué, Federe?

—Que se amuela osté.

—¡Voto va á Dios!.... Eres un asno; si tienes miedo, yo voy.

—Ni osté ni er mesmo gallo. Aonde nos vamos en el inte es á la calle.

Los ojos de tío Amén brillaron con fulgor siniestro, y un extremecimiento de rabiosa cólera conmovió su cuerpo, haciéndole temblar como azogado. Hubiera querido saltar sobre su acompañante y extrangularle; pero la arrogante figura de Federe, en quien su vista se posaba, tenía la virtud de reducirle y atraerle y aun de dominarle, y decayó de su exacerbación y se encontró vencido.

—Yo iré;—dijo haciendo un último esfuerzo.—Te prometo no hacer daño á la chica.

Digitized by Google

—Que no. En otra parte, lo que osté quiera; aquí no.

—Pero, ¿por qué, imbecil?

—¡Me jago Dió! Porque no; ea; ¿santerao osté?.... Vamos ya.

Tío Amén no replicó. Federe dijo á poco:

—¿Mos vamos po aquí, po el jardín?

—Más facil es; porque descorrido el cerrojo, estamos ya en la calle.

—Pos andando.

Se resignó el Maestro quizá por no ver medio fácil de oponerse, y ambos atravesaron el patio y entraron en una galería, á cuyo término estaba la puerta del jardín.

—Clariá en la puerta;—dijo Federe quedamente, haciendo alto en la marcha.—¿Un hombre?

—¡Eh! ¿Quién va?—exclamó tio Amén incontinenti.

—¿Quién va?—le replicó una voz alterada por la emoción.

Federe y tío Amén saltaron súbitos sobre quién la había dado, cuya silueta apenas percibían; mas éste presuroso, echó pié atrás y los tres se encontraron al punto en el jardín.

Digitized by Google

—¿Quién va?—repitió el aparecido encarándose con los otros dos.

Tío Amén, en el quicio de la puerta, dejó ver en sus manos un puñal, y Federe, encogido como un gato, se aprestaba á avalanzarse sobre el interrogante, cuando sonó una detonación. Federe y tío Amén saltaron sobre el molesto huesped, y se entabló muy fiera y breve lucha, en medio de la cual sonó otro tiro, á tiempo que dos daban en el suelo. Se oyeron votos y rugidos; uno echó á correr hacia la verja y otro le siguió al punto, en tanto que el tercero se levanta y, ya hecha á andar en su persecución, ya vuelve al lugar de la contienda y presuroso busca algo en el suelo, gritando al mismo tiempo.

—¡Ladrones!.... ¡ladrones!....

—Pronto arriba;—dice uno de los otros.

—¡Ladrones!....—grita nuevamente el zaguero, dejando de buscar y corriendo hacia la verja.

Ya la saltan los fugitivos, cuando llega él á ella; comienza á escalarla, y el dolor agudísimo que siente en una mano al agarrar el hierro, le hace advertir que se halla herido y le obliga á cejar. Oye al final de la calleja el pi-

Digitized by Google

to del sereno; torna á hacer esfuerzos por subir; siente pasos de algunos que se acercan corriendo; escucha otros pitos más distantes y una voz no muy lejos que grita, «ahí arriba, ahí arriba.....» Cuando el mancado está á horcajada ya sobre la verja, un sereno le dice:

—¡Alto! Dese preso.

—Por ahí van;—dice él.—Síguelos, que no se escapen. Son dos.

—Dese preso;—le repite el sereno ya más cerca y apuntándole con un revólver.

—Quita ese arma, bruto;—exclama colérico el demandado. —¿No me has conocido?.... Soy Anatolio Guillén.

—¡Don Natolio!.... ¿Y cómo está usté ahí?

Esta sencilla pregunta dejó á Anatolio confundido y sin saber qué replicar. Recapacitò un poco, y disimuladamente tiró al jardin unos objetos.

—Se van á ir,—dijo luego, apeándose de la verja.

Llegaron dos serenos más y algunos otros hombres, todos los cuales preguntaban afanosos qué fuera lo ocurrido y oían con el más vivo interés al único que decía haber

Digitized by Google

visto desde la ventana de su cuarto, correr dos hombres en dirección al campo.

Minutos después se decidió que dos serenos fueran en su bùsca y otros dos rodeasen la manzana y llamasen á la puerta de la casa de Luna, para registrarla. Anatolio quiso retirarse, y pretestando la necesidad de curarse la mano y aun el brazo, en el que también tenía un rasguño, obtuvo la venia del cabo para verificarlo.

Se registró la casa de Luna, donde ya todos estaban levantados, y se hallaron violentadas varias cerraduras y en el jardín una ganzua, una lima y un revólver. Objetos robados, ninguno.

La busca de los fugitivos fué por completo infructuosa; no se halló de ellos el menor indicio.

Y Anatolio sorprendido al saltar la verja.

Y había sido él quien demandara auxilio.

¿Qué había pasado allí?

Digitized by Google

XVI

¡ABAJO LA PIEDRA!

El Mentidero estuvo á la siguiente mañana asaz animado y bullicioso. El alcalde, Reguerita, Pepe Argüeso, don Melquiades Primo, hasta el mismo Pidón había dado unas vueltas paseando por el enlosado que se extendía en rectángulo á las puertas de las Casas Capitulares, y tomando parte en aquellos comentarios del frustrado robo, en aquel saboreamiento de la punta de escándalo que la malicia vió en el hecho de ser Anatolio sorprendido sobre la verja del jardín de Luna. Se apuntaban pormenores, se cotejaban noticias, se aventuraban hipótesis, se deducían conclusiones: y con tan solazosos materiales,

Digitized by Google

se iba construyendo una historia, muchas historias, que convenían en mucho y discordaban en poco.

La aparición de Anatolio cuando, desde su casa, iba á la administración de consumos, fué juzgada por todos suceso felicísimo, y se le llamó alborotadamente para preguntarle y dilucidar cuanto, por no aparecer claro, era motivo de disputa.

—Vamos á ver; exclamó don Melquiades adelantándose del grupo.—Háganos usted el favor de contarnos lo sucedido anoche.

—Hola, Anatolio; —dijole otro más considerado.—¿Son profundas esas heridas? ¿es la lesión muy grande?

—La de esta mano, no deja de serlo; tiene una sajadura diagonal que ha cortado bastante. La del brazo es poca cosa: una puñalada de refilón.

—Y vamos á ver,—insistió Primo.—¿Cómo es que le han herido á usted en casa de Luna?

—Pues..... por casualidad. Anoche salí de la fábrica ya tarde, con dolor de cabeza; dí antes de acostarme varias vueltas por ahí á

Digitized by Google

ver si me aliviaba, y pasando por la calle Pavía, frente al jardín de Luna oí que dos cuchicheaban. Observé atentamente, y advertí que abrían la puerta que da paso á las habitaciones interiores; entonces salté adentro y, revólver en mano, les dí el alto. Se echaron sobre mí, la oscuridad me hizo marrar el tiro, luchamos los tres, se escapó otro disparo, me alcanzaron con una navaja, se me cayó el revólver y..... nada más; echaron á correr y yo tras de ellos.

—¡De buena has escapado! Vaya, hombre; te felicito;—dijo Argüeso.

— Pero ¡qué simpleza!—exclamó Reguerita.—Si viste ya dentro á los ladrones, ¿por qué no le diste el alto desde fuera?

—Es que fijamente no sabía yo si eran ladrones ó criados. Cuando observé que abrían la puerta, quise salir de dudas, y algunas palabras que, ya dentro, pude percibir.....

—Y ¿á qué hora salió usted anoche de la fábrica? — preguntó don Melquiades, que le había escuchado con la más grande atención.

—Pues.... después de las once, seguramente.

Digitized by Google

—¡Ja..... ja..... ja.....! Querido Anatolio, no le da á usted el naipe por la novela. Esa bonita fábula que usted acaba de contarnos, cae por su base desde el momento en que yo le diga á usted, que antes de las nueve, había ya salido de la fábrica. Luego eso del dolor de cabeza y el paseo nocturno.....

—Está usted equivocado;—replicó Anatolio con sequedad.

—No, es que yo no pretendo..... Hace usted muy bién en disfrazar..... ¡Ya lo creo! ¿Dónde va un hombre que no sea reservado?

—Pues, ¿qué reservo yo, don Melquiades?

—Nada, nada; lo que está bién que siempre se reserve. Pero si aquí, á lo menos por mi parte, no se le preguntaba por la índole de ciertas relaciones, ni por el motivo de algunos eclipses nocturnos; se le preguntaba..... en fin, cómo los ladrones dieron tan pronto con usted, y no con el dinero.

—Por lo que he dicho; porque los sorprendí á la entrada.

—¿Cuándo usted salía?

—¡Don Melquiades!

—¡Ja..... ja..... ja....! Todo se sabe. De te-

Digitized by Google

jas abajo, nada hay oculto mucho tiempo.

—Vaya señores, con Diós; porque de semejante barbaridad, lo mejor es reirse.

—Adiós hombre; – le replicó Argüeso. — Y por sí ó por no, que sea enhorabuena.

Las infames insinuaciones de don Melquiades no sorprendieron á Anatolio, el cual había supuesto que no faltarían; y aún cuando en los primeros instantes que en ellas paró mientes, no dejó de causarle crueles escozores ver manchada la reputación de la mujer á quien amaba ciegamente, luego consideró que esto convenía á sus intentos. Después de todo, ¿qué había pretendido? ¿no fué verse ayuntado con la hermosa joven por el escándalo y la murmuración, ya que no pudo hallar lazo más digno? Pues no otra cosa acaecía, con circunstancias ventajosas para él, que lejos de aparecer á los ojos de todos como causante del deshonor de una doncella, aparecería á los ojos de Luísa como guardador de su hacienda y de su honra. De su honra, sí; la historia que él contaba había de ser la verdadera, y por vil calumniador rompería el alma á quien aquellas malicias divulgase..... después de que existieran: que aho-

Digitized by Google

garlas al nacer, sisaría al suceso resonancia.

Y si habían ya nacido, podía decirlo el *Mentidero.*

—Eso no puede ser,—afirmaba aún Reguerita.—Esa niña es honrada; lo ha sido siempre y.....

—Todas son honradas hasta que tienen un desliz. ¡Miste qué!—argüia Primo.

—Si ella no lo ha querido nunca.

—¿Y usted fía en que una mujer..... ¡bah!

—Bueno; puede que haya variado de parecer, y que le quiera y que sean novíos. ¿No tienen ventanas?

—Déjese usted de tonterías. ¡Hay cosas que no se pueden hacer por las ventanas.

—Este hombre es atroz. Se ha empeñado en eso.....

—Yo en lo que me he empeñado, es en que la lógica me sirva de algo: que para eso la estudié.

—Vamos á ver, vamos á ver la lógica de Primo..... Cállate, deja que se explique.

Aquel hombrecillo discurría no torpemente, y por medio de sorites más ó menos difusas, pretendía convertir una serie de hechos en pruebas del aserto que se proponía

Digitized by Google

demostrar. El relato contado por Anatolio era inverosímil. ¿Por qué lo contaba? Por ocultar algo que no podía decirse. Contaba haber salido de la fábrica ya después de las once, para justificar lo del dolor de cabeza, como provocado por un trabajo excesivo, y..... allí estaba el alcalde que podía atestiguarlo: á las nueve habían ido ambos á buscarle, y ya no estaba allí. ¿Era esto cierto, don Robusto? Luego, ¿por qué mentía? Seguramente, porque no podía decir la verdad. Cuando duele la cabeza y se busca aire fresco; se pasea por las plazas, por la calles más anchas. ¿Cómo buscaba él la callejuela de Pavía, estrecha, distante y escusada? ¿le daba, por ventura el corazón, que iban á robar aquella noche la casa de Luisa? Todo enamorado no admitido, pasea, si no desiste, la calle á que dan las rejas de su amada. ¿Por qué paseaba él la parte zaguera de la casa?.... Pues no sería á tontas ni á locas: que al joven Guillén se le podrían poner todas las tachas de este mundo; pero la de pánfilo.....

El juez Vitela interrumpió con su llegada la sabrosa plática de Primo, porque todos, apenas le vieron, empezaron á refocilarse

Digitized by Google

con las noticias que esperaban les daría.

—No hay ninguna que ustedes no sepan; —dijo el interpelado funcionario;—el sumario instruido arroja hasta ahora poca luz.

—De modo, que de la casualidad esa de pasar Anatolio por calle tan extraviada, precisamente en el momento.....

—De esa casualidad se ha puesto en claro, que casi no es casualidad; porque, el sereno de la calle ha declarado que, de ocho á diez días acá, Anatolio entraba en esa calle todas ó casi todas las noches.

—¿Ven ustedes?—exclamó alborozado don Melquiades; - de ocho á diez días acá, todas las noches. Y ahora le digo yo á usted, Reguerita: puede que sean novios; parece que lo son, cuando todas las noches va él á buscarla: ¿no tienen ventana?...,Pues es que la ventana no les gusta, y buscan la ....poesía del jardín.

—Pues señor,—repuso Reguerita, abrumado por la argumentación del otro;— si la ha conseguido, buen provecho; ¿no es verdad, alcalde? ¿Que dice usted á eso?

—¿Yo?.... Que hay que casar á esos dos muchachos. Es una lástima.....

Digitized by Google

—Casarlos ¿verdad?—dijo don Filiqui.—Es preciso antes, saber si Anatolio consiente; porque....no todos tienen estómago para darle su nombre a su manceba.

—Sí; hombre;—repuso el alcalde.—Una muchacha virtuosa.....

—¡Oh! sobre todo virtuosa.

—Vaya, caballeros, salud;—exclamó Reguerita.—Me voy antes de que este hombre acabe de tirarla á los perros. ¡Valiente lengüecita.

—Yo también me marcho;—añadió Argüeso.—Aguarde usted, compadre.

Se fueron juntos, y don Melquiades, el alcalde y el juez abreviaron el paseo, para entrar en el ayuntamiento, cuando apareció en la esquina de la calle Juan de Diós.

—¿Qué impresiones tendrá éste del asunto?—dijo don Melquiades.

—No se;—le replicó el alcalde apresurando el paso.

—Ganas tenía de preguntarle.

—Hombre, no; déjelo usted pasar; que ese es un hombre.....

Entraron los tres en el despacho de la alcaldía y, apenas habían tomado asiento, les

Digitized by Google

sorprendió la voz de Juan de Diós, que al entrar, dijo:

—Buenas tardes.

—¡Hola, pollo!--exclamó don Melquiades levantándose y tendiéndole la mano, con la mayor cordialidad.—¿Cómo está usted, querido amigo? ¿Qué tal le ha ido en ese viaje?

—Bién; muchas gracias. Y usted, ¿como sigue?

—Aquí estamos siempre dispuestos á servirle en cuanto se pueda.

—Gracias,—replicó Juan de Diós en seco tono.—Señor Alcalde, ¿está el secretario?

—No, señor; no está todavía.

—Pero si quiere usted algo con él,—añadió Primo muy solícito,—se manda buscarle ahora mismo.

—Necesitaba un certificado que quisiera mandar esta misma tarde por el correo.

—Pues nada, don Robusto; si usted permite.....

—Sí, hombre.

Don Melquiades agitó la campanilla que estaba encima de la mesa, y el alcalde dijo á Toribio el alguacil, que apareció al punto en

Digitized by Google

la puerta, cual si hubiese estado detrás de la cortina.

—Busca al secretario y dile que venga de seguida.

—Si es igual, mandaré á Maolito; porque tengo esto solo.

—Bueno, que vaya.

Juan de Diós se sentó frente al alcalde y cerca de don Melquiades, el cual le dijo:

—Y ese certificado será para.....

—Sí; precisamente;—contestó interrumpiéndole Juan de Diós, á quien la amabilidad de su interlocutor iba ya fastidiando.

—De modo que sigue usted empeñado en amolar á Argüeso y á ese pobre Mínguez!..... ¡Qué lástima, hombre, qué lastima que un hombre de tan claro talento como usted, se meta en esas empresas! Porque, después de todo, ¿á usted qué le importa?.... A menos que lo haga usted por la minuta de abogado, cosa que yo creo.....

– Señor don Melquiades, creo que usted reconocerá que soy dueño de mis acciones.

—¿Ve usted lo que se dice?—exclamó Primo, dirigiéndose al juez y al alcalde, que permanecían silenciosos.—Este hombre nos

Digitized by Google

tiene por enemigos jurados, y no agradecería la salvación que le diéramos..... ¡Por Diós, amigo! No sea usted así; no sea usted niño. Si un amigo que le quiere á usted bién, le hace una advertencia desinteresada.... Porque, fíjese usted: ¿qué voy yo á echarme en el bolsillo, con que haga usted esto ó deje de hacer lo otro?.... Pero, francamente; usted se ha metido á redentor, y es una lástima; porque. ... ¡pchs! si ella lo mereciera.....

—¡Señor mío!—exclamó exaltado Juan de Diós.—¿Que está usted diciendo?

—Calma, querido amigo, calma, que sé muy bién lo que me digo.

—Qué quiere usted decir?

—Hombre, yo..... francamente: que en mala parte ha puesto usted la era. Esa muchacha.....

—¡Oh! Tenga la lengua á raya, ó le enseñaré á guardar el respeto que se debe á una mujer honrada.

—Cuidado, cuidado, amigo mío; me está usted faltando, y yo no soy ningún calumniador. Si esa joven ha perdido su fama....

—¡Señor don Melquiades!

El alcalde comenzaba á revolverse en el

Digitized by Google

asiento, sintiendo grandes pujos de cortar la conversación; pero no daba con la fórmula. El juez había clavado el codo en la tapa de la mesa, y con la mano en la mejilla, observaba la escena, divirtiéndose evidentemente con ella y curioso de saber su espontáneo desenlace.

—Si usted ignora lo que pasa - prosiguió don Melquiades,—no es mía la culpa, y aun debiera agradecer que yo le diese estas preciosas noticias. Luisa, sí señor; niña muy buena, bién educadita, y todo lo que usted quiera; pero, amigo mío; murió su padre, y lo que le sucede á muchas: ya sabe usted á quien han sorprendido anoche dentro de su casa.

– ¡Qué villanía!—exclamó Juan de Diós arrebatado por la indignación.—La calumnia usted miserablemente.

Primo se puso blanco, y agitó su cuerpo un temblor cobarde. El alcalde miraba á Juan de Diós con ojos espantados, reconvenía con la mirada á don Melquiades, y al fin pudo ordenar que se cortase la conversación.

Pero no consentía la ira del hablador hombrecillo quedar tan malparada, y revolviéndose furiosa en aquel cuerpo, le hizo ar-

Digitized by Google

güir en estos términos, con temblorosa voz.

—No espere usted que yo corresponda á la ofensa que acaba de inferirme, con otra semejante; pero incumbe á mi dignidad el demostrarle cuán extemporáneos son sus arrebatos y cuán patente la buena fé con que le advierto lo que..... si usted no fuera tan..... en fin: que no se fija en nada de lo que pasa á su alrededor, ya lo sabría.

—Bién; hagase usted cuenta de que no sé nada, de que no quiero saber nada.

—Perfectamente; pero por eso no va usted á impedirme que yo diga lo que ya sabe todo el pueblo, y lo que ya consta en papel de oficio, respecto á esa muchacha.

—¡Ira de Diós!.... Sí que se lo impediré; —repuso el otro sulfurado, avanzando hacia él y cogiéndele nervioso una solapa.—Diga usted que ha propalado una calumnia, que ha sido un miserable, que miente. ¡Dígalo usted! ¡Dígalo usted!

Don Melquiades temblaba presa de una cólera y un pavor inefables; el alcalde, azorado, se levantó presuroso y trató de apartar á Juan de Diós, reclamando respeto para su autoridad; y el juez, también ya de pié,

Digitized by Google

echó á éste en cara su violencia. En esto, las voces habían atraido al solícito alguacil, y llegándose á Juan de Diós, que estaba de espaldas á la puerta, lo cogió diestramente por la cintura y zamarreándolo con ímpetu, lo tiró á tres varas de distancia, exclamando:

—¡Juera de aquí!

—¡Canalla!—exclamó Juan de Diós al reparar en él, que amagaba con acometerle nuevamente.

Y pronto como el rayo, tomó la vara del alcalde que vió en el rincón cuyas paredes le evitaron caer, y descargó con ella al alguacil un palo en la cabeza, y luego otro y otro en donde le cogía, sin amedrentarle los gritos de las otras personas ni los rugidos de aquel, que acoquinado á los piés casi de la mesa, inútilmente procuraba valerse de sus tretas de tunante para acometerle. La baraunda llegó á ser extremada. El alcalde quiso apresarle el brazo á Juan de Diós, para arrancarle la vara, y llevó un palo en la mano, que le hizo encogerse y retroceder; el juez, temeroso de que le alcanzase algún otro, había enarbolado su muleta, dispuesto á descargarla; y D, Melquiades, huido al fondo de la habitación, gritaba:

Digitized by Google

—¡Socorro! ¡Socorro! Esa guardia. Aquí...· Esos guardias. ¡Socorro!

Aparecieron dos guardias municipales y entre ambos, cogieron al apaleador y le desarmaron.

—¡A la cárcel! – gritaron casi á un tiempo Primo y el alcalde.

— ¡Qué á la carse!—exclamó llorando de rabia el alguacil, tratando de apartar á los municipales.—Dejármelo, que me lo como.

—Largo con él;—dijo Vitela.

—A un calabozo;—añadiò Primo.

—¡Me jago tiesto!—tornó á exclamar el alguacil.—¿Vas tú á sugetarme? Home, no; que á ese le arranco yo ahora mesmo er corazón.

Uno de los dos guardias se llevó á Juan de Diós, que, confuso, demudado, descaecido no osó resistir ni desplegar sus labios, y el otro sugetó á Toribio que, más encorajado á cada instante, seguía echando bravatas y lanzando tacos. Al fin las instancias de todos le hicieron cesar en su porfía, y jurando y perjurando, le acompañaron á la más próxima botica, donde un médico le curó una oreja que tenia lesionada y le aplicó árnica á la ca-

Digitized by Google

beza y las costillas, las cuales había sacado con cardenales y chichones.

Media hora más tarde, era de ver la desesperación de Sísifo al contemplar cómo desde los lindes de la cúspide, su piedra se despañaba á lo profundo, y cómo un momento de impremeditación había echado por tierra su obra de tres meses..... ¿Qué había sucedido?.... Una calumnia propalada por una boca infame; súbito arranque de colérica indignación; uno de sus eternos arrebatos. Después..... ¡oh! él había oído hablar de sangre. ¡Sangre! ¿Qué había hecho?.... ¡Adiós, esperanza en el triunfo! El no podría ya seguir en la empresa comenzada. ¡Adiós, contento de Luisa!.... No sólo tu hacienda está en peligro, sino tu honra puesta en lenguas..... ¡Oh! No esperes beneficio alguno de Sísifo. Sísifo es un ser condenado. Sísifo no puede con su piedra.

Digitized by Google

Digitized by Google

XVII

EL FAUNO Y LA DRÍADA

Un robo frustrado, una aventura amorosa, un escándalo en el ayuntamiento, un señorito en la cárcel..... nunca el chismorreo del lugar tuvo tantos y tan sabrosos sucesos para su ordinaria comidilla, ni nunca, como entonces, demostraron ser incansables sus parleras lenguas, que batían codiciosas sobre aquellos temas, lo mismo en la casa que en la calle, lo mismo en el casino que en la iglesia. Las personas virtuosas y compasivas estaban verdaderamente apesadumbradas, y no pocas de ellas sentían no tener la suficiente confianza con *aquella pobre niña,* tan buena y tan simpática, para aconsejarle como corres-

Digitized by Google

pondía, haciéndole entender la necesidad y la urgencia de lavar, como Diós manda, aquel pecado. Una, no obstante, se decidió. El P. García, hallándola el domingo en San Antonio, le preguntó qué había de cierto en aquello que se contaba, y le suplicó, por su bién, por la salvación de su alma, que le dijese toda la verdad, sin ocultarle nada aun cuando tuviese que vencer el natural rubor, aún cuando le diese la mayor vergüenza.... ¡Rubor! ¡Vergüenza!.... ¡Costarle á ella vergüenza ni rubor contar lo que sabía del frustrado robo de su casa!.... Y ni la digna altivez ni la inocencia inmaculada que reflejaron su acento y su actitud, dieron energía al pobre clérigo para resistir la súplica, el mandato que ella le dirigió animosa, de referirle lo que se decía. Hubo que verla al escuchar la balbuciente voz del Padre.

En la penumbra y soledad de aquel rincón de la iglesia, vestida de negro como estaba, el cuerpo convulsamente erguido, el rostro sombreado por el velo del manto, los ojos fosforescentes, los labios contraídos, parecía el fantasma de la indignación presto á crugir su látigo. En poco estuvo que la violenta sa-

Digitized by Google

cudida que hizo afluir la sangre á su cabeza y golpear sus sienes y latir su corazón aceleradamente, no manifestase la impetuosidad de su naturaleza; pero contenida por un resto de imperio sobre sí, la debilidad del sexo y el dolor del golpe la hicieron pronto desfallecer. No se desplegaron sus labios, no formuló la mas leve protesta, no bajó al suelo sus radiantes ojos, ni aún se despidió del oficioso cura; volvió a su casa con vacilante paso y se dejó caer desmadejada sobre un sofá que había en su habitación.

Recostada, tirada en aquel mueble, la ebullición de su cerebro no le permitía relacionar siquiera dos ideas de las tristes y cruentas que atropelladamente le asaltaban.... ¡Virgen de los Remedios! Su buen nombre ensuciado, manchada su reputación, traída y llevada su honra por lenguas calumniadoras..... No podía soportar esta idea homicida. Si lo supiera Juan de Diós..... ¡Jesús! ¿No lo sabría ya?.... Sí, sí. No podía ser otro el motivo de su inopinada contienda en el ayuntamiento; seguro; la ultrajaron, y el castigó al cobarde calumniador. ¡Oh, noble y generoso! Pero..... ¿quizá lo hizo tan sólo por cum-

Digitized by Google

plir un deber de caballero? ¿habría engendrado dudas en su ánimo la propalada impostura? No; él no podía creer en tal absurdo; él la amaba; sí; la amaba; sus ojos, más elocuentes que sus labios, se lo habían ya dicho, y se lo habían dicho también sus cartas, aquellas cartas llenas de abnegación y de ternura que le escribió desde Urfidelia, una y cién veces por ella releidas. Y si la amaba, ¡cuánto le habría hecho sufrir la infamia!.... ¡Sufriendo ya por ella!.... De esto y de todo lo demás tenía la culpa, aquel hombre, aquel Guillen aborrecido, pretendiente eterno de su amor. ¿Por qué no había dejado que robasen? ¿qué le importaba él? ¿por qué rondaba su casa durante las altas horas de la noche?.... ¡Ah, Diós mío! ¡qué sospecha! ¡qué horrible sospecha!.... Mas no; no era posible que hubiése hombres tan malos..... No obstante, ella necesitaba saber. ella quería saber qué buscaba Anatolio con rondar su casa; qué había proyectado; qué intentaba.

Y bulle y rebulle la idea en su imaginación, y hasta tal punto la obsesiona, que escribe un lacónico billete el desdeñado amante, rogándole que vaya á verla.

Digitized by Google

Las horas que tardó Anatolio en presentarse, fueron de febril impaciencia; mas al cabo, allí estaba; ya subía la escalera, ya le tenía delante.

¡Tanto apóstrofe y tanta razonada inculpación como iba á dirigirle en cuanto apareciera, y su lengua no acertó á formular una palabra ni articular un grito!

—¿Qué me quieres?—le preguntó él.

Luisa, callada aún, le indicó un asiento.

—Mil gracias. Ya te escucho.

Pasaron todavía unos momentos de silencio, y al fin dijo Luisa:

—Dime, Anatolio: ¿Con qué objeto entraste en mi casa el jueves en la noche?

—¿No lo sabes?

—No; y deseo que seas tú quien me lo cuente, segura de que no manchará tus labios la mentira.

—Puedes estar segura. Entré impulsado por los celos, que oscurecieron mi razón y me fascinaron al oir que hablaban quedo en tu jardín.

—¡Y sospechate..... ¡Y pudiste creer.....

—Te digo que me fascinaron los celos; que entré... sin darme cuenta.

Digitized by Google

—¡Diós mío!.... ¡Y dice que me ama quien tan liviana me cree!

—Considera que..... cuando hay fundamento para la obcecación.....

—¡Fundamento!—exclamó Luisa irguiéndose convulsa.

—¿Negarás que amas á Juan de Diós?

—Y aunque le ame; tú.....

—Yo no puedo acostumbrarme á esa idea, yo no puedo vivir pensando en ello, yo me vuelvo loco al imaginarlo, y..... ¿quieres, que te lo diga? No lo consentiré.

—¡No lo consentirás!... Estás loco, Anatolio.

—¿Ahora lo adviertes?

—Pero, ¿qué derecho, quién ha podido autorizarte, para violentarme así?

—¿No has reconocido que estoy loco?

—¿Y por qué me has elegido para víctima?

—No he sido yo; yo te había elegido para mi dueño; pero tú no has querido, tú me has rechazado, me has privado de la razón, me has convertido en una fiera, y la fiera se venga.

—Se venga deshonrándome, ¿verdad?.

Digitized by Google

—No; á tanta crueldad no llega. Quien intentase mancillar tu honra con sólo una palaabra..... ¡muere!, No te digo más.

—Pero si eres tú quien la mancilla.

—¿Yo?

—Tú, rondando mi casa por las noches; tú, saltando las bardas de mi huerto; tú, dando ocasión y motivo á que se propalen contra mí calumnias afrentosas.

—El sol, con ser el sol, proyecta sombras: no me exijas que yo sea más que el sol. Tú me atraes, tú absorves mi alma, tú eres la dicha con que sueño; si á tí me acerco, si te busco, si por llegar á tí lo arrostro todo, ¿qué me culpas?

—Yo no te atraigo: te despido.

—Me atraes apesar tuyo.

—De modo, ¿que te he de sufrir? ¿que me has de seguir causando mal? ¿que has de intentar de nuevo el allanar mi casa, que es lo que me figuro que hiciste la otra noche?..., Responde.

—Sí.

—¡Miserable!

—Por tu bién, no me insultes, que el amor tiene afinidades con el odio.

Digitized by Google

—Pues ódiame. Prefiero el odio á tu insensato amor.

—Es que quien odia, mata.

—Y quien ama como tú, también. Me estás matando, Anatolio; me estás matando. Yo no puedo ya resistir los duros golpes con que me martirizas; tú me persigues con pretensiones que me dan horror; tú has pretendido mancillarme; tú me amenazas con la deshonra y con la muerte. ¿Hay crueldad más inaudita? ¿Qué te hice yo, débil mujer, muchacha infortunada, que no tiene quien la defienda ni la ampare?.... ¡Virgen de los Remedios, que desgraciada soy!....

Agotada la energía nerviosa que la tenía desde por la mañana en una tensión galvánica, estas consideraciones trajeron á sus ojos amargo llanto, y se halló abrumada y descaecida. Al contemplarla Anatolio de tal suerte, viendo correr por sus mejillas gruesas lágrimas y levantar y deprimir su pecho borbotones de una intensa pena, sintió conmovida su alma, sintió fiebre, sintió un temblor nervioso, sintió su sangre caldeada por la vergüenza ó los remordimientos, inundar su pecho raudales de ternura, añudarsele la gar-

Digitized by Google

ganta, faltarle la respiración, é impulsarle una ignota fuerza á caer de hinojos á los pies de ella.

—¡Ah, Luisa! Luisa mía..... mi amor..... ¿Qué quieres de mí? ¿quieres mi vida? Dímelo y acabarán en seguida mis tormentos..... Dímelo. Pero morir sin el recuerdo de haberte dado un beso.....

—¡Anatolio!

—Morir pensando que otro..... ¡Ay! Luisa, no; no puedo. Si tú..... mírame; seca tus lágrimas, mi amor, mi eterno amor..... Si tú.....

—¡Aa.....y! — exclamó Luisa lanzando agudo grito, levantándose presurosa y huyendo al fondo de la habitación.

Guillén quedó atónito, y dirigiendo la vista hacia la puerta en la que ella tenía clavados los ojos, dijo con acento cavernoso:

—¡Ese!.... ¿Verdad?

Luisa no le replicó, y de pié, rígida, azorada; con los ojos muy abiertos fijos en la puerta, parecía esperar ijadeante la aparición de alguno.

Nadie aparecía sin embargo, y Anatolio, ya de pié, barbotó estas palabras,

Digitized by Google

—Ese, que te espera. Ese, que viene á regalarse con tu amor; con tu amor, que es mío, mío!.... ¡No será! ¡No será!

Tomó el sombrero, y salió ciego, ardiendo en ira loca.

Al pisar el pasillo, vió á cuatro ó cinco pasos de distancia, á Juan de Diós saliendo al encuentro de doña Carmen que, desde el extremo opuesto, venía hacia él, empaquetada en su chal, en su cofia, en su mantón, y le felicitaba, demostrándole la más franca alegría, por verle ya fuera de la cárcel.

Consta en los fastos de esta historia, que entonces Anatolio veía rojo y era su actitud de aquellas por las que puede presumir el menos lince, que hay momentos en que, obcecado por los celos, se eclipsa la razón y se mata. Mas ver á su rival vuelto de espaldas, la presencia de aquella respetable señora, quizá también lo inadecuado del lugar para todo extremo violento, se impusieron súbito á su turbado ánimo, y saludando con leve movimiento de cabeza á doña Carmen, partió ligero y como atolondrado hacia la escalera, cuyos peldaños bajó de cuatro en cuatro.

Digitized by Google

XVIII

ACUERDOS DEL GRANDE HOMBRE

¡Qué otoño más seco! A fines de noviembre había llegado la estación, y aunque cién astrónomos de pellico ó yunta daban á diario la nueva feliz de haber visto á la luna presa en intenso cerco, y al sol ponerse por debajo de barras, y al crepúsculo morir con candilazo, no llovía. El campo, mohino por andar en pleno San Andrés con la estival ropilla, hecha ya andrajos por hoces y agostaderos, ni daba que pacer al ganado, ni permitía á las rejas que la haz le ronzasen, ni prestaba calor á la simiente soterrada. ¡Niño caprichoso! Porque sus nodrizas, las señoras nubes, no le habían vestido el traje nuevo,

Digitized by Google

se cerraba á la banda con quienes viven de él y les tenía pasando las moradas. El labrador no puede comenzar la siembra, no puede arar siquiera; la boyada se le asolea durante el día sin hallar bocado que morder, y por la noche le come un dineral de paja y yeros, que no basta á impedir que parezca agostiza y se halle flacuchona. Lo mismo andan el hato y la yeguada: macilentos, desmedrados, luciendo sus huesos, paseando hambre.

Esta extrema sequía ha picado y enjuto la aceituna, y la poca y mala que á prisa se cae de los olivos, sus dueños quieren recogerla pagando tan míseros jornales, que no hay quien los admita. El pueblo está famélico; viejos y chiquillos á toda hora, y hombres y mujeres en cuanto obscurece, se dan á mendigar. Cuando el hambre aprieta, se verifica la cogida en un par de semanas, y aquel rocioncillo ni luce ni parece, ni siquiera á todos ha tocado. El frío que en toda su intensidad dejan sentir las astrosas y desgarradas jergas, no basta á evitar que los ánimos se vayan calentando; hay dados á la briba que explotan las tristes cincunstan-

Digitized by Google

cias; suele hablarse de este hurto de gallinas y de aquel desbalijamiento al casero de tal ó cual cortijo; la necesidad luce por todas partes su torvo ceño, y los mismos pudientes llegan a preocuparse y á pensar en el medio de ocurrir á los desastrosos efectos que pudiera acarrear penuria tan extrema. Se gestiona que el ayuntamiento dé socorros; se trata de repartirse á los trabajadores; mas en esto dan á Pidón una nueva deplorable, y los concejales y sus amigos íntimos y los mayores contribuyentes, son citados para celebrar una reunión magna en el ayuntamiento, la cual, él mismo, el mismo don Juan Manuel María Pidón y de Velasco, iba á tener la dignación de presidir.

Concurrieron casi todos los citados, y Pidón les dijo:

—Señores: No tengo para qué pintaros la triste situación por que atraviesan cuantos en este pueblo tenemos hacienda más ó menos grande. El pobre labrador que, apenas si con sudores y trabajos puede conservar los bienes que sus padres le dejaron, sufre este año los efectos de una pertinaz sequía que le amaga con una ruina completa. El ga-

Digitized by Google

nado se le muere; la siembra no la ha podido comenzar; los granos no han tomado precio; de aceitunas, no ha tenido cosecha. Y como si todo esto fuera poco, ese enemigo natural de las clases conservadoras, ese trabajador ambicioso, holgazán y exigente, ha venido á extremar tan deplorable situación, exigiendo jornales que no se le pueden pagar; pidiendo ó poco menos, que se le de la sopa boba, y, lo que más espanta, lo que es abominable y criminal: robándonos á diestro y siniestro, como si hubiese empezado ya á poner en práctica la nivelacion de fortuna con que sueña. Todos sabeis que, de un mes á esta parte, se vienen cometiendo robos; que á este le han hurtado gallinas; á aquel un par de ovejas; al otro unos costales de trigo, y al de más allá todos los avíos del apero. Pues bién, señores: con ser esto tan grave, no tiene importancia si se le compara con un hecho insólito, increible; con un atentado feroz, el cual no puede por menos de hacernos prever á los hombres pensadores, que si no se pone inmediato remedio al mal que lamentamos, es inminente un cataclismo social. ¿A qué hecho me refiero? ¿Qué aten-

Digitized by Google

tado es ese?... Vais á saberlo, y seguramente á pasmaros su relato.

Pidón paseó por la sala una mirada solemne, como si tratase de infundir en los ánimos de los presentes la más grande estupefaccción ó les requiriese á escandalizarse, y dijo con voz clamante y elevando los brazos al cielo:

—¡Han robado y han incendiado mi hacienda de Monte-Vigía!

El pasmo no fué, ni mucho menos, tan grande como Pidón se creía con derecho á esperar. Hasta hubo quien le escuchó impávido, y quién reveló en su rostro que pensaba algo á esto parecido:

—Mas vale que te haya tocado á tí.

Pero Vitela puso el grito en el cielo, don Gaspar Guillén juzgó realmente el suceso transcendentalísimo, y hubo quien preguntase conmovido:

—¿Y ha habido desgracias?

—¿Si ha habido desgracias? ¡Qué ocurrencial ¡Pues la parece á usted poca desgracia esta!—exclamó Juan Manuel.

—No, bién; yo preguntaba si alguna persona había sido víctima.....

Digitized by Google

—No ha habido otra víctima que yo.

—Vamos; no ha habido desgracias personales..... Más vale así.

Juan Manuel le miró muy extrañado de tal exclamación.

—¿Y han sido muchas las pérdidas?—preguntó don Gaspar.

En su deseo de dar al suceso la mayor importancia, Pidón estuvo tentado de mentir; pero considerando que sería inútil, contestó con el mayor disgusto y exagerando de lo lindo:

—Algún villano desleal que ha estado comiendo el pan de mi casa, mató á los perros que guardaban la posesión, y los ladrones é incendiarios, aprovechando el sueño de mis criados, han asolado Monte-Vigía llevandose aceite, pan, trigo, maiz, todo cuanto pudieron. Y no satisfechos con la rapiña, le metieron fuego á los pajares. Pero no esto lo esencial, lo horrible del hecho; lo horrible y lo esencial es que han incendiado una posesión mía, señores, una posesión mía nada menos. ¿Quién, en vista de este hecho inaudito, se puede considerar seguro?.... Me sorprende que no se escandalicen ustedes.

Digitized by Google

—Sí señor;—dijo don Gaspar;—yo estoy tan escandalizado como usted; porque..... lo que usted dice: Si se atreven conmigo, ¿quién se puede considerar seguro?.... Mañana le meten mano á mi cortijo.....

—Y pasado al del señor, y el otro al del señor; - añadió Vitela. - Señores, hay que reconocerlo; esa gente que en la vida de Diós, ha pensado más que en su peonada y su mendrugo, piensa hoy en cuantas cosas le imbuyen los periódicos disparatados que caen en sus manos, y naturalmente, anda con la mollera llena de absurdos y barbaridades, y cada día más descontenta y más exigente.

—Así es; - prosiguió Pidón.—Cada día más descontenta. Y, señores: Denme ustedes un trabajador descontento, y yo les diré á ustedes: ese hombre es capaz de todo.

—Sí; señor, sí; no lo dudo;—repuso don Gaspar.

—¿Qué no lo duda?—le preguntó Pidón encarándose violentamente con él. —¡Ya lo creo! Hace usted muy bién en no dudarlo; porque la demostración está á la vista.

—Bueno;— dijo hablando por primera vez don Melquiades, á quien sin duda no ha-

Digitized by Google

bía conmovido el atentado de Monte-Vigía. —Y ¿se han hecho indagaciones? ¿se han tomado medidas para averiguar....?

—¿Si se han tomado medidas?.... ¡Buena está la pregunta! Sí señor; la guardia civil está registrando los contornos.....

—Entonces, perfectamente. No hay más que esperar.

—¡Cómo? ¿Que no hay más que esperar? ¿Está usted loco?.... De modo que hallándonos, como nos hallamos, en un periodo álgido de bandolerismo, le parece á usted que no hay más que esperar?

—Lo decía porque..... mientras no se sepa.....

—Yá sabemos bastante. Ya sabemos que una docena ó dos docenas de ganapanes se han organizado en cuadrillas, y que se han dado á satisfacer su odio á las clases conservadoras, robando é incendiando. A usted no le parece esto suficientemente grave, cuando, en su juicio, todo está resuelto con esperar; ¿no es así? Pues yo le pregunto: ¿puede usted garantizarme que mañana, dando un paso más por la senda del crimen, esa gente no asesinará?..... Señores, no tengo más que

Digitized by Google

recordaros un hecho reciente para que os convenzais de los peligros que nos amenazan. Acordaos de *la Mano Negra*.

Cada cual juzgando del asunto conforme á sus luces y criterio, en una cosa convinieron: en que no tenían fuerzas para discutir con Pidón, que, altivo é imponente, salía al encuentro de toda observación, y la destruía, la extrangulaba cogiéndola entre las rudezas de su voz metálica, en la que vibraba siempre algo que inducía á rehuir oirla de nuevo, aun á costa de algunas concesiones. Siéntese, pues, deseo de que Pidón proponga, para asentir, para obedecer, para someterse á la voluntad de aquel hombre que habla y acciona y aun procede como un domador de fieras, fiándolo todo á su osadía, á su arrogancia, al enérgico temple de su voz. Talento, ideas, argumentación..... vale más que eso una de sus insolentes interpelaciones, uno de sus bruscos reproches.

—Nada; —dijo Reguerita cortando el silencio que el recuerdo evocado por Pidón, había producido.—Yo creo que estamos todos conformes en que las circunstancias son muy críticas.

Digitized by Google

—¡Claro está que lo son!

—Pues.... á ver lo que se hace.

—Lo que se hace, ¿verdad? Antes de ver lo que se hace es preciso fijar bién los términos de la cuestión. De consiguiente, no creas tú que para resolver cuestiones de esta índole, todo es coser y cantar. Hay que distinguir aquí dos cosas. Una, la sucesión de robos, verdaderamente alarmante, desde el momento que se han atrevido hasta conmigo. Otra, la situación en que hoy se halla la clase trabajadora de este pueblo.

Juan Manuel hizo pausa, como esperando otra nueva observación que apabullar; mas nadie se la hizo, y prosiguió:

—Para evitar el bandolerismo, á más de castigar con mano fuerte á cuantos se cojan, hay que establecer una guardia rural, costeada por los labradores. Se verá lo que cuesta, y haciendo un derrame entre todos, se costeará sin grande sacrificio para ninguno. ¿Convenimos en eso?

—Convenido;—contestaron algunos sin pizca de entusiasmo.

—Pues esta noche nombraré para el caso á personas de toda mi confianza. Respec-

Digitized by Google

to al segundo punto de la cuestión, hay que fijar un tipo á los jornales que hemos de pagar; porque, señores: tened en cuenta este augurio de un hombre previsor que conoce á esa gente; cuanto vengan las lluvias y necesitemos sembrar á toda prisa, como sucederá, porque ya es tarde y más lo será entonces, nos han de pedir jornales subidísimos; y á esta pretensión que desconoce la situación augustiosa en que estamos los labradores y el año pésimo que se nos presenta, yo no estoy dispuesto á someterme, por lo menos mientras existan serranos en el mundo; mientras existan esos verdaderos tipos del trabajador del campo, que con menos que un perro están mantenidos y se consideran satisfechos. Serranos traeré yo para que me siembren si, como temo, estos de la nivelación de fortuna se nos quisieran imponer. No los traigo desde luego, porque la caridad es en mí sentimiento inagotable, y en igualdad de condiciones, no quiero que esa gente se tenga que roer los codos de hambre; pero quiero decir, que no toleraré imposiciones no toleraré imposiciones.

El eco imponente de la solemne voz del-

Digitized by Google

orador, decía también que no toleraría disentimiento, y así debió de entenderlo el auditorio, cuando no osó desplegar sus labios.

Se pasó luego á fijar la tasa á que habían de pagarse los jornales, y habló el capital y habló la penuria de los labradores, y habló el cariz del mal año que se presentaba, todos los cuales estuvieron conformes en que los jornales aquel año debían pagarse á un real menos que de costumbre, y en que la guardia civil y la guardia rural no debían darse punto de reposo.

Digitized by Google

XIX

PASACALLE

La pura luz del alba no podía vencer la repugnancia que le causaba entrar en la taberna de Mariné, baja de techo y con la puerta chica, y, esquiva con ella y desdeñosa, pasaba de largo todas las mañanas, dejando á su zaguero el día, la tarea de alumbrarla. El tabernero, sabedor ya de estos desdenes, suplía la luz de aquella con la de un quinqué dejado casi por la noche precedente sin pulmones, cuya luz parecía tender adormilada su brazo á las tinieblas, buscando muelle seno sobre el cual reanudar el dulce sueño interrumpido.

Este incierto crepúsculo que se prolonga

Digitized by Google

aun después de amanecido cuando el día llega encapotado en densas y preñadas nubes, alumbra de ordinario á los madrugadores que gustan de matar el gusanillo y de pié ante el mostrador, toman sendos traguetes; á algún que otro viajero que va á salir en la diligencia, cuyas oficinas están enfrente, y desde luego y á cortos intervalos, al mayoral Mejía, mozo que con injurias á sus pencos y aguardiente, se calienta la boca y le da fuerzas para llevarse luego todo el día charlando y cantando, sin dejarle punto de reposo. El saltar de la cama, el echar los arreos á las bestias, el sacarlas al soportal, el engancharlas, operaciones son que no verifica sin interpolar entre ellas un vasito. Después ayuda á cargar los bultos; luego se apresta para el viaje, y ya con el látigo en la mano y en la cartera los papeles, á la taberna hasta la hora de partir.

Aquel día llegó esta última vez calzando ruda bota de ante, envuelto en holgado capotón de hule cuya capucha oculta un mal traído sombrero cordobés con barboquejo, y cuyos vuelos chorrean agua de la que á cántaros caía.

Digitized by Google

—Anda ahí, gran perdío;—exclama al entrar.—¿No ecías que no iba á yobé ogaño?.... Miá si cae más agua que cuando ajorcaron á Bigote. ¡Ajo, quién está aquí!.... ¡Valiente punto!

De bruces sobre el mostrador están Federe y Botijuera ante dos vasos y un jarrillo, ambos hablando de la gran picardía de no querer nadie pagar los jornales como de costumbre, y convenciéndose mútuamente de que aquello había llegado á lo último, de que talmente no se podía vivir, de que era menester «sa mesté, aquí sa mesté jacé argo, argo gordo.»

Destacándose confusamente de entre las sombras replegadas en un rincón del fondo, Mejía distinguió la silueta de un hombre que dormitaba reclinado sobre una mesa, y avanzó un poco para conocerlo.

—¡Hola!—exclamó.—El Aposto. ¿Ha jecho aquí la cama?

—Aquí. Se ajumó anoche un poquiyo jugando ahí ar cané.....

—Y ¿está ahí toavía?.... ¡Jaiyaj!—exclamó restallando el látigo de modo que la rabiza fustigó las espaldas del dormido, el cual

Digitized by Google

se incorporó de súbito y le miró lloroso.—¡Ajo, vamos arriba, que está la gorda armá!

—Toma ahí, er de la gorda;—dijo Federe ofreciéndole un vaso al mayoral.

—Dí tu que sí, que yo soy de los de ostedes: sinalermático, comunicativo, patista, bilaterá, en fin toa esa música que Diós no entiende; pero ¿rojo?.... Salú—añadió bebiendo.

—Si no que me paece á mí—prosiguió luego—que ese trasto que tenemos aquí por presiente der comité..... comité..... ¡ñetero barco!.... eso: comité colestevista anárquico, ni tié asauras, ni vergüenza, ni ná. Miálo ahí durmiendo como un marrano cuando la patria está en peligro. Tú, Mariné, grandísimo tal: echa la mía.

—Po dormío y tó, -dijo Botifuera,- aticuenta una cosa: que ese vé mú largo.

—¿Sí?.... pos ya poía haberse visto la mugre que tié encima.

—No es esa la custión.

—¡Claro! La custión es la otra; la de armarla; sino que con pergares como ese no se arman ni joyines; cuantimás la gorda.

—Po ella ha e vení; tarde más ó menos ella ha e vení.

Digitized by Google

—¡Toma! Eso es más fijo que esta es luz. De un día á otro se mos viene encima, y vemos á este y á otros po el estilo jechos personages. ¿Nordá, maestro?.... Es l· que yo digo; con esa facha e judío errante y tó, er día menos pensao lo ven ostés jecho Archipámpano, y que viene aquí repartiendo los bienes der pueblo, á este tanto, á este más cuanto, en fin, según paesca mejó. ¿Eh, maestro?... Digasté: ¿cuándo mos jechamos á la calle?.... ¡Ñetera república, que no acaba é vení!....

Tío Amén se levantó perezosamente, y respondió con la mayor tranquilidad, que lo tomaría de Cazalla.

La llegada á la puerta de un hombre que en su dintel cerraba el paraguas que llevaba, cortó las risas con que la ocurrencia del perdulario fué acogida.

—¡Don Natolio!—exclamó al reconocerle el mayoral.—¿Va osté de viaje?

—De viaje voy. Buenos días, señores.

—Diós guarde;—le contestaron al saludo.

—¡Güén día ha escogío! Pero bién; peó sería mañana; porque, está esa carreterra,

Digitized by Google

camará..... En cuanto ha llovío, eso no es carretera; eso es el infierno.

—¿Sí?.... Pues pasaremos el infierno. Y el puente, ¿está seguro?

—Er puente sí; por ese no hay cudiao, porque, por mucho que yueba, Riarruche no tié arma pa eso. Pero ya le muerde, ¿sabe osté? En el ratiyo que va la carretera al lao er río, se le ha subío á las barbas y ya le jace roncha.

—Eso es poco terreno.

—Sí; cincuenta pasos; aluego viene er puente, y ya.....

—¿Cuando salimos?

—Ya mesmo; pero..... ¿No quié osté una copita? Mariné, mardita arma; ¿onde andas tú hoy?.... Yena ahí esos vasos y arrima uno más. ¿De qué lo quié osté?

—Yo, Cazalla.

—Echa Cazaya, niño. ¿Y va osté mu lejo, si se pué sabé?

—A Las Cabezas.

—!A las Cabesas! Yebará osté argoón en rama?

—¿Yo? ¿Para qué?

—Pa los oíos; pa no oí tonterías.

Digitized by Google

—¡Hombre! ¿Quizá es allí tonto todo el mundo?

—Mas tontos que Pipí! No tién dos pesetas y gastan más fantecía que don Rodrigo en la jorca.

—A tí te ha pasado algo con algún cabeceño.

—A mí no; sino que es la fija. Ahora; así como digo una cosa, digo otra: infundiosos son como nenguno; pero en cuanto á gansos, no hay quien les iguale.

—Ni á tí á bién hablado. Vaya, apura y vámonos. ¿Qué se debe?

—Está pagao;—dijo Federe.

—¿Pagado? No; cobra de ahí;—replicó Anatolio dejando caer un duro sobre el mostrador.

—No. Está pagao;—repitió aquel.

—Deja, tonto, que ha caío un rico;—dijo el mayoral—¿Vas á conviarlo tú á él?

Cobró el tabernero del duro de Anatolio sin hacer caso de las protestas con que Federe dejó entender que en modo alguno quería ser convidado por aquel, y recogido el sobrante, salió el viajero y el mayoral detrás, no sin decir al generoso:

Digitized by Google

—Adiós, lila; que tiés más de jilí que de otra cosa. Señores, salú, jasta la güerta.

—Mariné—dijo Botijuera;—ja una raya en er pozo; que se ha corrío un Guillén.

—¡Y en qué ocasión más pajolera!—exclamó Federe.—Cuando me ha tocao á mí, que no quió de ese ni tan poco la gracia é Diós.

—¿Pos qué te ha jecho?—preguntó el tabernero.

—¿Qué me ha jecho? ¡A mí qué me ha e jacé! Pero.....

—Federe,—interrumpió tio Amén,—no quiere convites de aquel á quien él no puede hacérselos. ¿Eh, Federe?

—Justamente.

—¿Qué convites puede hacer un hombre que ahora se echará á esa plaza de Diós, á ver si encuentra quién le de una peseta por tenerle ocho horas tapando trigo?

—Cinco reale paece que dan;—dijo Botijuera.

—Hasta ocho que necesita un pobre para vivir rabiando.....

—Po veremos á vé cómo se arregla eso; ayé naide ha querío dí po ese precio; y hoy

Digitized by Google

que estará peó la tierra con lo que ha yobío, veremos á vé, veremos á vé.

—En fin,—dijo Federe;—ya ha escampao; ¿vamos á dá un vistazo á la plaza?

—Allí te buscaré si acaso;—contestóle su amigo;—ante voy á dí á un mandaiyo.

—Po hacia allá vamos.

El sol en aquel momento había empezado á barrer nubes y despejar el cielo.

—¿A qué vas tú hoy á la plaza, Federe? —preguntó á éste el tío Amén, cuando ambos estuvieron en la calle.

—¡Ajo, á qué voy! ¿A qué tengo e dí? A ve si encuentro una peoná.

—¿Y para qué necesitas hoy enfangarte? ¿Eh? ¿Ya lo destripaste todo, ó es que piensas hacer una campana de plata? ¿eh, Federe?

—Yo me entiendo.

—¡Ah, pillastre! No quieres abandonar tu papel de necesitado ni aun el día que tienes cinco duros en tu poder..... ¿Eh?

—Lo que no quiero es perdé la costumbre é trabajá.

—¡Trabajar! ¡Y con azada! ¡Y llovien-do!.... Eres un asno, Federe; eres un asno.

Digitized by Google

—Güeno, dejemos eso; que este no es ąsiio ni ocasión.

—Dices bién, porque te vendes. Ya, si yo no lo evito, le hubieras manifestado á Mariné el odio que te inspira Anatolio.

—Como que ar verlo me dan ganas..... ¡Ladrón de honra! Mardita sea.....

—¿Y á tí qué te importa? ¿Quc sabes tú siquiera! Cuando él entraba en su casa, motıvos tendría para.....

—¡Qué había e tené, si ella no lo pué vé ni en mapa! Po ahí está er conque; por eso la ha querío eshonrá, y él ha tenío la curpa e que Juan de Dió.....

—Lo he vísto ya en la calle.

—Sí, ha salío con fianza; pero le condenan.

—¿Lo has visto?

—Yo sí; y me ha dicho que se resina con lo que le echen, porque reconoce que fartó y es mu justo. Ese es un hombre ¡puño!

—Pues le verás siempre amolado. Como tú, Federe.

—¡Me jago Dió....! En fin.

La plaza parecía ya un hormiguero. Cientos de hombres que vestían astrosos

Digitized by Google

marselleses ó capotillos de raja, y llevaban sombreros ya destartalados que apenassi recuerdan su primitiva hechura, formaban corros, en muchos de los cuales no faltaba alguien que hablase ó disputase acaloradamente; en otros se sostenían pláticas efimeras que, apenas iniciadas, morían víctimas de un monosílabo ó de un gesto de indiferencia; y en algunos, reinaba el silencio de la preocupación. Los ojos, en cambio, más parleros que las lenguas, hablaban con igual elocuencia en todos los círculos, y pregonaban, unos impaciencia, otros desaliento, otros necesidad, no pocos la resignación más grande , y algunos ira y rabia. Habíase dicho que era una mala vergüenza aceptar los cinco reales secos que ofrecían á la azada, ó los dos y el pan quedaban al arado, y muchos que irían por cualquier cosa si otros se adelantasen, no se atrevían á hacerlo ni menos á decirlo. Así la unión es la fuerza: porque encubre y anula á la debilidad.

Pero ¡qué fuerza ni qué unión las que sólo pueden durar un día! La huelga, esa palabra que les conmueve, que tiene para muchos algo de talismán que fuerza las arcas de

Digitized by Google

los ricos y somete el capital al trabajo, es la miseria, es la muerte, es un imposible para el trabajador del campo. Somos necesarios, somos el brazo que labora ese oro con que después se nos oprime; resistamos: tratemos de imponernos..... Esto suele decirse en barberías, esquinas y tabernas; pero nadie que esto dice da fuerzas ni señala medios para resistir el espectáculo que se les ofrece cuando, á las diez de la mañana, tornan á sus pobres viviendas, y cuatro, seis, ocho bocas les piden pan y lumbre, y no tienen que darles sino el frío de una decepción más. República, socialismo, anarquía, ¿no han de ser por ellos venerados aun no conocidos, si les representan un término de esta perdurable angustia, un estado nuevo, no saben cual, pero distinto, diferente de éste, que es para ellos el peor?

Un revuelo hacia la calle Trinidad, interrumpió de pronto la monotonía reinante. ¿Qué? ¿Se ofrecían ya los siete reales pedidos? ¿Ofrecían seis siquiera?.... Todos se dejan llevar por ese movimiento inconsciente que agita á las multitudes, y ven ¡oh! ¡una hermosa presa que trae la Benémerita! ¿Quizá los saqueadores de Monte-Vigía? No por

Digitized by Google

cierto. ¿Pues qué? Tres cazadores, tres pobres diablos, que habían salido el día antes a buscar una hogaza con una escopeta y un hurón. ¡Hase visto más desfachatados criminales?... La benemérita les había quitado las escopetas, les había matado el bicho, y les llevaba á la cárcel. ¿Qué menos exigían la seguridad del orden público y la propagación de los conejos?

Aunque ni nuevo ni original el caso, produjo en los peoneros grande irritación. No se vió en él castigo desmesurado á la infracción de una ley necia; se vió sólo vejamen, irritante desigualdad, oprobioso impedimento puesto al pobre que se buscaba, por medio natural, el sustento necesario. Y hubo murmullos, hubo maldiciones, hubo efervescencia; pero todo contenido dentro de la marmita de respeto profundo, de terror supersticioso, mejor dicho, que el tricornio inspira á la gente del pueblo.

Pasaron los civiles, y entonces sí, entonces los desahogos fueron más visibles, y hubo gritos de indignación, y apóstrofes violentos, y amenazas terribles.

—Palabras, palabras, palabras;—dijo el tío Amén, comentando el suceso.

Digitized by Google

— Callese usted, hombre; — dijole uno que le oyó.—No encienda usted la sangre á nadie.

—Don Juan;—exclamó Federe, reparando en aquel. — Me alegro ver á osté güeno.

—Buenos días, Federico; á buscarte venía. ¿Quieres trabajar, como me has dicho?

—¡Digo! ¿No he queré?

—Pues tú y cuantos compañeros quieran, pueden avistarse con el aperador de Luna, que hoy lleva gente.

—Pero.....

—Paga lo de costumbre.

—¡Olé! ¡Viva la Mare é Dió!—exclamó otro que le oía. — ¡Compañeros!—gritó á seguida agitando el sombrero por encima de su cabeza: —Ya tenemos trabajo.

— Conténgase, buen hombre;— le dijo Juan de Diós. — No puede haberlo para todos.

—Er que lo arcance, lo arcance.

—Bueno. Adiós, Federe.

El aperador de Luna se vió á poco acosado por diez veces más de los trabajadores que necesitaba, y aun cuando echó para las hazas porción que en su concepto superaba

Digitized by Google

de la conveniente, aún le siguieron á la casa de labor grupos numerosos que, como náufragos que se asen á una tabla, se asieron á la idea vertida por alguno, de presentarse en manifestación á doña Carmen. No ésta, Luisa les salió á recibir, y no fué poco el sentimiento de la pobre muchacha cuando, á sus ruegos, el aperador contestó con razones que no admitían réplica. Gañanes: ¿qué iban á hacer si no habia yuntas para ellos? Azadas: esta labor era más costosa, y para las erías que iban á sembrarse, ya habían salido más de los necesarios.

—¿Qué días van á echar esos de azada?

—¿Qué días? Pues ahí echarán cuatro ú seis días ¡Han dío tantos, que....

—¿Seis días? Pues que echen cinco, y vayan doce más.

—No es lo mesmo; vea osté que....

—Doce más, doce más. Lo quiero yo, Luis, doce más.

Y fueron doce más.

Cuando Pidón supo que la casa de Luna había roto el acuerdo, se levantó contra ella toda su furia olímpica, considerando el hecho como constitutivo del delito de atentado á

Digitized by Google

su prestigio, según le demostró su hermana, la egregia mujer del Azal de Miranda de Ecija.

—¡Siguen la tradición! ¡siguen la tradición de su padre! - exclamaba.

—Y son tus enemigos, Juan Manuel, son tus enemigos ¿Lo has propuesto tú, lo has querido tú? Pues eso ha debido bastarles para respetar el acuerdo, como los demás lo han respetado. Si fuera alguna vejación... Pero ¡brutas! Una cosa que se hace por vuestro bién.....

—Eso; ni bién puede hacersele á ciertas gentes.

—Lo que no puedo sobrellevar con paciencia, es que se crean por encima de todos y no consideren á nadie. ¿Qué tienen ellas para ser más que los otros? ¿Gozan quizá de algún privilegio?... Esto es irritante.

—¡Oh! Pues conmigo no se juega, María Dolores; me parece que tengo demostrado que conmigo no se juega.

—¿Sabes la intención que eso trae?.... Echarte al pueblo encima, soliviantar en contra tuya á la patulea. Ahora no faltarán descamisados que digan que los otros no

Digitized by Google

hacen lo mismo porque tú te opones, y por consiguiente, que tú tienes la culpa de que la mayoría no tenga trabajo.

—De eso me rió yo. Comprende tú que de eso me rió yo.

—Pues no, que podías ceder, y quedabas lucido. Como si esa genta sigue ahora el mal ejemplo. Y lo harán; la mala semilla arraiga pronto.

—No lo harán. Mañana hay aquí serranos, y serranos van á hacer la siembra, ó van á saber todos quien es Juan Manuel. ¡Y que se me desmande uno!

—Otro dirás, porque uno.... O es que ese rigor va á empezar por los amigos de casa, por los que hasta ahora te han servido ó te vienen sirviendo?

—No; ya el hecho está apuntado en cuenta; no creas que se me escapa su transcendencia ¡Alentar á las masas! ¡halagarlas de ese modo y en estas circunstancias!... ¡Si casi es un delito de sedición! Sí; satisfacer sus pretensiones; darles la razón en contra mía... No les falta más que alentarlas á conseguir el cubierto de oro y la carroza tirada por propietarios. ¡Oh!.... Allá veremos. Allá veremos.

Digitized by Google

Digitized by Google

XX

DESPEREZO

Pasó la tempestad la noche entera anunciando con salvas y célicas bengalas su venida, y aun al amanecer no había bajado. Tenía, sí, todo el cielo cubierto de preñadas nubes, y su acostumbrado concomitante el vendaval, zamarreaba apasionado las escuetas ramas de los árboles y barría la hojarasca y la posaba en las concavidades de las pitas ó sobre las húmedas acequias: pero todavía la lluvia no se había decidido á bajar de las alturas, como si taimada esperase á saber el resultado de la lucha que por allá tenían sol y nubes, para retirarse á otras regiones ó para correr por los caminos, y engrosar las la-

Digitized by Google

gunas, y retirar de la besana á los gañanes, y del tajo apartar á los peoneros.

Solitario está el campo. Por aquel camino que va á Cuérbano pasaron ya los que á la parte de Overo y las Arenas han ido por espárragos y tagarninas, y entonces no lo transita nadie; sí; una mujer asoma ahora poallá por la cruz de San Felipe. Viene á ligero paso y trae una espuerta en la cabeza. Si esperas hacer mercado hoy.... Son ya más de las diez, ¿para qué corres?

Tiesa y aprisa, sin embargo, camina con su carga en la cabeza y su escardillo al hombro, y no ha entrado en el pueblo, cuando da estas voces:

—¡Delaria... ¡Delaria...! Ya los tiés ahí. ¿No ecías que no? Miá qué pandá la que ahí viene.

—¿Qué ices, Quela?—preguntóle otra mujer, asomando á la puerta de su casucha, seguida de un desarrapado chipelín para quien pelaba un rábano.

—Hija; que se puen espeí los probes venturaos é Diós, de echá más peonás; que está ahí otra cuadriya é serranos. ¡Delaria.....!

—¿Qué te se ha salío?

Digitized by Google

—¿No ecías que no? Ya están ahí; ya está ar yegá una jarapá de nueve ú dié. Yo los he visto; yo.

—¡Er cura que les echó el agua!—exclamó Candelaria, echándose á mitad de la corriente.—¿Ese es el arreglo que iban á jacé?

—¡Arreglo! Enfutrarnos á tos; eso es lo que se jase con los probes. ¡Frasca....!

—Estoy aquí, estoy aqui.

—¡Ah! ¿Has visto, mujé?

—To eso pasa aquí, porque no hay si quiá un hombre con carzones. ¡Mardita sea la primá que se vistió por la cabeza!

—¿Qué bicho te ha picao, Frasca?—pregunta otra que sale con los brazos al aire, y secándose en el delantal las manos.

— Na, hija, na; que este inviejno va á pelechá aquí jasta Diós... Ya tiés ahí más cerranos.

—Pero si han venío anoche la mar. ¿Más entavía?

—Entavía.

—No tien la curpa ellos;—añadió la de las tagarninas; — sino estos grandísimos ovejos que mos hemos echao por maríos.

—Si er día que no traen pan, los pusiámos á dita e to...—añadió la Frasca.

Digitized by Google

—Otra cosa,—dijo Candelaria,—es lo que había que jacé con ellos. Si er día que bajaron los jornales y estos manfloritas se vinieron á casa como perros con lata, acá hubiamos jecho lo que convenía, no se hubián queao tan requietos.

—¡Y se están elustrando ahora con leé diarios ó tontunas!

—Ende que leen papeles, andan más camastrones.

—Como que er papé les ice que ella ha é vení, y ¡claro! la esperan los tontos asentaos.

—Manque en el inte se pele una de jambre.

—¡Si no pagaban ni jechos tiras!

—¡Los gran bajunos!

No son las trascritas las únicas palabras que en aquel cabo de barrio se pronuncian entonces; muchas más, infinitas más se lleva el ventarrón que sopla, pues han ido asomando otras mujeres, y todas hablan á gritos, con injurias, con ademanes de bacantes, como se habla en aquel barrio incivil, de mujeres oliscadoras y cerriles.

—¡Frasquiya.....!—gritó una voz hombruna desde dentro de una de las casas.

Digitized by Google

—¡Anda vete á un cuerno!—le responde la Frasca.

—Mialos ahí á nuestros maríos;—dice Candelaria:—metíos en las arcobas.

—¡Frasquiya.....!—gritó el hombre de antes, apareciendo en la puerta con un chiquetín de mantillas en los brazos.—¡Gran pajolera, ¿ya estás de paliquer?

—¿Y tú?—replicáronle diez bocas á un tiempo volviéndose furiosas hácia él.—¿Le has dao la papa ar críor?... ¿Le has lavao los pañales?..... Catalustaí por qué á estos mandrias no se les da cudiao é que vengan cerranos: porque así tién escusa pa mujereá .

—No eres tú sinvergüenza que digamos.

—¿Y tú?

—¿Te cayas tú la boca?—dice otro hombre amagando á la de la disputa con aquel.

—¡Otro arropanaguas!—exclama una que sigue en apóstrofes con el del crío.

—Cayarse ya, manchas é locas; ivos á coservos los zancajos.

—¿No? Ya tú requisieras.... ¡Miá quien jabla!..... ¡Jaragán!.... ¡Tadaí!

Otros hombres habían llegado ya también á donde tal baraunda se había armado,

Digitized by Google

y entre hombres y mujeres pululaba un astroso hatajo de chiquillos que, mordiéndose las uñas ó con los romos á la espalda ó royendo mendrugos, aguardaban curiosos uno de aquellos espectáculos que empezaban con diálogos parecidos y solían acabar viniendo varias á la greña.

—En fin, hijas;—exclamó Candelaria;—no hay más que apencá acá una con su sino; porque estos cazoleros, paecen que han nacío tos pa frailes.

—Teneis razón, muchachas;—dijo tío Amén que había salido poco antes de la accesoria de la esquina, en donde moraba.—No hay en todo el barrio más hombre que yo.

—¡La pagaste!—exclamó una.

—Lo dicho, buenas mozas:—siguió aquel.—Yo soy el único defensor de vuestro derecho al trabajo recompensado justamente; yo he sido quien ha propuesto dar á los intrusos una batida en cada rancho.

—¡Mialos! Ya están ahí. ¿No ecías que no? Nueve; los que yo ha visto.

—¿Amos á que no pasen?

—A ella. Amos nosotras, y dejá á estos mandrias.

Digitized by Google

Entraban á este punto por el pueblo varios trabajadores, con mantas y capotillos á los hombros, con zajones y sombreros de palma ó de paño ya muy viejos, y zapatos de becerro blanco, sucios y bién servidos. Los más llevan patillas cortas y pequeñas y todos al cuello un pañolillo de indiana. Al ver el aspecto de la calle se miraron con extrañeza unos á otros, y como por instinto se agruparon.

—Alabao sea Diós; - dijo uno al cruzar con las primeras mujeres.

—Oiga osté,—exclamó Candelaria interceptando el paso al que delante iba;—¿Vienen ostés ajustaos?

—Sí, señora.

—¿Y por cuanto la peoná?

—Señora, á osté.....

—A mí me importa sabé por cuánto jasen de perros de hortelano lamecaras como ostés, peazos é bajunos.

—Alante, alante, Cristoba;—dijo al que había hablado, otro que atrás venía.

—¡Qué alante ni alante! – exclamó la Frasca interviniendo – ¡Atrás! A vostra tierra e beyotas, es aonde vais ya mesmo.

Digitized by Google

—¡Fuera coiciosos!—gritó otra.

—¡Largo!—añadió Candelaria.—Aquí hay trabajaores honraos y nos estorban ostés.

—¡Tusteayá, señora!—exclamó el nombrado Cristóbal extendiendo el brazo y apartando á una mujer.

—¿A mí vas á tocarme?—replicó ésta, dándole un empujón.

Otro de los serranos á quien la Frasca y Candelaria detenían, cogió por un brazo á esta última y la tiró sobre otras cuantas. Y consecuencia de ello fué, que se viesen injuriados y agredidos por veinte bocas á la vez, acometidos por cuarenta manos, y envueltos por el concurso todo, pues los hombres, si bien moderadamente, llagaron también á intervenir. Viéndose enfrascados en tan dificultoso laberinto, decidieron escapar; y desprendiéndose de algunas que echaban mano á sus hatillos, dierónse á correr precipitadamente por la calle abajo, tratando de escapar á la lluvia de palabrotas, injurias y silbidos con que los persiguen, y temiendo ser descalabrados por alguno de los pelotes que llegan á sus pies ó pasan por encima de sus cabezas.

Digitized by Google

Llegaron á la posada y en ella se refugiaron; la vanguardia perseguidora esperó al grueso del ejército para proponerle el entrar; mas la confusión con los curiosos que de todas partes acudieron preguntando lo que pasaba, dió tiempo al posadero para prevenirse, y azuzando un perro á los más próximos, pudo cerrar la puerta. Siguió á esto un clamoreo y una agitacion estruendosos, y de labios de todos brotaron improperios y exaltados gritos. Piedras y terruños del piso cayeron sobre las puertas y ventanas del mesón, á tiempo que sobre el banco de piedra de un mariscal que tenía la tienda enfrente, apareció la figura de un chiquilicuatro, cuya voz penetrante escuchaban con impaciencia los más próximos. Era un orador espontáneo, un barbero, que, cuando la algarada conseguía ahogar su voz, extendía la mano hacia adelante, ofreciendo calmar la efervescencia que á todos poseía, mostrándoles el modo de aprehender la codiciada presa.

—¡Ciudadanos! ¡Trabajadores oprimidos.....!

Silbidos y burlas recibieron esta invocación.

Digitized by Google

—Cayarse! Dejarlo platicá.

—Pa sermones estamos ahora.

—Si lo que digo es eso,—grita el orador: —que ha llegao la hora de hacé, no de jablá; de sacuí la tiranía der cacequismo; de peí, de tomá lo que se mos está robando.

—¡Bravooo.....!

Frenéticos aplausos ahogan la voz del orador, y se oyen vivas y mueras, y sobreviene una conmoción de entusiasmo: pero las mujeres se muestran impacientadas, y gritan aquí, gritan más allá, roncas la mayor parte, encendidos los rostros y desgreñadas todas. Candelaria, sin darse cuenta de que hacía discursos, se mostraba una gran oradora; y enmedio de la calle, dirigiéndose á todos, mirando á todos lados y manoteando sin cesar, echaba pestes contra los ricachones; contra los serranucos que iban á quitarlos jornales á los braceros del lugar, y contra aquellos pasta-floras de sus hombres que tanta humillación sufrían.

A todo esto, la muchedumbre va aumentando; la calle parece una gran artesa en la que el fragor de las pasiones agita y revuelve correosa masa de cuerpos humanos. De

Digitized by Google

pronto aparece sobre el banco del herrador la esbelta y desperjeñada figura del tío Amén cuya palabra inflama al auditorio que, sin cesar en murmullos diversos, prorrumpe á intervalos en exclamaciones y apóstrofes y gritos belicosos.

—Te quejas,—decía,—de que te falte pan, pobre trabajador. Todo le falta al que se aduerme. Despierta, desperézate, y llega á la alacena en que lo encerró la burguesía. Allí hay pan para todos. ¿Quieres verlo? Pues sígueme; que al santo grito de ¡pan para los pobres! nada hay que resista.

Bajó de la improvisada tribuna, y como animado por el fuego de un sectario, echó á andar hacia la plaza, seguido de la multitud, á la que había comunicado la sed que parecía guiarle. Entre diversos gritos de ¡fuera los serranos! ¡muera el caciquismo! y otros de igual índole, se oye con frecuencia ¡viva la república! el cual es contestado con suma exaltación, con entusiasmo sin igual. Para aquella gente, la república es un paraiso terrenal con un cacho de infierno destinado á los ricos actuales.

Entre la vocería que el viento huracana-

Digitized by Google

do apaga presto, se oyen de vez en cuando los chasquidos de cristales de cierros y farolas, rotos á palos ó pedradas, y los garrotazos descargados en las puertas que se van cerrando ante la amotinada chusma, la cual, entusiasmada con sus propios gritos, ha perdido la conciencia de lo que quiere y lo que busca. Cada uno detrás del que ante él camina, ni sabe dónde va, ni le importa un bledo que sea á esta parte ó á la otra.

Así enfrontan con la tienda de comestibles y bebidas que en la esquina de una de las calles que desembocan en la plaza, tienen los Guillenes. Sus puertas se han cerrado; mas la de la taberna está entreabierta, y por ella asoma Anatolio.

—Aquí á echá un trago: -- dijo uno.

Y por pronto que quiso cerrar, la turba le arrolló, así como á los varios dependientes que tras de él estaban. Se abrieron de par en par las puertas, la tienda fué invadida, y delante del mostrador, en un espacio angosto de seis varas de largo, se armó la más grande camorra que aquellos estantes habían visto. Dos ó tres de los montañeses saltaron el mostrador y de debajo de él sacaron grue-

Digitized by Google

sas varas, con las que empezaron á descargar mandobles á diestro y á siniestro. Anatolio que, con otros dos de aquellos, luchaba á puñadas y empellones, pudo en un momento sacar un revólver del bolsillo; mas apenas su acero hirió la vista de unos cuantos, cayeron sobre él con tirria, con sañudo ímpetu, y le desarmaron y le estrujaron, tirándolo por tierra. Uno cogió el revólver y apuntó á los de los palos; y aunque no salió el tiro, quizás por ignorar el manejo del arma, aquellos, tambien á la sazón acometidos por una falange que se había internado en la tienda y entrado en el despacho, se vieron á poco forzados á escapar.

Dueños del campo, sobrevino una confusión indescriptible. Las mujeres, que en la puerta atisbaban contenidas solo por el miedo, ávidas de curiosidad y con ansias de todo, se colaron presurosas al despacho de comestibles, metieron mano á los cajones, saltaron sobre el mostrador y á jalonazos desprendían los jamones y sartas de chorizos que colgaban del techo, echábanse en los senos, higos, pasas, almendras y otras chucherías, se comían los quesos á bocados, metían

Digitized by Google

las manos en la orza de la miel de caña... todo lo pringan, todo lo revuelven, y la rebatiña, el desmán y la asolación, no tienen límites. Los hombres, en tanto, han tomado por suya la taberna y en ella despueblan los estantes, se atracan de beber, dan botellas á todos, rompen por el gollete las que están lacradas, aflojan canillas, tumban barriles, y en el frenesí del antojo y el apetito ciego, lo mismo tiran las que les saben mal que las que les proporcionan un hartazgo, y lo mismo beben vino que aguardiente, que agua pintada con grosella ó cardenillo, contenida en algunas para simple adorno.

Al fin la bacanal en ellos mismos causa grima. A las voces de «fuera» «vamos á otra parte» comienza el desfile, y los más glotones salen llevándose en manos y bolsillos cuanto pueden.

Sucia, descompuesta, pisando las calles enfangadas, gritando locamente, ebria de vino y de pasión, la muchedumbre siguió su marcha triunfal azotada, como antes, por el viento que rizaba las sueltas greñas de las mujeres y levantaba sus manchadas enaguas haciéndoles lucir sus piernas embarradas. Dos

Digitized by Google

parejas de municipales, única fuerza armada con que el pueblo contaba en aquel día, defienden, revólver ne mano las puertas del Ayuntamiento, ante el cual hace alto la chusma sin decidirse á emprender el atropello.

— ¡A la Cueva!—grita una voz, cuando el miedo á las balas no los ha decidido aún.

Y la proposición es con júbilo aceptada, y se desiste del asalto, y gritando «á la Cueva,» á la Cueva» prosiguen la marcha interrumpida.

La Cueva es la casuca en donde está instalada la administración de consumos; su puerta está cerrada.

—¡Abajo con ella!—dicen los que antes llegan.

Y cuatro, ocho, diez hercúleos brazos la empujan repetidas veces, y consiguen al cabo saltar la cerradura.

Un grito de furor salvaje, vivas confusos y grandes risotadas coronaron este éxito, apenas obtenido el cual, se precipitaron en la administración, con estruendosa vocería. En un momento fueron rotos y despedazados los libros que había sobre la mesa, las tarifas

Digitized by Google

clavadas en las paredes, los quinqués y las liras que colgaban del techo, y las taquillas, las mesas, sillones y banquetas.

—¡A la calle con esto! ¡Fuego á tó!

Y no fué apenas dicho, cuando ya estaban fuera y hacinados

Las esteras de esparto, el fuerte viento que zumbaba y el petróleo de los quinqués, sirvieron para levantar potente hoguera cuyas undosas llamas, á poco de surgir, se batían denodadas con una gruesa lluvia que comenzó á caer. Media hora más tarde, unos cuantos tizones y una gruesa capa de ceniza negra que el agua esparcía, era lo que quedaba.

Cuando la fuerza de la lluvia hubo cesado, dejaron todos sus refugios, la multitud se puso nuevamente en marcha, algunos recogieron los tizones no consumidos por la hoguera, y con ellos iban ensuciando las paredes, guitarreando en las ventanas, tirándolos por alto, entonando alegres cancionetas. Inutilmente algunos excitan á echar abajo puertas para verificar saqueos; aplacada la irritación por la comida, el vino, el tiempo, el frío y el cansancio, no hay vigor para vencer la resistencia que oponen aquellas. Andaluces,

Digitized by Google

gentes del Mediodía: por poco se exasperan y con menos cesan en sus fogosos ímpetus, á no ser que la contrariedad les siga espoleando. ¿Se acuerdan ya de los serranos? ¡Quién lo sabe!

Vagando topan casualmente con las puertas de la cárcel, que es una fea casucha en la que, pasado el umbral, á un lado se halla el cuarto del alcaide, á otro la sala judicial, y al frente un pasadizo que lleva á las celdas de los presos y al corralón en que tienen sus horas de asueto los que gozan de esta relativa libertad.

—¡Compañeros!—grita uno, puesto sobre el pretil de la puerta de entrada.—¿Carta é libertá á estos probes venturaos é Diós?

—¡Carta é libertá!... ¡Si!.... ¡Abajo las caenas!

—Pos á ella y ¡viva la repúlica!

—¡Vivaaa...!

El carcelero, un hombre huesudo, de chata nariz, de vivos ojos de mirada fiera, de bigote bermejo y greñas grises, había salido de su habitación al advertir la bulla, mascando todavía de la comida que á la sazón verificaba; y antes de volver de su sorpresa,

Digitized by Google

se halló por muchos rodeado, vió su sala invadida y las llaves que guardaba en ella, en manos de Federe que las hacía sonar alegremente.

Con bulla y algazara abrieron un departamento en que estaban cinco presos jugando á las chapas y haciendo calcetines; abrieron otros cuartos en los que no había nadie y un llamado «salón de distinguidos,» en donde hallaron ¡oh sorpresa! á Juan de Diós, cumpliendo la condena de siete días de cárcel, que le habían impuesto, en castigo de la somanta que diera al alguacil.

Verle Federe y tomarle en brazos y, por otros ayudado, sacarle en hombros con grandes bulla y júbilo, fué todo obra de un momento. Juan de Diós no ha salido aún de la atonía que aquello le causara, cuando se vé en la calle, en hombros todavía, saludado por aplausos, por vivas entusiastas, por encomiásticos apelativos de la turba que, lunática, le lleva en andas, hasta que..... hasta que...., ¡Oh! Ya era tiempo. El orden turbado va á ser restablecido por una pareja de la guardia civil y cuatro guardias rurales que del campo han llegado, más dos municipales que con

Digitized by Google

ellos vienen. ¡Qué fragor, qué bélico fragor el de la benemérita! Trae orden de no disparar si no es preciso, y á culatazos, á carabinazos la emprende con aquella inerme multitud, en la que van mujeres, en la que van niños, que, magullados, heridos, pisoteados, caen unos al suelo, huyen los que pueden, gritan todos, medrosos, despavoridos á la vista del uniforme azul, de las carabinas y de los sables que los otros han sacado y miden espaldas y dislocan brazos. La sorpresa fué horrible; el pavor extremo: mas la vista de la sangre derramada, el grito del hermano herido, el temor á que el hijo fuese muerto, encendió en ira los ánimos de algunos, y á brazo partido, armados de navajas, con palos quienes los tenían, hacen frente á los agresores que sin duda van á cambiar el ataque por otro más enérgico, cuando suena un disparo y un guardia civil cae á tierra herido. El otro no se ha repuesto aún del pasmo que esto le ocasiona, cuando se ve sujeto, atenazado, rendido y desarmado. Y toman dos las carabinas de uno y otro, y apuntan con ellas á los rurales, y los sables de estos caen punta al suelo, al mismo tiempo que sus portadores exclaman:

Digitized by Google

—¡Hermanos míos! No tirad.

Los cogen, los desarman, algunos irritados les dan de moquetazos, y esto dura hasta que, por otros protegidos, apelan á la huida.

Vencedora la turba, los hombres lesionados se hallaron ensoberbecidos, lamentando no hallar resistencia al furor que los poseía, y tronaron y propusieron disparates. Pero, las mujeres que á ellos se plegaban, las que buscaban á sus deudos, las que se iban con ellos, los chiquillos que lloraban, la confusión, el sobresalto, el cansancio de tan larga jornada se impusieron, y la manifestación concluyó desgarrada, hecha girones que se extienden por las diversas calles y en cada encrucijada se desgarran de nuevo, hasta quedar hecha guiñapos que el viento pringa en lodo, y la lluvia, que vuelve á caer, pliega y arruga. Tío Amén, el último en retirarse de las cercanías de la catástrofe, la contempla con sardónica sonrisa, con graves movimientos de cabeza, y prorrumpe al fin:

—He aquí la bestia, el buey humano, que malgasta sus fuerzas y sus dotes para sacudirse una mosca, y á seguida humilla la cerviz al yugo. ¡Estúpido! Vales tan poco, que

Digitized by Google

ni siquiera me mereces. Anda otra vez á rumiar junto á la pila, aguardando la patada con que te llamará el gañan para echarte el arado al morro. ¡Ahn.....!

Y haciendo un ademán despreciativo, echó á andar por la cuesta del castillo arriba, azotado por el zumbador poniente, mojado por la lluvia, semejando la personificación de la rabia que huye derrotada.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXI

LA BATALLA DE LOS JARDINES

Lamiendo la convexidad de honda cazuela asentada sobre zancudas trévedes, vivaces llamas de reseco olivo confortan y dan luz, aunque vaga, á la extensa cocina en que la festividad de la noche se celebra, preparando en amena y laboriosa velada la chuchería tradicional que al día siguiente y en los sucesivos, ha de ser el plato favorito de la mesa. Luisa, sentada en un testero, con los brazos remangados hasta lucir el codo y un harnero en la falda, da forma sobre él á la oleosa masa del pestiño, cuya fragancia anuncía la bondad del vino que en ella se empleara, más percusor del olfato, que el suave per-

Digitized by Google

fume de la matalahuva y el olor acre del aceite que fríe en la cazuela. Los reflejos boreales del fogaril iluminan su rostro amapolado. lleno de sangre, radiante de salud, de apacible contento, de amor, de honesto amor que destellan sus brillantes ojos negros, sus miradas que caen sobre quien las merece, como anhelada clámide, y dan calor y volubilidad y regocijo.

Se halla feliz; feliz completamente. Allí, junto á ella, recibiendo las caricias de las mismas brasas, contemplándola en su faena, hablándole con su vehemencia acostumbrada, tiene á Juan de Diós, á quien puede llamar ya su prometido, á quien, ofreciéndole su mano, contestó las estúpidas hablillas propagadas con insistencia criminal por espíritus miserables..... ¡Y qué picaro! Si el contento le hubiese dejado espacio para el menor disgusto, ella hubiese tomado muy á mal aquel atrevimiento en él, de ahorrarse la declaración, á la que tantas formas había ella imaginado. Me dirá esto, me va á decir lo otro, va á comenzar así, no, quizá comience recordando..... Y nada; no empezó de manera ninguna; sino que un día llegó su madre á casa,

Digitized by Google

y de buenas á primera, como un escopetazo, «Señora; tengo el honor de pedir á usted la mano de Luisa, para mi hijo Juan de Diós.» Y luego, tampoco: él le había hablado cual si fueran novios antiguos, muy cariñoso, muy solícito, mas sin haber comenzado con ninguna de aquellas fórmulas que eran para ella portada imprescindible del libro del amor.

Pero bién. Aun sin portada, el libro le resultaba muy ameno, y no era la menos solazosa de sus páginas, aquella de la prima de Noche-Buena, pasada haciendo pestiños á su lado y en compañía con su madre y su hermana, que, como amigos íntimos, como deudos ya, tomaban parte en la faena é iban á ir con ella á la misa del Gallo. ¡Cuidado si estaba bién aquelllo! Allí junto á la gran mesa del fondo, el Ama preparando las tortas de manteca y los polvorones que son su especialidad y su orgullo. Ella tomando de la masa que tiene á la derecha, y haciendo con sus finos dedos los pestiños que va echando en una fuente, de la que, en porciones para fritadas, los va tomando su futura suegra, la Viuda, que, espumadera en mano y ante la

Digitized by Google

chimenea sentada, saca rojos y secos los que en el caldeado aceite entraron grasientos y pajizos. Y más allá, ante un anafe alimentado con rescoldos y junto á una mesa cubierta de platos y fuentes, su cuñada, la triste Soledad y mamá Carmen, hasta mamá Carmen, muy abrigada, sí, pero sin quejarse de su pobre cabeza, enmelando las fritadas en otra gran cazuela donde al fuego espumea rica miel de la Alcarria. ¡Oh! Ella deleitada con la contemplación de todo esto, casi no escucha la faceciosa cháchara del aperador señó Luis, ni envidia á las animosas muchachas que, en la casa de junto, tocan una hermosa zambomba cargada de sonajas y cascabeles, cuyos alegres ecos se oyen en todo el barrio, y cantan á coro coplas y canciones al Niño-Diós. Común felicidad. Ninguna de aquellas tenía seguramente al padre preso, por su complicación en los sucesos ocurridos días antes. Ya era buena suerte, sí; porque más de cincuenta hombres estaban detenidos todavía.

—¿Cuando soltarán á esos pobres?—le preguntó á Juan de Diós.

—No sé como llevarán el proceso; pero

Digitized by Google

me parece que no puede tardar, aun cuando luego, visto en juicio oral, condenen á algunos.

—¡Pobrecitos! Después de lo que habrán sufrido..... ¡Mira que cuando los cogieron y cuando entraron amarrados por el pueblo! ¡qué cuerda! No se acababa nunca; yo los ví y ¡ay, qué impresión más triste!

—Paece mentira,—dijo el Ama,—que ciento y pico e hombres se dejasen cogé por doce guardias ceviles.

—Po entavía sobraron la mitá; dijo señó Lúis;—porque esos venturaos e Diós....

—¿Usted lo vió bién, Lúis? ¿presenció usted la pelea?

—¡Digo! Y me gané mi susto. No tan grande como yo lo asperaba..... A mí me se cayeron los palos der sombrajo cuando los ví yegá ar cortijo de acá con sus márcolas, con sus escopetas, con ajoces de poá, garrotes er que no tenía otra cosa..... Señore: era aquello dino e verse. Po vamos ar caso que les digo ar yegá, digo: ¿qué trae po aquí á la güena gente? ¿viene en busca e serranos? Si aquí..... ¡Qué serranos! me contestó uno; ya sabemos acá que aquí no los hay;

Digitized by Google

que el amo es de lo más dino er pueblo; sino qué..... En fin; allí me contaron que habían estao en cuatro ú seis cortijos, que de tos ellos habían jecho sartá á los serranos echándolos pa er pueblo, y que hasta la hora aquella, to le iba bién, menos custión de aquí: la bucólica; tenían más jambre que un estudiante é la tuna. Y yo ¿qué.....? díjele yo al auto ese. Pos na, me replicaron: que ahí habemos pensao matá un güeiciyo..... En fin: ya ostés lo saben; manque yo rabié y pateé y er boyero lo mesmo, se comieron er güey, se comieron una carrá e pan, y la biblia entera; porque yo no he visto comé más en mi vía.

—Tenían hambre, los pobres; - interrumpió Luisa.

—Güena roncha jisieron. ¡Güena!

—Y se quedaron aquella noche allí y al otro día.....

—Po ceñó, al otro día se alevantan tos esanimaos. Comprendían sin dua que aquello no poía durá, y er vorvé ar pueblo ¡se le jacía una cuesta arriba! Atontolinaos estaban aquellos jombres. Po vamos allá, que empieza la comejación y la broma y la chirigo-

Digitized by Google

ta, y..... totá; que se quea convenío en que de allí irían á la Colambrera, onde tamié había serranos y aluego espués, cá mochuelo á su olivo; esperdígaos po ahí. Ea po á la zopa, y jopo enceguía. Comienzan á tronzá sarmiento, aviá lebrillo y to lo emá, cuando de po allá er medio llega uno espavorío, con la cara blanca y dice así con muncho mieo: ¡Los cebiles! Se pusieron tos como los pinos; unos se movieron, otros no, y en esto llega otro dijendo: ¡Vienen pa acá erechitos! ¿Y son munchos? Un batallón ú dos. Miusté: hubo hombre que hubiá dao cualquier cosa porque se lo hubiá tragao la tierra. No sé er pajero paño azú lo que tiene.....

—Pues aquí el otro día cuando el motín, no tuvo nada;—dijo doña Carmen.

—Sin embargo,—replicó Juan de Diós, —no dice mal este. Es que el otro día aquí saltó la sangre, y la vista de ella ejerce más influencia que todos los uniformes del mundo.

—Bueno,—añadió Luisa;—llegaron los civiles.....

—No; verá osté;—interrumpió el aperador.—En esto va ese Federe, se asoma al escampao pa verlos, y así que los ha visto,

Digitized by Google

güerbe y dice echándole mano á una escopeta: ¡Compañeritos míos! Ha yegao la hora de jugarse la bía. Estos vienen á vengá la muerte é su compañero y van á jacé con nosotros una perrá. Perdío por ciento, perdío po er resto. Si se entriega uno, está perdío: á defendermos como poamos, y sea lo que Diós quiera.

—Es valiente ese hombre.

—Po ceñó: que ¡á defendermo! ¡á defendermo! dice una jarapá de ellos. Y unos más presto otros más tarde, tós agarran sus chismes, y á treinta pasos e la casa, se esplegan en ala. ¡Güen paso! A esto, se echan los cebiles las carabinas á la cara y ¡brun.....m! una escarga cerrá, que no había sonao entavía, cuando daba en tiera con más é la mitá. Y er que no se echó á tierra, se dió á juí, que Diós le daba alas. Enseguía otra escarga; y tiros y más tiros; en fin: que allí me los cogieron fritos á cuasi tós. Unos quince ú veinte fueron los que escaparon.

—Bueno,—objetó Luisa;—pero esas descargas de la guardia civil.....

—Al aire, señorita. Er capitan Infante que era quien mandaba la fuerza, dió ayí

Digitized by Google

pruebas de ser tan valiente, como generoso y amante der pueblo. A él se le debe que Villalinda no haiga tenío un día é luto.

—Si él está aquí días antes.....

—No pasa naita; por seguro.

—No diré yo tanto; -interpuso Juan de Diós.—La honrosa hazaña del capitán Infante ha podido evitar, como usted dice, un día de luto al pueblo; pero no que, en esta ó la otra forma, se manifieste el malestar intolerable que siente la clase proletaria, en cuanto sobrevienen hechos diversos que le sirven de pretesto ó le facilitan ocasión.

—Si; eso de que tós queramos ser ricos.....

—No es eso. No desean todos ser ricos. Esas son voces que Pidón hace correr, pretendiendo se crea que el que menos, desea una berlina y un par de diputados, para que tiren de ella. Lo que desean es vivir sin que la miseria les fustigue; y en un pais como este, ¿qué menos puede exigir quien está siempre dispuesto á trabajar y trabajando muere?.... Fijese usted en este pueblo: que, al poco más ó menos, lo que pasa en él pasa en todos. ¿Quién prospera aquí, por mucho que trabaje honradamente? Cuatro foras-

Digitized by Google

teros, cuatro desnudos de ropa y de vergüenza, que se ofrecen de instrumentos al cacique, y, á cuenta de toda suerte de pelgarerías, comen caliente y echan grasa. Y contra esa inmundicia, que es la que flota y la que da en rostro al pueblo á la hora de las injusticias, es decir, á toda hora, ¿qué tiene de extraño que se rebelen? ¿Como es posible que, reducidos á la más ínfima condición, sufran en santa calma, que se les esprima, que no se les llame sino ambiciosos y haraganes, que nunca se halle razón para sus quejas, y que se les trate como á enemigos, abusándose de su ignorancia y de su penuria?.... ¡Hombre' si es para vivir desesperado!

—Sí sí. Tocante al auto ese..... Por eso, es lo que se ice: tras e cornuo, apaleao. Tras e to lo que pasan, ahora van á dí á un presiyo quince ú veinte; porque, ¿ha visto osté lo que ice er peróico?

—¿Cual?

—*El Eco er Podé* paece que se llama.

—¡Ah! Sí..... No tiene importancia.

—¿Que dice?— preguntó Luisa,— ¿Lo tiene usted ahí?

—Causalmente lo tengo. Míelo osté.

Digitized by Google

—No dice nada de verdad,—añadió Juan de Diós.—¿Para que vás á cansarte en leerlo?

—No me canso; al contrario, he concluído, y leyendo me entretendré. Vamos á ver cómo cuentan las letras de molde lo que nosotros hemos visto.

—Para juzgar de la verdad de lo que no hemos visto; ¿verdad?

—Eso es.

—Pues verás qué fidelidad histórica. Pero dame; yo leeré.

—Déjame; hombre; si yo leo regularmente, según la autorizada opinión de.... la familia.

— Y de tó er que te ha oío;—añadió presto el Ama.

—*Los disturbios de Villalinda.* Esto debe ser.

– Sí, ezo es;—replicó el aperador.

Luisa dió comienzo á la lectura de un artículo, que decía así.

«Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros lectores, que el vergonzoso motín de Villalinda ha terminado. Merced á las acertadisimas disposiciones de nuestro dig-

Digitized by Google

nísimo amigo el gobernador civil de la provincia, y á las simpatías de que goza entre las personas de arraigo de aquel pueblo, nuestro muy querido amigo el diputado á Córtes por el distrito, excelentísimo señor don Juan Manuel María Pidón y de Velasco, lo que llevaba trazas de emular en breve los horrores no olvidados todavía de la famosa *Mano Negra*, ha quedado cortado, y en poder de las autoridades unos ochenta indivíduos sobre los que no cabe duda de que se hallan complicados en aquellos criminales sucesos, porque se les ha cogido en descampado constituyendo una partida armada que ha hecho resistencia á la guardia civil.

«El hecho, según nos refiere nuestro activo y diligente corresponsal en aquel pueblo, ocurrió en la forma siguiente;»

—No sigas; la versión que dá es exageradísima.

—Permite, hombre. Ahora que llega lo interesante.....

Luisa prosiguió.

«La chusma á quien, con sobrado fundamento, se atribuyen los actos de vandalismo y las brutales coacciones ejercidas sobre los

Digitized by Google

honrados trabajadores que no habían querido someterse á las suicidas exigencias de aquella, había elegido como cuartel de sus operaciones, el cortijo de *Los Jardines*, propiedad de cierta familia que, á lo que parece, corre perfectamente con los descamisados..... con los descamisados.»

Repitió esto Luisa, atragantada, doblando el periódico y arrepentida de no haber escuchado las insinuaciones de Juan de Diós.

—Pero, ¿no dice más?—preguntó la Viuda.

—¡Apenas!—exclamó el aperador.—Po si ahora es cuando emprincipia. Escuchen ostés, y oirán lindezas.

—Pero ¡qué! ¿hablan de nosotras?—preguntó doña Carmen.—Ese es Pidón.

—Eso mesmamente dice er pueblo: que Pidón es quién ha mandao escrebí eso.

—Sigue, niña, sigue.

Luisa prosiguió.

«Danlo á entender así el hecho verdaderamente insólito, de que esa familia haya alentado á los perturbadores cuando han surgido cuestiones con motivo del precio de los jornales, y el de que haya hospedado en el

Digitized by Google

mencionado cortijo, á la chusma objeto de la animadversión general, llevando sus deferencias para con ella, hasta el extremo de regalarle el pico con bueyes matados exprofeso, etc., etc. Además dicha familia se halla emparentada con un caballero algo conocido en esta ciudad por sus ideas federales y su temperamento exaltado, el cual caballero parece que solivianta allí las pasiones, suscitando enemigos, entre las clases trabajadoras, á las personas de respeto y de orden.»

—¡Qué infamia!—exclamó Luisa.

—Pidón, ese es Pidón: lo reconozco—repitió doña Carmen.

—Siga usted; por favor;—dijo la Viuda.

—Me lloran los ojos;—repuso Luisa restregándoselos.

Luego siguió.

«Nada imputamos sin fundamento. El señor á quien nos referimos fué quien verdaderamente dió motivo á que la chusma amotinada el dia 17, cometiese, entre otras tropelías, la de allanar la cárcel; porque, estando cumpliendo en ella una condena, no por delitos políticos ciertamente, uno de los objetos del motín que costó la vida á un pundo-

Digitized by Google

noroso guardia civil, fué sin duda la de sacarle en andas y vitorearle, como así sucedió efectivamente.

«Se ignora todavía si lo que la prensa de oposición ha llamado «la proclamación de la república en Villalinda» tiene ó no alguna ramificación que dé fundamento para temer que el orden pueda ser turbado; pero de todos modos, podemos asegurar que además del proceso incoado, las autoridades están procediendo con la más exquisita diligencia y el más grande rigor, y cuantos delitos se depuren, desde el de sedición hasta el de homicidio, serán severamente castigados. Nada más decimos por hoy, por estar el asunto *sub judice*.»

—¡Poía ecir más!—exclamó el Ama.

Siguieron á esta exclamación unos momentos de silencio, durante los cuales los diversos circunstantes parecieron engoltados en las operaciones diversas que verificaban, y no hubo en ellos pormenor más saliente que el de rasgar el periódico el aperador, al convencerse de la mala impresión que había producido. La Viuda sacó los últimos pestiños de una fritada, arregló los tizones, y luego

Digitized by Google

preguntó á su hijo, que parecía hondamente preocupado:

—¿Y qué es eso, Juan?

—Madre, qué ha de ser. Un nuevo lío, un proceso en que nos envuelven á todos; es decir, á mí y á esta familia.

—¡Un nuevo lío! ¡un proceso!—exclamó doña Carmen acongojada.—No se han acabado todavía los otros, y ya tenemos más en planta. ¡Jesús! ¡Diós mio! ¿Cuándo se apiadará de mí tu infinita misericordia?. Tan enferma como está una, siempre con esta cabeza para nada, y tanto martirio como le dan á una. ¡Ay, qué maldito pueblo! Lo tengo ya aborrecido. El quitó del mundo á mi marido de mi alma, y él va á quitarme á mí también.

—Señora, no se alarme usted;—le djo Juan de Diós.—El asunto no tiene importancia. Molestias, un poco de jaleo, dos ó tres viajes á Cuérbano, y los gastos consiguientes. Eso es todo lo que podemos temer; porque pensar en que esa miserable invención prospere, es un absurdo.

—Un absurdo. ¿Y cuantos nos llevan ya ocurridos?

Digitized by Google

—Legalmente, no podemos ser víctimas de nada por esta atrocidad.

—Legalmente, como tú dices; pero como á la ley no se hace nada.....

—Señora, ese pesimismo.....

El abogado no siguió, porque no estaba él muy lejos de sentir aquel pesimismo que reprochaba en doña Carmen. Antes de haber visto el periódico, ya sabía que el proceso se enderezaba contra la familia de Luna y contra él; que no se buscaba con ahinco al matador del guardia, cual si se tratase de evitar que con que aquella víctima fuese vengada, se satisficiesela justicia; que se perseguía principalmente el delito de sedición, de atentado contra la forma de gobierno, y que se trataba de presentarle como cabecilla, como instigador de las masas y responsable principal de todo lo ocurrido, considerándose además como cómplice suyo á la familia de Luna, que, según la versión judicial, le había facilitado los medios de que él carecía.

La poca importancia que tienen hoy los sumarios, le permitía desdeñar el perjeño que Vitela había empezado á fraguar; le permitía desdeñar la labor que sobre el mismo

Digitized by Google

hiciese el juez de instrucción; mas no podía medir por el mismo rasero, el fallo de la audiencia de lo criminal de Cuérbano, cuyo presidente debía su último ascenso á Pidón, y estaba en aquel cargo merced á las gestiones de éste.

Y en último término, su razón, su justicia, su talento, le podían proporcionar un fallo absolutorio, un triunfo completo sobre aquella cábala. ¿Y qué? ¿Sería ese el último lance? ¿No vendrían á seguida ¡qué á seguida! antes de que ese terminara, otros embrollos, otros líos, otras persecuciones?..... Era indudable; sin estar en la gracia del cacique, allí no podía vivirse, sino sufriendo de contínuo vejámenes y perjuicios? Y él, hombre de carrera, que empezaba á brillar en el foro de la ciudad, ¿qué necesidad tenía de ello? ¿A quién tampoco aprovechaba su vida allí? Había decidido casarse y establecerse con su esposa en Urfidelia, antes de que esto último hubiese ocurrido. ¿Por qué no, desde luego? ¿qué hacía allí? ¿á qué esperaba?.... Sísifo sufre una de sus impetuosidades, formula en su pensamiento una de sus resoluciones súbitas: y..... no hay que darle más vueltas. Está decidido, y va á realizarlo al punto.

Digitized by Google

—Conque tantos deseos,—dice,—tiene usted, doña Carmen, de salir de este pueblo?

—No he nacido en él, y me ha hecho sufrir mucho. De modo que no lo extrañe.

—¿Quiere usted que partamos dentro de un mes?

—¡Cómo! ¿qué?

Doña Carmen pareció no comprender; pero Luisa dió un salto en la silla, tal vez por haber comprendido demasiado.

—Podemos, si usted quiere,—prosiguió Juan de Diós,—fijar la fecha de la boda, para verificarla inmediatamente después de corridas las amonestaciones.

—Hijo de mi alma,—contestó doña Carmen conmovida;—yo de eso, lo que ustedes quieran.

—Pues si á nuestro arbitrio queda, nos casaremos y nos iremos cuanto antes. Pidón abrirá la boca cuando vea en esta casa y en el caserón de los Peransúrez el letrero *se arrienda*, y después se sonreirá satisfecho considerándolo un triunfo de su política; mas á nosotros, ¿qué nos importa? La labor no me seduce, conque allá todos. ¿Eh madre?....

Digitized by Google

Tonta; ¿pues no estabas conforme en venirte?.... ¡Bah! Llorar ahora... ¿Qué es esto? ¿tocan?.... Sí; ya tocan á misa. Cuando querais dejar eso, nos iremos acercando.

Poco después, secas las lágrimas de las dos madres, marchaba toda la familia á la misa del Gallo.

Digitized by Google

XXII

EL PROCESO VITELA

¡Ya lo creo! El sumario no lo publicaba él como se publica la bula, porque su deber y su seriedad no se lo consentían; mas á dos ó tres amigos, en confianza y bajo palabra de discreto silencio, bién podía dar á conocer aquella obra maravillosa, aquel alarde de habilidad y de saber, que al día siguiente iba ya á enviar al juez de instrucción.

Estaba encantado de su propia obra. Resultando..... Considerando.... ¡ah, ilusión! No tenía otro pesar sino el de no ser él quien hubiese de dictar la sentencia. Podía un sumario tan perfectamente instruido, podía un edificio tan gallardamente cimentado caer en

Digitized by Google

manos de un tribunal ligero ó torpe que se formase un prejuicio insólito, y no ser dictada la sentencia aquella tan precisa, tan lógica, tan contundente que ya el tenía en su pensamiento formulada.

Y cuidado que Pidón no le había dicho más que «liemelos usted.» Pero ni una indicación del procedimiento, ni una advertencia en ningún sentido. ¡Y había hecho una obra!.... A ver, que fueran allí jueces y actuarios á examinarla. Los hechos, ciertamente; los hechos que habían dado margen al sumario, lo mismo se prestaban á levantar un monte, que á pasar inadvertidos; mas si esto último era cosa de coser y cantar, el fabricar con ellos una obra de sedición, un motín revolucionario, el pronunciamiento, como se dice en nuestra política, de una turba numerosísima que asola, saquea, incendia y mata, perturbando el orden y alterando la paz pública, requería ingenio, mucho ingenio, todo el que revelaba aquel admirable protocolo de declaraciones y diligencias tan perfectamente hilvanadas y eslabonadas.

¡Ah! Si su amigos, si aquellos tres amigos á quienes iba á enseñarles el mamotreto.

Digitized by Google

no le admiraban, no reconocían que aquella era la obra maestra de tan acreditado artífice, indudablemente: ni tenían sentido común, ni la luz más tenue alumbraba sus obtusas inteligencias. Mas en fin: aun de esta ceguedad, le quedaba una venganza: la condena de Juan de Diós, de doña Carmen, de dos ó tres criados, y acaso, acaso de Luisa, allá para mayo, cuando en la audiencia de Cuérbano se verificase la vista de la causa en juicio oral.

¡Oh! Mínguez, ya estaba allí Mínguez, que no podía faltar si, como iba á suceder, la lectura se verificaba tomando las once. Mínguez, ya estaba allí Mínguez, que pagaría su escote siendo luego trompeta de la fama.

Y don Melquiades; también llegaba ya don Melquiades, ávido de conocer los anzuelos tirados á la condena de aquel que se atrevió á zamarrearle. No faltaba más que Anatolio. En cuanto llegase, una caña antes de comenzar y....

Anatolio entró.

Con cara tan sombría, con mirada tan torva, que llamaron la atención de Mínguez; mas como hacía ya días que el muchacho

Digitized by Google

andaba fuera de sí, nada le preguntó. ¡Pchs! Ya lo haría luego; cuando se hubiesen tomado cuatro medias cañas.

—Ea, caballeros;—dijo Vitela sediento de dar á conocer su magistral proceso;— á empinar estas copas, y atención.

Y el juez bebió y abrio los autos y se dispuso á leer, cuando Anatolio le interrumpió diciéndole:

—Mira, Vitela, no te incomodes; porque de todos modos.... es igual.

—¡Eh! ¿Qué dices?—preguntó Vitela extrañadísimo.

—¿Qué digo? - replicó Anatolio mirándole con frialdad aterradora.—Pues lo que digo es esto: que eso es una sarta de mentiras, de declaraciones falsas; una de tus muchas porquerías que.... no hay para qué llevar adelante. Eso vamos á romperlo ahora mismo.

—¡Romperlo!—exclamó el juez pasmado de asombro y con voz apenas perceptible.

Y no volvía en sí, no concebía Vitela, que aquellos autos, aquella obra maestra de intención y de lógica y de sindéresis, pudieran ser despedazados.

Digitized by Google

—¡Tú estás loco, sin duda!—pudo al fin exclamar.—Tú no comprendes que hay partes, que hay mandatos y responsabilidad.....

—Yo no comprendo sino que esa es una obra de persecución contra una familia, y no la consiento. Nada más.

Siguió el juez turulato, y don Melquiades dijo sonriendo sardónicamente.

—Otro redentor. ¡Pero qué de protectores le salen á la familia esa! ¡Familia feliz, qué envidiable suerte! Hasta en sus enemigos naturales encuentra protectores.

—¿Es envidia ó caridad?—le preguntó Anatolio en tono nada amable.

—Envidia, hombre; ¿qué ha de ser? Yo envidio la suerte de encontrarse con esos salvadores espontáneos..... Nunca me ha salido á mí ninguno.

—¿A usted qué le va á salir, como no sea un cáncer.?

—¿Eh.....? ¡Anatolio!.... ¿Pero qué diablos trae este hombre hoy en el cuerpo?

Lo que Anatolio llevaba en el cuerpo, eran los efectos desastrosos que le había causado la noticia de que doña Carmen había decidido marcharse del pueblo. ¡Oh! Más le

Digitized by Google

anonadó y le exasperó esta nueva, que aquella otra de que decididamente Luisa se casaba con Juan de Diós. Casarse..... Tranquilamente no podía parar miente en ello; mas en fin, era el caso, que no se había casado todavía. En tanto que llevársela, no verla más, perderla para siempre, renunciar á esperanzas que, aun siendo descabelladas, consuelan..... Eso era lo que tenía Anatolio.

Y efecto de ello, se había hecho inculpaciones de que él tenía gran culpa, de que él había contribuido no poco á las persecuciones de que huía aquella hostigada familia. ¡Insensato! ¡Estúpido! ¿Presumió que el mundo se reducía á Villalinda? ¿que fuera de éste la vida era imposible?.... ¡Necio! Antes que el martirio y la muerte, á los que pocos se resignan, está la emigración, esa gran válvula del malestar, penosa, sí; pero ofertora también de bienandanzas á trueque de los males que se dejan. Y emigrar Luisa, ¡oh, no! Era menester que no emigrara; él no quería que emigrara, y sin saber cómo evitarlo, maldijo del proceso que había sido pretesto ó causa ocasional, y se propuso destruirlo. ¿Conseguiría con ello su propósito?..... No lo

Digitized by Google

sabía; tal vez sí. Para vender ó arrendar se requería tiempo, y si durante él no se les molestaba, acaso no se fueran. Sí; destruirlo, decididamente había que destruir el proceso. Que hicieran otro inofensivo, que se fastidiara el juez, si por ello le paraban perjuicios. ¿A él qué le importaba todo, fuera de Luisa?

Decidido á poner por obra su propósito, pidió á Vitela que le mostrase los autos, y para destruirlos había ido allí.

—Vamos allá, señores;—dijo Mínguez.—Si Anatolio está hoy de mal temple, lo mejor es dejarlo para otro día.

—Yo no estoy de mal temple, ni lo que digo tiene nada de particular; porque, vamos á ver:—dijo echándole mano á los autos;—permite, hombre, que no voy á comérmelos; palabra: La declaración de este hombre que afirma que doña Carmen Luna socorría á los sublevados con el importe de jornales que no echaban.....

—Sí señor; y lo afirmo;—dijo enérgicamente don Melquiades.—Varios días estuvo llevando ó pagando ciento y pico de hombres, y no le trabajaban más que treinta ó cuarenta, como se puede ver por la labor que hacían.

Digitized by Google

—¿Y á usted qué le importa? ¿le pedía á usted el dinero para pagarlos?

—Como no es eso de lo que se trata.....

—Usted lo que no puede ver á esa familia, porque presume que, por Luisa, no me he casado con su hija. Por eso ha declarado usted aquí estas porquerías, que no merecen más que esto..... ¡esto!.... ¡esto!.... ¡ahn!.... ¡ahn!....

Y con saña inaudita, con furor y presteza, empezó á rasgar el legajo, á destrozarlo valiéndose de ambas manos, de la boca, de las rodillas, hasta de los piés. Cuando hubo concluido agarró en un puñado el montón de pedazos, y por la ventana los echó á la calle.

La operación la había el juez presenciado, primero lanzando un estridente grito de ¡Anatolio! al mismo tiempo que súbito se levantaba de la silla y extendía los brazos adelante; después mudo, absorto, desencajado, tembloroso; luego barbotando palabras breves, injurias, saetas; y por último, exclamando con acento de impotente ira:

—¡Me has comprometido! ¡Me has comprometido!

—¿Y qué?—le replicó Anatolio de pié

Digitized by Google

en mitad de la estancia, mirándole amenazador y con los brazos elevados al cielo.—¿Y qué? Lo mismo que hice con los autos, hago contigo.... ¿Te he comprometido? Amuélate.

Y le volvió la espalda y salió.

—Señores,—dijo Mínguez, después de unos momentos;—ese hombre está loco. El casamiento de esa chiquilla, ha vuelto á ese hombre loco.

El juez había caído anonadado sobre su asiento, y nada replicó.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad!—exclamó don Melquiades, contemplando los papeles que habían quedado esparcidos por el suelo.

—Yo voy á ver..... – añadió Mínguez, que era poco aficionado de escenas tristes.

Y se marchó y los dejó solos.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXIII

LAS BODAS DE SÍSIFO

Pidón puso el grito en el cielo al enterarse del estropicio hecho por Anatolio, y quiso que inmediatamente se incoase nuevo proceso contra él: que no había de valerle el pertenecer á la ilustre raza de los Guillenes, para cometer impunemente una barrabasada como aquella. Mas le vió Anatolio ,y al anunciarle, sulfurado, sus propósitos, éste le dijo con una calma estoica.

—¿Por esa menudencia?..... No; proceso contra mí, por otra cosa.

—¿Cómo por otra cosa?

—Pues..... por un homicidio, por ejemplo. Precisamente hace ya días que siento yo

Digitized by Google

así como ganas de saber lo que es matar á uno. Conque.....

Pidón no se atrevió á comprender ni quiso reflexionar sobre aquel extraño exabrupto; dejó pasar la sorpresa, y luego repuso trayendo á sus labios un amago de sonrisa:

—No sabía que fueses baratero.

—¿Baratero yo?.... No tengo nada de eso.

Y lo dijo con tal acento, que Pidón llegó á persuadirse de que las palabras de Guillén no encerraban baladronada alguna.

—Bueno;—le dijo; —Te ha vuelto loco el que te quiten la novia, y hay que tenerte las consideraciones que á un enfermo. Yo me voy mañana á Madrid; ha empezado la discusión de las reformas militares, á cuya comisión parlamentaria pertenezco, y no puedo retardar mi marcha. Pero, nada; se arreglará el asunto. Vete tranquilo, que yo arreglaré eso. Se salvarán Luisa y su familia.

Efectivamente, se comenzó á rehacer el proceso á toda prisa; pero sin que Vitela demostrase el más mínimo interés; sin que don Melquiades se atreviese á declarar cosa algu-

Digitized by Google

na de substancia; sin los testimonios de otros muchos, que siguieron su ejemplo. Y Pidón ausente, y los Guillenes apáticos, y todos ya sintiendo los efectos de aquel puchero recalentado, toda efervescencia pasó, la compasión se abrió paso, y de los ochenta presos, sólo quedaron once, uno de ellos Federe, por quien prestó fianza Juan de Diós y obtuvo su libertad.

—¡Hola, chiquiyo! — exclamó al verle una mañana, su amigo Mejía el mayoral.— ¿Te ha dao ya er meico el arta?.... Me ha bían dicho que tenías tifideas.....

—¿Sí?.... Pos ya no tengo ná.

—¿No tiés ya na? ¡Por biá e los moros! Un hombre joven entavía....

—¡Chulón! Siempre vas con cegunda.

—Yo, á lo que me dicen me atengo. Y ahora ¿qué se jace?

—Ahí estoy de casero con la ceñorita Luisa.

—¿Sí? La lograte, hombre. Ahí estarás bién. Ahora lo que te combiene es dejarte e repúlica ni pajerías; eso es güeno pa platicá un rato en la taberna; pero ná ma

—Yo sé lo que he jacé.

Digitized by Google

—Arguna pamplina. Güeno, y dime; ar fin la boa.....

—Creo que es pasao mañana.

—No me han avisao toavía..... Porque, á lo que me han dicho, tengo que yebarlos á Valniego pa cojé er tren de la noche. Paece que er viaje de novios lo jacen á Madrí y quién dí en el espré.

-Sí; fijamente van á Madrí. Ya están jechos los baules y to apreparao.

—Oye, y ¿por fin, la familia se va á Urfielia, como ecía la gente?

—Se van. To lo tién puesto en venta y nombrao arministraó, y to.

—Güeno; hombre. Quié decí que pasao mañana jorgamos; porque lo que es dos viaje, no los da este cura.

—Er segundo no tiene trabajo. Van en er bré de Cabayito..... Ya tú ves que eso.....

—¿Ejarían e sé dos caminatas?

--Y en pagándotelas.....

—No le jace. Esta vía perra que uno yeba..... ¿Quiés tomá una copa?

—No; porque voy en ca la ceñorita, y no quió dí goliendo. Gracia; sabe que se estima.

Digitized by Google

—Po adiós, Federiyo.

Las bodas de Luisa y Juan de Diós no ofrecieron ruido ni ocasión á fiestas, acaso por el luto que aún vestía la novia. Las ceremonias de recibir los desposados la bendición nupcial, se verificaron por la mañana en la Iglesia Mayor, ante un corto número de invitados y de muchos curiosos que esperaban oir misa ó se habían ido tras de la comitiva al verla pasar.

Entre los mirones se hallaba Anatolio, solo, tétrico, sombrío, casi oculto detrás de la columna en que estaba el púlpito, sin apartar un punto de la novia sus redondos ojos, estriados entonces por líneas sanguinolentas.

Cuando el sacedorte llega hasta los novios, cuando empieza la ceremonia. nubes obscuras enturbian la vista del desdeñado mozo; furia vehementísima le hace clavarse las uñas en las palmas de las manos que tiene agarrotadas como epiléptico, y chirriar los dientes de un modo estupendo. El *sí* de él le estirazó y contrajo todas las coyunturas de su cuerpo, contuvo su respiración y le dió una tensión de nervios enormísima. El *sí* de ella le hizo lanzar un ¡aj!.... de dolor que

Digitized by Google

cesa, de pena que ahogó, deespiración de herido: dos gruesas lágrimas brotaron á sus ojos, se halló un momento descaecido, vacilante, ebrio, y enseguida otra vez sacudido por violenta conmoción que le puso rígido y le hizo barbotar muy trabajosamente y en ahogapo grito:

— ¡No!.... ¡No!....

Tras de esto, se perdió presuroso por las naves de la iglesia.

Al atardecer, llegaba á casa de Megía el mayoral, y le decía.

—Oye; vas á hacerme un favor.

—Tos los que osté quiera, don Natolio.

—Yo necesito estar esta noche en Urfidelia, y naturalmente, quiero coger el tren exprés.

—Don Natolio, por mí..... pero ya sabe osté.

—Quiero más; quiero que no se enteren los que van en el coche; es decir, no quiero ir junto á ellos.

—Ya comprendo que eso..... Pero.....

—Hay un medio muy sencillo. Me voy contigo en el pescante. Salimos al oscurecer; yo te espero ya en el camino liado en mi

Digitized by Google

manta ó envuelto en mi capote, y como ellos van dentro del coche, ni lo advierten.

—No me paece mal; pero eso.....

—No lo pienses, hombre. Yo necesito absolutamente estar esta noche en Urfidelia, y no hay otro remedio. O es que no quieres servirme.

—Servirlo á osté, con la cabeza; pero vamos al caso.....

—Déjate de casos ni cosas. Toma y adiós, En los primeros olivos te espero.

Cuando el sol daba al día el cariñoso abrazo con que de él se despide antes de partir á otras regiones, la virgen Luisa recibía también besos de sus deudos, y llorosa y feliz y emocionada, subía al carruaje que á la estación del inmediato pueblo había de conducir á los recién casados. En marcha el vehículo, dirige á los que se quedan los últimos adiós, con la palabra, con los ojos luego, con el pañuelo más tarde, y hela después sola junto al hombre á quien ama, á quien el sacramento recibido ha hecho carne de su carne, formando con los dos, un solo cuerpo.

El crépúsculo corresponde al explendente día que le ha precedido, y ni el airecillo

Digitized by Google

propio de la marcha ni el frio de la quietud, traspasan la capa con que Amor cubre á los viajeros. Megía á quien no llegan las irradiaciones del diós ciego, ahuyenta el frío con sus eternas coplas, sus interjeciones á las bestias y los restallidos de su látigo, y allá van su ojo experto y su diestra mano, salvando los baches de la carretera con la misma facilidad que si luciera el sol.

Cuando los olivos hacen más obscuro el camino, interrumpe una hermosa guajira con un ¡uooo....! desmayado, que detiene al tronco.

—Ná, señorito;—dice asomándose por entre dos de las cortinillas de hule que el coche lleva echadas;—voy á ensendé este chicotiyo así parao, á vé si er viento..... ¡Vaya! ¿Quié osté fuego? Osté no querrá fuego; ¿verdá osté?.... ¡Claro!.... ¡Jarrié, Clarita! ¡Jaiyaj!...

Reanudó la marcha, y entonó esta copla:

Ar descubrirse er delito,
dicen todos: ¡qué marbao!
yo que estaba en er secreto,
dije: ¡probe enamorao!

—Ni se han apercibío ni na;—dijo al concluir en queda voz.—¿Lo he jecho bién?

Digitized by Google

—Muy bién,—le contestó más quedo aún Anatolio, que había aprovechado el alto, para subir al pescante, conforme al plan concertado.

—Del amor yo soy
la mariposiya;
que voloteando cerca de tus ojos,
perdió sus alitas.
¡Ay, niña del alma!
cierra tus pupilas,
porque sí no, en ellas muere achicharrada
la mariposiya.
¡Ay, niña del alma!
¿porqué no me miras?
Cuando de tus ojos la luz yo no veo,
se me va la vía.
¡Ay Diós, qué tormento!
¡ay Diós, qué faitigas!
que sus negros ojos me matan mirando
y si no me miran.

Las dulce notas de estas soledades que Mejía entonaba con exquisito gusto dándoles toda la melancólica expresión del canto jitano, el más poético y arrobador y sentimental de los cantos peculiares de raza, hacían más triste y melancólica la marcha

Digitized by Google

aquella, por un camino solitario, ya cerrada la noche, y sin otro albor en el cielo que el nebuloso y pálido de la naciente luna, comido aquí por la negruzca tierra traspalada, allá reflejado por el agua de las acequias y por los chapatales de los terrenos bajos. Soledad, noche, quietud, cantares, todo contribuye á sumir en la meditación, á forjar ensueños de amargura, á ver penalidadas por doquier. Y si ya angustias y desdichas trabajaban antes el ánimo, las negruras de la noche son luz meridiana en comparación con las negruras que invaden el alma. Anatolio Guillén, amante desdeñado, enamorado celoso, vehemente apasionado, se siente hundido en el más negro infortunio, punzado en él por los insectos roedores de la envidia, envenenado por el áspid de los celos, quemado por la pasión intensa que devora su alma. Y á una vara de él, separada tan sólo por una cortinilla de hule, ve, toca la felicidad dando á gustar sus dones, el amor cobijándola con sus alas, la ventura mayor de que es dado gozar en este mundo, la compenetración de dos almas queridas, el beso de la esperanza más risueña á la realidad más deseada. ¡Ah, ladrón reladrón! Aquello

Digitized by Google

es suyo; aquella es su felicidad, la única con que soñó en su vida. ¿Y tú vas á gozarla? ¿y tú le condenas á martirios tan cruele? ¿gozar tú, ladrón, en tanto él, enamorado, sufre?.....

Anatolio se revuelve febril en el asiento y mira con ojos inyectados hacia adelante, como esperando algo que tarda siglos en llegar.

—De tu zapato,
quisiera ser la cinta
de tu zapato,
para ver desde lejos.....

¡Rriaá, generosa.....! ¡Por via e Diós Baco y sereno! ¡jarrié....!

A poco llegó el coche frente al ventorrillo que ya el lector conoce, y parando como de costumbre, Anatolio saltó á tierra y se ocultó entre las sombras, y Mejía se dirigió á los novios y les dijo:

—¿Van á tomar argo? Osté, don Juan, una copita pa calentarse el estógamo?

—No; toma tú lo que quieras y paga de aquí.

—Deje osté, don Juan.

—Toma, hombre.

—Vaya, pues..... me resino.

Digitized by Google

Dirigióse al ventorrillo cuya puerta estaba entornada, y gritó empujándola con violencia.

—A vé.... ¡gente! ¿Qué caramba es esto? ¿Sabiendose que yego yo y naide en la puerta?.... A palos viá empezá..... Chamorrillo, mardita arma; ¿pa eso te pago yo?.... Señores, güenas noches;—añadió dirigiéndose á dos hombres que allí estaban.

—Güenas noches;—le contestaron estos.

—¡Ajó! Curiya, ¿tú po aquí?

—Aquí hemos venío á jacé un resecho esta madrugá.

—Bién, hombre.... ¿Y ese sinvergüenza aonde anda?

—¿Qué hay, media chicharra?—dijo el tabernero apareciendo.

—Gran partío po el arma, ¿así tiés esto, sabiendo que pasaba yo á estas horas?

—Su Ilustrísima dispense; pero.....

—¡Qué dispense ni dispense! Ende ahora queas despeío... Echamelo de ron.

Mayoral y cantinero siguieron con sus paliques de costumbre, en tanto el primero bebía las dos ó tres copas de ordenanza. Uno de los dos hombres, al verlos distraidos, se

Digitized by Google

llegó sigilosamente á la puerta y la cerró echando la llave, que se llevó en la mano.

Momentos después se oían los cascabeles de las bestias del coche, como si hubiera este arrancado.

—¡Uooó.....!— exclamó Mejía dirigiéndose á la puerta.—Echa el úrtimo, que me voy..... ¿Cómo se abre aquí?.... ¿Ta echá la yabe?.... ¡Ñetero barco! ¿quién ha cerrao aquí?

—Ta abierto, animal; —le dijo el cantinero.

—¡Qué ha e está abierto! La yabe, que estas cochinas bromas no las tolero. La yabe, ¡me jago Dió! que se va er coche.

—¿Qué yabe, chiquiyo? ¿Po no has entrao tú?

—Pero han cerrao. ¿Quién de ostedes han sío? - preguntó á los que allí estaban.

—¿Yo me he movío de aquí?—le contestó uno sonriendo,

—¡Me jago Diós! Que le parto á uno el arma de una puñalá.

Y con efecto, echó mano al bolsillo interior de la chaqueta, y sacó una navaja de buenas dimensiones.

Digitized by Google

El tabernero, nada satisfecho de la que juzgaba pesada broma de uno de aquellos, se dispuso á evitar un disgusto, interviniendo.

—Larga esa yabe, Cura; que esas no son bromas ni ese es el jinojo.

—¿Yo?—repuso el llamado Cura—¿Pues me he meneao yo siquiera?

—La yabe, Cura, ó te rabano,—le dijo el mayoral.

—¡Me jago Diós! Que yo no me he mobío.

— Entonce, tú.

—Yo—dijo el otro con irritante flema,—sí, es verdad que cerré, pero la yabe.... no sé; se habrá caío.

— ¡Mardita sea la leche que mamaste! ¿No sabes?... ¡La yabe!

Y le tiró una puñalada al vientre, que aquel esquivó dando un salto atrás.

En seguida echó mano á la escopeta que tenía en un rincón y se aprestó á disparar sobre Mejía, quien fué contenido más que por el miedo, por el tabernero que se interpuso, demostrando gran energía.... Esta lucha duró algunos momentos; las voces que daban todos se oían en media legua á la redonda

Digitized by Google

resonando más fuertes que ninguna las del mayoral, quien, furioso, frenético, desesperado, luchaba á brazo partido con el forzudo tabernero, el cual pretendía desarmarle. En esta contienda, un pié de uno de ellos hizo sonar un hierro sobre los chinos del suelo, y el Curita dijo.

—Mia aonde está la yabe.

Cesó el mayoral en su porfia vomitando injurias, y cogiendo la llave, se dispuso á abrir. No atinaba con el ojo de la cerradura.

Al fin abrió y echó á correr hacia la carretera.

Tras de él escaparon los otros dos, tomando dirección contraria, y se perdieron en la obscuridad.

Cuando Mejía se halló con que el coche había partido y ni el ruido de sus arreos se oía ya, lanzó el más solemne voto de la noche y echó á correr desesperado por la carretera. Mas el tacto de la navaja que aun tenía en la mano modificó sus propósitos, y volvió hacia el ventorrillo y dijo al amo que en la puerta estaba.

—¿Aonde están esos grandisimos..... tales?

Digitized by Google

—Se han juio.

—¿Se han juio?.... Tú eres su cómplice y vas á pagar por ellos.

—¡Cómplice! ¿Qué estás diciendo? Me parta un rayo si sabía argo de esto. Pero ¿qué pasa? ¿quién se ha yebao er coche? ¿qué trigedia es esta?

—Esto es..... ¡qué se yo! Argo mu gordo.

—¿Pero quién se ha poío yebá er coche?

--Natolio Guillén.

—¡Natolio Guillén viajando con los novios?

--No lo saben ellos. Se empeñó en que lo trajiera en er pescante.....

—¡Jesú! ¡Jesú!

—Cierra ahí la puerta y vente, á ve si los encontramos.

Cerró su amo el ventorrillo, y ambos amigos partieron por la carretera á presuroso paso.

Delante de ellos, bién delante de ellos iba el coche guiado por Anatolio, por la pasión, por la furia y los celos de Anatolio, que estallaron frenéticos al oir, desde el sitio en que se había apostado, la risa, la sonora y voluptuosa risa de la joven desposada, á

Digitized by Google

quien su marido pretendía sin duda hacer el camino menos largo. ¡Qué encanto! ¡qué felicidad! ¡con qué supremo gozo le abofeteaban!.... En cuanto fué cerrada la puerta del ventorro, Anatolio saltó sobre el pescante y, tomando las riendas y empuñando el látigo, arreó, fustigó, apaleó cruelmente á los caballos, sin que le satisficiera el galopar hermoso que las bestias emprendieron al punto, y sin temor á los vaivenes violentísimos que el vehículo daba al caer sus ruedas en los baches del camino. ¡Jarrié! ¡Jarrié! Y á los ravizazos y los palos suceden los restallidos, y los briosos animales corren como endemoniados, llevando al coche en un horrible traqueteo que hace botar como pelotas á los que van dentro de su caja. ¿Qué sucede? ¿Por qué carrera tan brutal?.... Juan de Diós da inútilmente voces á Mejía, y á costa de un trabajo enorme que hace necesario la falta de equilibrio, logra desabrochar la cortinilla y coger nervioso por un brazo al conductor.

—¿Qué haces, borrico?—exclama.

Y el conductor sin mirarle, le da respuesta pegando de nuevo á los caballos y exclamando:

Digitized by Google

—¡Jarrié! ¡Jarrié!....

—¡Bestia! ¿Qué haces?—vuelve á exclamar aquel, metiéndole irritado un puñetazo por la espalda.

—¡Unh....!—rugió Anatolio, volviéndose iracundo como hostigada fiera.

—¡Tú!—exclamó Juan de Diós lanzando extraña nota, al reconocerle.

—Yo ¡rediós! Yo.....

—¡A.....y!—clamó Luisa en desgarrado grito, abalanzándose, como poseída de un pavor inmenso, á los brazos de su esposo.

Un vaivén súbito hizo caer á Juan de Diós sobre el asiento, y á Luisa reguindarse afanosa de los hombros de su marido, para no caer. ¡Qué momentos! En el suelo las mantas, la maleta, los saquillos, todo en desorden, embarazando el más liviano movimiento; el coche saltando, hundiéndose ya de un costado, ya de otro, amenazando con un horrendo tumbo á cada paso; la inminencia de un grave peligro, ya tocándose; quien á él les conducía, allí desafiándole; la esposa virgen, llorando penadísima... ¡qué momentos! !qué momentos! ¿Quién puede decir cuanto sufrió durante ellos, el amante esposo ni quién

Digitized by Google

puede fijar las mil ideas que en tropel confuso, brillaban un momento como chispas y carbonizaban su cerebro?.... El coche se ha inclinado mucho hacia adelante; baja una pendiente escarpadísima: ¡praamp...! Una caída como en un barranco; ¡qué golpe!.... ¡qué frio!... ¡agua!.... ¡Ay!.... Grito que arrancaron los nervios, crispados ante la conciencia del peligro. ¡Blaan!.... Un vuelco; una súbita zambullida; momentos de no ser; horrible sensación de frío; el agua zumbando en los oidos; objetos materiales que oprimen el cuerpo y angustias inefables que oprimen el espíritu; el instinto de conservacion imponiéndose á todo; titánica lucha por conservar la vida que tratan de arrebatar el miedo, la sorpresa, el légamo del riachuelo, la prisión del coche, el agua, la obscuridad, el frío.....

Causa del vuelco fué sin duda la caída de un caballo que acaso resbalara, y esta caída forzó al otro á parar. Anatolio saltó con tiempo del pescante, cayó en el río de pié, é inmediatamente salió á la superficie, medio andando medio á nado, pues el agua le llegaba sólo cerca de los hombros. Pronto vió á Juan de Diós sacudir corajudo su melena, res-

Digitized by Google

pirar con ansias, dirigir una mirada de aprehensión al vehículo casi cubierto, y sumergirse denodado. El también lo hizo.

Y sus manos palparon pronto ropas, palparon carne tibia, y las asió afanoso, y las aupó con sus hercúleos brazos, y las mantuvo sobre su cabeza, y echó á andar.

—¡Ladrón!—exclama Juan de Diós en cuanto lo percibe.

Abalánzase á él, Guillén resbala, y el desgoznado cuerpo de Luisa vuelve á sumergirse aun cuando no lo arría su portador, el cual, repuesto pronto, lo apresa por el tronco con un brazo, y con el otro empuja á Juan de Diós, haciéndole caer. A seguida, ¡qué fuerza! ¡con qué seguro paso! Como un autómata que obedeciera á mecánicos movimientos, así llega á la orilla, toma unas mantas que en ella dejara, acomódase en los brazos á la joven y corre con ella á campo atraviesa, internándose en el olivar de enfrente.

¿Y el marido?.... ¡Oh! Ahora logra salir del río..... Corre por la carretera; los perdió de vista; mejor para él: que no le cederá Guillén su carga, antes de ver satisfechos sus voraces apetitos.

Digitized by Google

Una linde yerbosa le ofreció inopinado lecho, y sobre ella tendió el cuerpo de Luisa; le enjugó la cabeza, le desnudó el pecho rasgándole las ropas, y la abrigó con una manta, tembloroso, febril, agitado por conmociones eléctricas, que le sacudían de piés á cabeza al tocar aquellas carnes mórbidas, titilantes, suaves, perfumadas, á cuya vista hubo un momento en que un ahogado relincho de placer se escapó á su garganta, y hundió, zambulló su cara en aquel pecho, besándolo y oprimiéndolo.

Súbito imperio de una ráfaga de razón hízole incorporarse, y después de arroparla, de cubrirla cual si temiese verla, se acercó á sus piés, le apartó la ropa y, levántándole las piernas, le metió debajo la manta seca que llevaba y procedió á desnudarla con febril impaciencia, arrebatadamente, rasgándole las ropas, violentando broches y botones.

—¡Luisa!¡ Luisa mía!—se oyó vocear á Juan de Diós con acento desesperado y fatigoso.

Anatolio se inclinó sobre el cuerpo de la joven como si temiera perderla, y miró con ojos centelleantes hacia el sitio en que la voz había sonado.

Digitized by Google

—¡No viene!—murmuró luego satisfecho.

Y prosiguió en su operación, jalando, rompiendo, esprimiendo á veces, hasta dejar al descubierto parte del cuerpo de la joven, contemplando la cual, sus fauces se dilataron, sus carnosos labios se entreabieron, y con el vértigo de la afrodisia y el ímpetu de una bestia rijosa, se echó sobre ella, y la estrujó contra su seno y la mordió en el cuello.

Luisa se conmovió bajo aquel peso, y lánguidamente, débilmente, procuraron sus brazos apartarlo de sí.

—¡Luisa!—gritó más cerca Juan de Diós.

—Ya te la daré, tonto.... ¿Te la daré?.... No, nunca; para mí, para mí siempre.....—murmuró Guillén abrigándola cariñosamente.—¡Unh! ¡gloria!

Y le besó una mano.

Luisa abrió los ojos, le miró atónita, estremecióse al reconocerle, y articulando un grito débil, volvió á caer desmayada.

—¡Ah, ladrón! — gritó Juan de Diòs al percibirlos, guiado por el grito de la joven.

Levantóse Anatolio al verle avanzar corriendo, y le esperó á pié firme, colocado ante el cuerpo de Luisa, con los puños cris-

Digitized by Google

pados, en vibrante tensión todos sus músculos y semejando celoso tigre al cual tratasen de arrebatar su hembra.

—¡Infame! — rugió Juan de Diós parándose á seis pasos de distancia y apuntándole con un arma de fuego.

El rugido que lanzó Anatolio al ver el arma y la contracción súbita de su cuerpo, iguales á los del león que va á saltar sobre su presa, dieron la evidencia á Juan de Diós de que moría si no mataba, y el instinto de conservación fijó su pulso que, al apuntar, temblaba, temblaba como sometido á una corriente eléctrica, como si sus nervios pugnasen por abrirse en flor. Sonó el tiro, Guillén lanzó un sordo quejido, vaciló un momento como ciego y beodo, y pesadamente, como un saco lleno, como un árbol segado por el tronco, cayó sobre el costado izquierdo.

Y quedó Juan de Diós pasmado, embrutecido, jadeante, presa de una extrema laxitud, saltándole el corazón dentro del pecho, sufriendo una disnea mortal. El revólver se escapó de sus manos, cayeron sus brazos á lo largo del cuerpo y, embotado por completo su espíritu, no tuvo por algunos mo-

Digitized by Google

mentos otra vida que la meramente orgánica.

Así no vio ni oyó que Anatolio, pugnando por incorporarse, decía con voz ahogada y fatigosamente:

—¡Luisa!.... ¡Ay Diós! yo muero... Luisa, mírame, ven....

En tanto hablaba, tenía una mano sobre el pecho y rastreaba la otra por el suelo, como buscando algo. Topó con un brazo de la joven, y cogiéndole la mano, murmuró aun.

—¡Ah! Tu mano... acércate... quiero besarla; que ella recoja mi último aliento.... ven, Luisa.... ¡ah!.... ¡haj!...

A tiempo que espiraba, volvía Juan de Diós de aquel letargo de imbecilidad, y avanzando hacia él, otra vez nervioso é irritado, gritó:

—¡Suéltala, infame, suéltala!

Llegó á ellos, les desunió con violencia las manos que habían conservado juntas, y observando la pesadez con que cayeron los brazos respectivos, exclamó horrorizado:

—¡Muerto! ¡Muerta! ¡Muerta mi esposa! ¡mi Luisa!... ¡Diós de Diós: Si estoy condenado á un eterno penar, ¿por qué no empiezas

Digitized by Google

por matarme? ¿por qué me anticipas el infierno?...

—Anda, hombre; sube; — oyó decir á Luisa.

—¡Oh!—exclamó él. — ¡Vive! ¿Vives tú, vida mia? ¿vives?.... Luisa.... Luisa....

—Qué va á partir el tren y te va á alcanzar ese; sube por Diós. Anda—siguió aquella, con voz atropellada.

—Delira. ¡Diós mio! -exclamó él inclinándose sobre ella.—Ven, ven á mis brazos. ¡Oh! Está helada.

Como pudo, con pocas trazas, pero con extrema solicitud, le desprendió las ropas mojadas, la envolvió en las mantas, la cogió en brazos, y echó á andar hacia la carretera, diciendo en alta voz:

—¡Arriba con tu piedra, ¡oh maldito Sísifo! Nunca lograrás verla en la cima; pero nunca tampoco te aplastará, porque entonces descansaría tu alma condenada. A tí no llegará una muerte bienhechora. Anda, anda Sísifo; que tu piedra no es ya roca tallada, cuyas aristas hieren y desangran; es mole plomiza, negra y pesada como los remordimientos.... Tocabas ya la cresta del monte;

Digitized by Google

columbraste la luz de la felicidad, que allá arriba te aguarda inútilmente; gustabas de un amor que no creiste posible. ¡Necio! ¿imaginaste que te ayudaba la fortuna?... ¡Abajo la piedra! Al valle otra vez del infortunio. Rueda, rueda con ella, torpe Sísifo, y sé en noche de bodas, homicida, y ten por lecho nupcial el légamo de un río y por desposada una muerta. Diós, Providencia...

—Don Juan: ¿qué ha pasao? — dijo interrumpiéndole Mejía, que llegaba acompañado con el ventorrillero.

—¿Eh? ¿Qué ha pasado? Todo, todo.

—Y la señorita.... Démela osté acá... ¡Venturá é Diós!... ¡Jusú! ¡Jusú! Aguarde osté. Póngase osté estas prendas mías ¡Por via é Dios Baco!... ¿Qué nó?...Jágame osté er favó, y no me dé osté un disgusto más grande que er que tengo; mie osté que con un pelo me ajogo... Deme osté acá.... Temblando, arrecía; ¡mardita sea la hora!... Ñorita Luisa: con mi vía, con mi vía recobra osté la suya... Andando, que se apoye er señó en tu brazo y ya estamos en er vento.

Conduciendo en hombros á Luisa el generoso mayoral, y apoyado Juan de Diós en

Digitized by Google

el brazo del otro, llegaron poco después al ventorrillo y en el catre del dueño de éste, fueron los esposos acostados.

—Tú:—dijo Mejía al ventero.—Pa las friegas y demá, yo soy bastante. Vete corriendo al pueblo, y te traes un meico. ¿Hay leña aprepará? Ea.... Pues anda.

—¡El médico!—exclamó Juan de Diós—El médico y el cura. Son los que deben asistirme en mi noche de bodas.

FIN.

Digitized by Google

Digitized by Google

INDICE

		Paginas.
I	Toros y Cañas.	7
II	Carne muerta..	21
III	Los Grajós.	41
IV	El Redentor.	61
V	Luisa	75
VI	El Señor del Gran Poder.	89
VII	Aventuras.	103
VIII	El Gran Chicuco.	123
IX	Sísifo. . . . , ...	135
X	Abajo y Arriba	153
XI	Por Dinero.	177
XII	A la luz de la luna.	193
XIII	Miseria y Compañía. . . .	204
XIV	De Regreso.	221
XV	Cosas que no suceden . .	233
XVI	¡Abajo la Piedra! . . . . ,	245
XVII	El Fauno y la Dríada. . .	263
XVIII	Acuerdos del grande hombre.	273
XIX	Pasacalle.	285
XX	Desperezo.	303
XXI	La batalla de los Jardines.	325
XXII	El Proceso Vitela	345
XXIII	Las bodas de Sísifo. . . .	355

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

OBRAS DEL MISMO AUTOR

JUAN DE DIOS. Novela. Un volumen en octavo.	2,50 pts.
LA SOÑADORA. Novela. (tercera edición.) Un vol. en octavo. . .	2 »
TRABAJOS DE SÍSIFO, Novela (segunda edición). Un vol. en octavo de cerca de 400 págs. . . .	3 »
LA EDUCANDA. Comedia en un acto y en verso.	1 »
¡SIEMPRE LAS MUJERES! Narraciones. Un vol. en octavo (agotada).	
MINUCIA LITERARIA. Artículos varios (agotada).	
UN VIVERO DE SABIOS. Retratos á á la pluma. Un vol. en octavo. .	1 »
FRESCOS DE ANDALUCÍA. Un volumen en octavo.	3 »
VIRUELAS LOCAS, Un volumen en octavo	3 »
NOSTALGIA, Versos. (no se vende).	

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google